EXCMO. AYUNTAMIENTO

ALCOY

Casimiro Barello

PENITENTE PIAMONTES

FALLECIDO EN ALCOY EL 9 MARZO DE 1884

SU VIDA, SUS HECHOS, SUS VIRTUDES

RECOPILACIÓN

DE DATOS AUTÉNTICOS

LA MAS COMPLETA DE CUANTAS SE HAN PUBLICADO

ESCRITA POR UN ADMIRADOR DEL PELEGRINO

ALCOY
Francisco Compañy, Impresor-Editor
San Francisco, 8

EXCMO. AYUNTAMIENTO
ALCALDIA
ALCOY

Este libro ha sido donado a la Biblioteca
del Despacho de Sres. Concejales de este
Excmo. Ayuntamiento por _____

siendo recibido y registrado en la misma
por _____

ALBERTO E. GARCIA RODRIGUE
Tomo número 241
Fecha de Clasificación
28 de enero de 19

92
BAR
adon

R-5336

CASIMIRO BARELLO MORELLI.

INTRODUCCION.

Existe un sentimiento en los pueblos, superior á todos los sentimientos, es á saber: el de la religiosidad. Este dice el insigne naturalista y etnólogo francés Mr. de Quatrefages-es el que de una manera mas radical y concluyente demuestra la superioridad del hombre sobre los demás séres de la Naturaleza y el que coloca á la humana estirpe en el grado superior y máximo de la perfectibilidad entre las criaturas. Pero el sentimiento de la religiosidad, con ser tan humano, no cabe en todos los pechos con igual intensidad; su grandeza solo es privilegio de unos pocos elegidos de Dios para demostrar á la faz del Mundo como debe amarse y reverenciarse su Divina Omnipotencia.

Los escogidos del Señor para servir de ejemplo y guia á los que, cegados por las pasiones terrenales, ó tentados de Satán por los mil medios de que el ángel caido se vale para arrancar almas al Cielo, no ven el recto camino ó han perdido el Norte de su derrotero, son verdaderos héroes que el mundo admira y cuyas virtudes se esfuerzan á porfía todos en imitar; cumpliéndose con esto el destino providencial para que fueron lanzados á esta vida de miserias y penalidades, verdadero valle de lágrimas que se empieza á atravesar lanzando el primer quejido al abandonar el seno materno, y concluye recibiendo sobre nuestros helados despojos el manantial amargo é impotente para devolvernos el calor perdido, del llanto que nuestros deudos y amigos derraman sobre nuestra sepultura.

Cuanto más apartado parece el mundo de las virtudes cristianas; cuanto más olvidado está el hombre de que hay una Justicia Eterna que ha de medir con fallo inapelable sus acciones, dándole el premio ó el castigo á que se haga acreedor; cuando más olvidado parece que se halla el Supremo Creador de sus hijos. y mas ageno se le cree al espectáculo de iniquidad y escepticismo en que la humanidad parece complacerse, como bestia inmunda que se revuelca en pestilente lodazal, entonces es cuando Dios, desde su elevado sólio, piensa mas en los destinos de aquellos que creara á su imágen y semejanza para mirarse y gozarse en ellos, y como Padre amoroso

que agota cuantos medios existen para acercar á sí al hijo pródigo que abandonó el hogar paterno, se vale de los medios que su Providencia tiene para apartar al hombre de los senderos del mal, y así como á los Israelitas para que les indicase la Tierra de Promisión les envió una columna de fuego, y á los Magos una estrella para que no perdieran la ruta que habia de llevarles al humilde portal de Bethleem, así envía al mundo almas superiores que, ora bajo el nombre de Pedro el Ermitaño arrastran tras sí en masa los pueblos para ir á rescatar la Tierra Santa de manos de los infieles, ora se llaman Francisco de Asis, que edifican á los pueblos con su ejemplo, ora se apellidan Vicente de Paul, espejo de caridad y de amor al prógimo, ora llevan cualquiera de los nombres gloriosos que constituyen la pléyade inmensa de Santos que la Santa Iglesia venera y que son testimonio perenne de la grandeza de la religión y de la bondad infinita del Supremo Hacedor.

En nuestros dias, cuando la Sociedad camina desatentada á su perdición; cuando, como antes decimos, parece que se haya perdido toda noción de la otra vida y cuando el positivismo y el materialismo son señores de las almas y de las conciencias, llevando á remolque todo sentimiento elevado y toda creencia santa, no podia menos de aparecer un ser superior que edificase al mundo con su ejemplo de humildad y mansedumbre y fuera testimonio vivo de todas las angélicas virtudes que constituyen la verdadera perfección y son la llave que abre las puertas de la bienaventuranza eterna. Este ser privilegiado es, en nuestro concepto el peregrino piamontés de quien vamos á ocuparnos en el presente opúsculo, y por eso, antes de poner mano en nuestra empresa de dar á conocer la vida y hechos de Casimiro Barello, hemos creido deber llamar en estas líneas la atención de los lectores hácia la importancia de la personalidad del que ayer era un desconocido campesino, mas tarde un pobre penitente objeto de las burlas de las gentes, después héroe admirado y agasajado por esas mismas turbas que le menospreciaban, y hoy testimonio irrecusable de un destino providencial, á cuyas primeras etapas asistimos, pues hombres como Barello cuando mueren es cuando empiezan á vivir, y la semilla que en la tierra arrojaron no fructifica hasta que la ceniza de su cuerpo viene á trasformarse en sávia que alimenta y desarrolla el árbol inmenso de sus virtudes ejemplares.

El Editor.

I.

El Fraret.

El sábado, 23 de Febrero de 1884, á las cuatro y media de la tarde entraba en Alcoy, siguiendo la carretera de Játiva y cruzando el puente de Cristina, calle de Santa Elena, plaza de San Cristóbal y calles de San Lorenzo y Mercado, que hasta el centro de la industrial ciudad conducen, un hombre viejo y achacoso al parecer, aunque en la plenitud de la vida en realidad. Gruesas gotas de sudor caian de su frente, formando surcos en el polvo que cubria su rostro; su respiración era jadeante; su andar penoso, como si los piés se negaran á sostener el peso de aquel escuálido y demacrado cuerpo, en que se notaban las huellas, no solo de una vida de privaciones y martirio, sino de un principio de enfermedad en que la calentura era el principal y mas deletéreo agente.

La muchedumbre, engolfada en los negocios, apenas paraban mientes en aquel personaje, cuyo singular atavío, compuesto de un burdo sayal ó hábito, denotaba desde luego la pobreza del que lo llevaba y contrastaba con el común vestir de la gente. Sin embargo, un jóven comerciante de tejidos llamado D. José Valero y Muñoz, habitante en la calle del Mercado, el cual estaba vendiendo unas telas á unas señoras, dirigió por casualidad la vista á la calle en el momento en que por frente á su establecimiento pasaba el sugeto referido, y al verle completamente descalzo, la cabeza descubierta y el cuerpo mal envuelto en el miserable sayal de que queda hecha mención, exclamó:

—¡Mirad el *fraret!*—Y diciendo esto saltó el mostrador y salió en seguimiento del *fraret,* como le habia llamado.

En efecto, no engañó su impulso al Sr. Valero. Aquel pobre andrajoso y macilento, en quien parecian haber hecho presa todas las desdichas y todas las miserias, era conocido en Játiva con dicho nombre, y de la antigua Sætabis llegaba á Alcoy, ansioso de predicar con el ejemplo contra la impiedad, y de mostrar con su humildad las excelencias de la fé de Jesucristo.

Dióle alcance el comerciante en la plaza de San Agustin, inmediata á la calle del Mercado, y, deteniéndole, le interrogó de esta manera:

—Oiga, hermano, y perdone: ¿es usted italiano?

—Si, lo soy;—contestó el *fraret*, mostrando extrañeza, pues no podia creer que hubiera nadie que le conociera en Alcoy, ni de que se tuviera noticia de su venida. Mas su estupefacción subió de punto hasta el extremo, cuando el Sr. Valero le preguntó si se llamaba Casimiro, á lo que replicó que ese era en efecto su nombre. En tanta confusión le pusieron estas preguntas, que conociéndolo el comerciante, para tranquilizarle y para que no realizara el propósito que manifestó de abandonar la población, si acaso los periódicos habian hablado de él, se vió obligado á decirle que tenia noticia suya por un hermano que tenia en Játiva; cuya explicación devolvió la calma al peregrino; pues ya habrá comprendido el lector que el *fraret* era el hermano Casimiro Barello, héroe cuya vida tratamos de dar á conocer en este modesto trabajo.

—¿Qué quiere usted de mí?—díjole á Valero.

—Suplicarle que venga á mi casa á descansar y tomar algun alimento, pues supongo tendrá usted necesidad de ambas cosas.

—Muchas gracias, hermano, —contestó —no puedo ir ahora á su casa; primero es la Iglesia.

Preguntó á continuación si el templo, cuya hermosa torre domina la plaza en que se hallaban, era el principal de la población, y habiendo recibido respuesta afirmativa, se despidió, encaminándose á la magnífica iglesia parroquial de Santa Maria, que era la indicada. Pero el señor Valero, conocedor de los grandes méritos de Casimiro y de los prodigios que acerca de su virtud y gracia sobrenatural se referian, no se avenia á dejar solo y á merced del acaso á aquel santo varón, por lo que le siguió hasta la iglesia. Observólo al llegar á la puerta Casimiro, y, volviéndose, dijo:

—*Hermano, doyle á usted las gracias por su espontáneo ofrecimiento; yo nada tengo y tengo mucho; nada puedo ofrecerle á V. y puedo ofrecerle mucho: le tendré presente en mis oraciones.*

—Dicho esto, penetró por la puerta que dá acceso á la sacristía, atravesóla y, cruzando la nave principal de la iglesia, arrodillóse debajo del púlpito, comenzando con mucha devoción á rezar el santo rosario.

En tanto que las anteriores escenas tenian lugar, el señor Valero era buscado con afán por sus dependientes, uno de los cuales le encontró, por fin, en la Parroquia, como por antonomasía se llama en Alcoy á la iglesia referida.

Para comprender el interés que guiaba á los que en busca del Sr. Valero habian salido, se hace precisa una ligera digresión.

Como resultado de temperamento ó de otras de las muchas causas que pueden producir idéntico resultado, la esposa del Sr. Valero, llamada doña Pilar, en todos sus partos se veía á

las puertas del sepulcro, manteniendo á la familia en una zozobra y una ansiedad constantes. En la ocasión presente el mal que padecia era el mismo, aunque presentando caractéres mas alarmantes que nunca. Tres semanas ha que se esperaba el alumbramiento; todos los dias, durante ese período sufria atroz martirio la pobre madre, y el sol se ocultaba en el horizonte, volvia á aparecer y volvia á ocultarse, un dia y otro y otro, sin que el nuevo ser abandonase la estrecha cárcel del seno materno, como si para él fuesen infranqueables las puertas de la vida.

El dependiente que encontró al Sr. Valero, trájole la infausta nueva de que D.ª Pilar se habia puesto peor. Voló, presa de los mayores cuidados á su casa el esposo atribulado, y á los pocos instantes de estar en ella, recibia en sus brazos un hermoso y robusto niño, que vino al mundo con toda felicidad, después de tantos dias de terribles padecimientos, dejando á todos asombrados este prodijio, en el que indudablemente intervino el recuerdo que Casimiro dedicara en las oraciones que estaba rezando, al caritativo comerciante que le brindara hospedaje.

Cuando la enferma estuvo en disposición de hablar, le dijo su marido:

—Pilar, ¿sabes quién está en Alcoy?

—¿Quién?—replicó ella.

—El *fraret*.

—¡Cómo! ¿el *fraret* en Alcoy y tú no le has traido á casa?

—He procurado hacerle venir; pero no ha querido.

Entonces refirió el Sr. Valero á su esposa cuanto le acababa de pasar con el hermano Casimiro y lo que éste le habia contestado.

—Mira, Pepe; no te detengas; vete á la Parroquia y tráete al *fraret*, para que se aloje en casa —repuso la enferma con fervor.

—Pero, mujer, si te he dicho ya que no ha querido venir.

—Sí; pero te ha dicho que «primero era la Iglesia,» lo cual no quiere decir que después no te siga. Anda, vé, dame ese gusto.

No se hizo repetir el comerciante la órden de su esposa, que tan bien se avenia con sus deseos. Sin dilación encaminóse á la iglesia de Santa María, y enterado de que aún estaba orando el *fraret*, suplicó al sacristan que lo llamara. A los pocos momentos volvia éste acompañado del hermano Casimiro. Con profunda sorpresa se encontró por tercera vez el Penitente ante el Sr. Valero, quién le dijo:

—Hermano, yo soy el joven que ántes ha rogado á usted fuera á hospedarse á su casa, y ahora vengo á reiterarle la súplica.

—Yo no puedo ir á su casa —contestó el Penitente;—usted no tendrá paja y mi cama no ha de ser de otra cosa.

—No importa, véngase usted que ya se procurará que la cama en que haya de acostarse sea como usted la desea.

Hallábase presente á la sazón el Director del Hospital provincial D. Francisco Javier Aguilar, Pbro., quien al oir la conversación de ambos interlocutores, dijo al Sr. Valero:

—D. José, puede usted llevarse este pobre á su casa y, después de cenar, que lo acompañen al Hospital y que le digan de mi parte á la madre Carmen que haga tirar una poca de paja en uno de los cuartos bajos que sirven de calabozo, y que duerma allí si le acomoda.

Al oir las palabras calabozo y paja, que tan bien llenaban sus deseos, resplandeció en el semblante de Casimiro una grande alegría y ya no titubeó en seguir al comerciante, en cuya casa sirviéronle de cenar una sopa de ayuno y algunas verduras cocidas, á cuyos platos echó agua suficiente para quitarles el poco sabor que pudieran tener. Se le dieron además algunas frutas. Comiólo todo con verdadera avidéz; pero lo que mas le gustó, al parecer, fueron las naranjas y mas particularmente los dátiles, de los que hizo grandes elogios, creyendo que era fruta que se daba á las bestias, y también porque, según manifestó, habia comido algunos en Játiva; pero debian estar verdes, porque dijo que estaban ásperos y desabridos.

Terminada la cena rogó al Sr. Valero que le acompañase al Hospital, á lo cual accedió el comerciante, encaminándose á aquél benéfico asilo acompañados de un dependiente.

Llegados que fueron á dicho Establecimiento y no sabiendo la manera de llamar para que abriesen la verja que dá entrada al mismo, pusiéronse á dar palmadas y fuertes voces á todos cuantos recordaban que eran dependientes de aquel santo Asilo y en especial á la madre Carmen, según el Director de aquel benéfico establecimiento habia indicado. Mas todo fué en vano: la benéfica casa permanecia sorda, todos los esfuerzos que hicieron para llamar la atención de los que la habitaban fueron estériles. En aquellos momentos el Hospital parecia mas bién castillo inexpugnable que casa de caridad.

—No llamen ustedes mas,-dijo el Penitente;-quizá los enfermos estén ya durmiendo y nosotros podremos interrumpir su sueño con nuestras voces. No se molesten tanto por mí, pues yo aquí mismo, sentado en el suelo, pasaré la noche, y mañana cuando abran.....

—¡Cómo! ¿quedarse usted aquí á la intemperie, en una noche tan fria como esta?....De ninguna manera; nunca consentiria semejante cosa. Volvámonos á casa y ya verémos cómo se compone para darle gusto en todo.

—No, hermano, no, perdóneme; pero yo no voy á su casa, me quedaré aquí y mañana cuando abran entraré en este santo Hospital.

—Pero..... dígame V., santo varón, ¿Cómo quiere V. que-

darse en este sitio sin abrigo de ninguna clase, descubierto, descalzo y tan húmedo como está el piso y mas cuando caiga el rocío que se convertirá en hielo? Créame por esta vez, hermano Casimiro; vámonos á mi casa.

—No tema V. por mí: dias y noches mucho mas frios que estos los he pasado á la intemperie y Dios con su infinita misericordia me ha ayudado, y nada me ha sucedido ¡ya lo vé usted!

En efecto, según se supo despues, el dia de la Inmaculada Concepción bajaba el Monserrat (Cataluña) llevando sobre la cabeza y barba cuatro dedos de nieve. También se cuenta que á su estancia en Játiva, durante las noches en que durmió á la intemperie en un pajar, todas las mañanas se lavaba manos, cara y piernas con agua casi convertida en hielo, y habiéndole ofrecido un *mandil* un panadero para que se enjugase, lo rehusó diciéndole «que no era necesario secarlo porque la divina Providencia con su gracia se lo enjugaba.»

Para acabar de vencer la resistencia del hermano Casimiro y á fin de que viera que se agotaban todos los medios para complacerle, por indicación del dependiente, se llamó en el *Tirador* ó Tendedero de lanas de la fábrica de paños situado frente al Hospital, á fin de ver si allí les decian la manera de hacerse oir del benéfico Establecimiento, ó en su defecto si podrian darle allí mismo albergue.

La desgracia perseguia por lo visto aquella noche á nuestros tres amigos.

A su llamamiento solo contestó un fuerte mastin con sus atronadores ladridos.

—Ya lo vé V., hermano Casimiro. Todo está cerrado; nadie contesta, la noche es muy fria y ya es algo tarde. Vámonos á casa, dijo Valero.

Encamináronse, por fin, hácia la población no sin cierta repugnancia que aun parecia sentir el piamontés. Interrogóle el señor Valero acerca de lo que pudiera ser causa de tal resistencia, ya que él le ofrecia el hospedaje de buenísima voluntad, y él contestó que no queria ir porque estaba muy *bruto;* con lo que queria expresar la suciedad y miseria que le cubrian.—«Mejor estaria, añadió, en la cuadra ó establo de alguna posada.» Para darle gusto el Sr. Valero se encaminó á una posada; pero so pretesto de que á los forasteros que allí se albergaban quizás no les vendria bien semejante compañía, se le negó el albergue á Casimiro. Entonces el comerciante rogó al posadero le enviase á casa un par de sacos de paja con la cuenta, y en vista de que no habia otro remedio, el Penitente se avino á seguir á su casa al comerciante. En ella, eligió Barello, despues de haber examinado varios departamentos, el que le pareció mas mezquino: un pequeño cuartito del desván, lleno de trastos viejos, junto á los cuales se vacia-

ALCALDIA ALCOY

ron los sacos de paja; con ella se arregló la cama el buen Casimiro y quedó definitivamente instalado por aquella noche.

Antes de recojerse, el comerciante entró á ver á su señora á la cual manifestó cuanto habia ocurrido, y cómo por providencial destino se albergaba aquella noche en su casa el penitente Casimiro Barello. Con marcadas muestras de alegría recibió la enferma la noticia, y como mostrára deseos de que apadrinase el Penitente al hijo que les acababa de nacer, el Sr. Valero se apresuró á subir á participárselo á su huésped, el cual recibió con extremada alegría tal distinción considerándola como un inmenso favor que se le dispensaba, puesto que hacer entrar en el gremio de la Iglesia un alma lo consideraba como el mas preciado de los servicios. El Sr. Valero le hizo relación de los padecimientos que su esposa habia sufrido, y cómo milagrosamente habia sobrevenido con toda felicidad el alumbramiento, debido sin duda á que Dios habia oido sus oraciones. Así mismo le manifestó su deseo de que el niño se llamase Angel Casimiro; el primer nombre porque así lo tenia prometido su madre hacia tiempo, y el segundo por ser el de su padrino.

Después de fijada la hora de las doce y media de la mañana del dia siguiente para la ceremonia del bautizo, el Sr. Valero se retiró á descansar, dejando al Penitente que reposara de las fatigas y penalidades de aquél dia, uno de los pocos que le quedaban yá que vivir en este mundo de prueba, ántes de pasar á gozar de la bienaventuranza eterna en el seno de Aquel que lee en el fondo de las almas y sabe descubrir en la mas escondida concha la perla de riquísimo precio que ha de engarzar á la corona inmortal que ciñe su frente.

II.

¿Quién era Casimiro?

Al escribir el anterior capítulo, el admirable joven que tánto edificaba á los pueblos con el alto ejemplo que daba de humildad y penitencia, aún existia, aún le teníamos entre nosotros, aún nos era dable escuchar su voz dulce y admirar aquellos sencillos conceptos á la par tan llenos de profunda sabiduría, que, como destellos de una luz superior, brotaban de su inteligencia. Aquella existencia se ha apagado; el cuerpo que encerraba á aquel alma ejemplar, ha rendido su tributo á la tierra, y sus despojos yacen en la mansión de los muertos aguardando el fallo de la posteridad.

Por eso interrumpimos el hilo de la narración que teníamos

comenzada, y por eso en lugar de preguntar *¿quién es?* ponemos al frente de este capítulo *¿quién era Casimiro?*

Muchos y valiosísimos datos hemos recojido que nos permiten alterar algunas de las versiones que se han publicado. Una de las rectificaciones que hemos de hacer se refiere al nombre del Penitente, cuyo segundo apellido, tal vez por haber sido mal escrito, ha dado lugar el error de que se convirtiera en Monli y circulára así en publicaciones de todas clases y entre el público, cuando dicho apellido es Morelli, según testifica el reverendo Sr. Amione, arcipreste de Cavagnolo.

Casimiro Juan María Barello y Morelli nació en Cavagnolo, provincia de Turin, el dia 31 de Enero de 1857 de José y de Angela Morelli, siendo bautizado en la parroquia de San Eusebio del pueblo de su naturaleza, diócesis de Casale (Italia). Murió en Alcoy el dia 9 de Marzo de 1884. Tenia pues, al dejar esta vida, 27 años, un mes y 9 dias.

Hijo de una honrada familia de labradores, los cuales poseian algunas fincas rústicas, manifestó desde muchacho una índole pacífica y amante del retiro, precursora de la vida extraordinaria que posteriormente habia de adoptar para edificación del mundo.

A los 10 años quedó huérfano de madre, lo cual tal vez influyó para que en él fuese tomando proporciones la resolución de echarse en brazos de la religión y de dedicarse á una vida de penitencia y privaciones, para lo cual abandonó el hogar paterno cuando contaba 16 años de edad, si bién la verdadera vida de peregrinación, que tánta notoriedad le ha alcanzado, no la emprendió hasta los 24 años en que, muerto su padre y repartido entre los pobres cuanto tenia, salió resueltamente de su pátria recordando sin duda en aquellos momentos las preciosas palabras que el seráfico San Francisco de Asís dirigió á Dios antes de emprender la escursión que habia de conducirle á la bienaventuranza eterna:—«¡Oh Señor, qué quereis de esta vil criatura! ¿qué puedo hacer por Vos, dulcísimo amor mio? Creyendo también oir que el Señor le alentaba con aquellas palabras suyas: *el que quiera seguirme niéguese á sí mismo, tome la cruz y sígame.*» (De la vida de San Francisco de Asís.)

Actualmente resta de la familia de Barello un hermano llamado Conrado, un tio, Dominico Morelli, maestro de Cavagnolo, y los dos abuelos maternos, todos habitantes en el mencionado pueblo, y personas estimadísimas de sus convecinos. Su madre era sobrina del actual rector del Hospital de Casale Sr. Morelli, presbítero.

En el período que medió desde que por primera vez abandonó el pueblo de su naturaleza, hasta el dia en que murió su padre, nos ha sido mas difícil adquirir datos acerca de los sucesos que en ese tiempo se desarrollaron relacionados con la

existencia de nuestro amado Casimiro. Sabemos, no obstante, con suficiente certidumbre, que, habiendo caido gravemente enfermo al cumplir los 16 años, Dios por medio de una visión que él refirió á su confesor, restituyóle la salud manifestándole que su existencia habia de llenar una misión enteramente especial en el mundo. Mostróse Casimiro profundamente afectado por esta revelación, y dispuesto á cumplir el mandato de Dios, y durante algún tiempo procuró amoldar su vida al mas exagerado rigorismo místico; pero habiendo menguado un tanto su fervor, Dios le envió otra enfermedad y otra visión en la cual quedó concertado que el joven se dejaria conducir en un todo por el camino que la Providencia le tenia trazado, con lo cual recobró otra vez la salud, y entonces lleno el corazón de sencillo fervor é inundada su alma de fé, se puso en manos del Señor y siguió su peregrinación, ganándose la subsistencia unas veces como criado de servicio y otras como peón de albañil, en Chiari, Pierdarena, Génova y otros puntos, renunciando de lleno á las delicias y tranquilidad del hogar paterno.

No obstante la vida ejemplar que llevaba y que era la admiración de cuantos le trataban, nuestro buen Casimiro sentia allá en el fondo de su conciencia cierto desasosiego indicador de que no habia aún acertado con el verdadero camino que Dios le tenia señalado. Pero como la Providencia no le abandonaba y la visión á que antes nos referimos habia de cumplirse, cuando menos lo esperaba vino á hacerse la luz en aquella alma y encontró por fin la satisfacción de aquel anhelo interior que tánto le acongojaba. He aquí como ocurrió: hallábase cierto dia trabajando en una casa en construcción en la calle de Asaroti, de Génova, cuando oyó tocar á misa en la iglesia de San Ignacio allí próxima, y la voz metálica de la campana vino á sacarle del ensimismamiento en que casi de contínuo se hallaba, é iluminando aquella inteligencia hizo que Casimiro lo dejase todo, y se dirigiese hácia el templo con el firme propósito de dedicarse á la vida contemplativa y de peregrinación que nos le dió á conocer, exclamando:—«¿Qué estoy haciendo dedicado al servicio de los hombres, cuando es mi destino servir á mi Dios?»

El nombre de Penitente que él mismo se impuso ha hecho creer á algunos que tal vez tratara de purgar por medio de una vida de penalidades y privaciones sin cuento, culpas y pecados que tal vez abrumaran su conciencia; pero la pureza de alma se hallaba reflejada en aquel semblante y sobre todo en aquella dulce placidez de su mirada que bien á las claras demostraba la inocencia de aquel corazón todo amor hácia su Dios y todo fé ardiente y acrisolada. Además de esto, todas las noticias que hemos podido recojer convienen en que ninguna de esas manchas que pueden hacer doblar la cabeza y

pueden atraer sobre un hombre el desprecio de sus semejantes y el castigo de Dios, pesaban sobre aquella conciencia, cuyas tribulaciones eran puramente espirituales. Tal vez el error que nos ocupa nació de las palabras que él mismo decia á los que le interrogaban acerca de si sus padres le permitian llevar el género de vida que llevaba:-«Mientras ellos han vivido, respondia, no he podido seguirla, porque no me lo permitian, y aún muchos confesores se han opuesto también á ella; pero por fin, hubo uno que me lo permitió y entonces la emprendí. He sido muy malo, Dios me ha llamado muchas veces á sí; pero yo, ingrato y ciego, me olvidaba de él y me iba con el mundo; mas gracias á Dios conocí mi error y á los 16 años me convertí: ahora estoy mejor.»

A propósito de las suposiciones que dejamos consignadas, hemos de mencionar aquí la observación de una respetable persona, que, al ver la manera heróica de practicar la virtud que el hermano Casimiro empleaba, nos dijo:—«Si á ese hombre se le ha impuesto tal penitencia, tan grandes y horrendos crímenes deben pesar sobre su conciencia, como grandes y sublimes son los méritos que hace para aplacar la Justicia Divina y que harán se conviertan en glorioso galardón el merecido castigo; mas si voluntariamente ha emprendido la vida ejemplarísima que lleva, deben ser sus merecimientos tantos y de tal magnitud, que es muy pobre la inteligencia humana para llegar siquiera á concebir el premio á que se está haciendo acreedor.» Verdaderamente la inteligencia humana es un pigmeo que no puede abarcar los inmensos horizontes que la fé y los secretos designios de la Providencia alcanzan.

En Génova trabó nuestro amado Penitente, conocimiento con el reverendo D. Juan Bautista Semino, sacerdote de gran ilustración y virtud, vice-rector de un pequeño seminario fundado por el célebre Frassinetti, bajo la denominación de «Hijos de María Inmaculada,» á cuyo sacerdote confió su dirección espiritual y tuvo por confesor y consejero principal hasta su muerte.

Como no queria Casimiro pesar sobre nadie, antes al contrario uno de sus mayores anhelos consistia en vivir con el producto de su trabajo, después de los diferentes oficios que desempeñó, entró como criado en el citado seminario, en el cual edificaba á todos con su ejemplo, moderación y templanza. Mientras estuvo allí, como siempre y en todas partes hacia, todo cuanto le sobraba de su modestísima alimentación, lo distribuia entre los seminaristas ó entre los pobres.

En el año 1876 abandonó á Génova, y siempre á pié, dirigió su peregrinación á la Santa Casa de Loreto; de allí encaminóse hácia Nápoles, con intención de embarcarse para Tierra Santa; pero junto á dicha Ciudad fué detenido por la policía como

vagamundo y conducido al seno de su familia. Pocos dias permaneció en Cavagnolo, pues su corazón no encontraba la paz sino seguia los impulsos de su vocación. Decidióse por último, abandonó de nuevo la casa paterna y marchó otra vez á Génova con el propósito de visitar y consultar á su amantísimo director espiritual, y, prévio su consentimiento, realizar los propósitos que le animaban de visitar en España el sepulcro de Santiago en Compostela, y después todos los lugares sagrados del mundo, en especial los dedicados á la Santísima Virgen, á quien tenia gran devoción; contándose entre los santuarios que visitó, el de Lourdes, La Saleta, Pilar de Zaragoza y Monserrat.

Desde Génova dirijióse á Roma, que, como capital del orbe católico, quiso visitar antes de realizar su peregrinación. Después pasó de nuevo á Nápoles, y de aquí vino á España, donde permaneció hasta el momento en que, debiendo ser sorteado para el servicio militar, se restituyó á su pátria y entró en la milicia donde estuvo por espacio de tres años prestando el servicio de las armas en el regimiento de infantería número 72. Entre sus compañeros de armas mostróse fervorosísimo en un principio; pero contaminado por el mal ejemplo, y puesto á prueba por el espíritu maligno, entibióse su fervor un tanto después, é hizo gastos con sus compañeros, creándose alguna deuda. Mas aquella alma estaba demasiado bien templada y no habia de torcerse al primer intento de la tentación satánica. La reacción sobrevino luego; reconcentróse en sí mismo y entregóse como ántes y con mas celo que nunca á hacer la vida de un santo entre los soldados, como ántes la habia hecho entre las gentes. Y lo que habia sido para Casimiro una tentación y un peligro de mortal caida, se convirtió en escabel de nuevos méritos y en piedra de toque de su acrisolada virtud, pues los soldados, á quienes chocaba el género de vida que Casimiro se habia impuesto, le tomaron por blanco de sus burlas haciendo escarnio y mofa de él; mas todo lo recibía con mansedumbre singular, y con su ejemplo y buenos consejos consiguió atraer á algunos de sus incrédulos compañeros á la buena senda.

Hé aquí, pues, una vez mas demostrado, que aún en medio del mal y del peligro, pueden encontrarse el bien y la salvación existiendo la fé y una firme voluntad.

Si entre sus compañeros pudo Barello hallar enemigos, entre sus jefes solo estimación y aplauso obtuvo, como lo demuestra la contestación que su Coronel dió á algunos que le denunciaron ante su autoridad por la frecuencia con que iba á la iglesia:—«¿Quién cumple su deber mejor que Casimiro?—les contestó el digno jefe.—Me alegraría de que todos regulasen por el suyo su comportamiento.»

Veámos en qué términos describe algo de lo que al aban-

donar el servicio militar ocurrió á nuestro amado Penitente, la notable revista *Jerusalemme*, que vé la luz pública en Casale, capital, como antes hemos dicho, de la diócesis á que pertenece Cavagnolo:

»Llegado el tiempo de volver á su casa, partió del punto en que se encontraba, con muchos de sus compañeros. Éstos hacian, según su costumbre, un ruido de todos los diablos, mientras Barello se estaba en un ángulo del coche enteramente recojido y entregado á la oración. Aquellos graciosos quisieron hasta lo último dar pruebas á Casimiro de su osadía para escarnecer la virtud y á quien la practica, y durante el viaje hicieron befa de él de mil maneras, arrojándole mendrugos de pan al grito de: *¡Al fraile! ¡hagámosle limosna...!*

»Libre yá del servicio militar, escribió á su padre solicitando su permiso, que obtuvo, para irse en peregrinación á España. A su vuelta de aquel país, donde se le habia noticiado la enfermedad y muerte del autor de sus dias, cedió á favor de su hermano su corto patrimonio, aceptando solo como herencia paterna una especie de capa de soldado de Artillería, la cual llevó siempre hasta que la regaló á un pobre, algunos meses antes de su muerte.

»Antes de regresar de España, se desencadenaron contra él las potencias infernales, y su corazón sufrió grande aridéz y desconsuelo. La prueba duró bastante. Dios queria que aquél soldado se adiestrase bién en la vida del espíritu, para que pudiese cumplir debidamente la misión para que le tenia destinado. Barello, ajitado especialmente por aquellas tempestades que hacian salir del pecho de Paulo las mas compasivas lamentaciones, se retiró dos veces á la soledad de unos bosques, donde pasó varios meses en penitencia y contínuas oraciones. Unicamente salia de aquellos sitios los domingos para ir á misa, y la gente, al verle, tomábale por un loco y le atormentaba.

»Llegó, finalmente, á término la prueba de Dios, el cual, por medio de otra visión comunicó tanta luz á su inteligencia, y de tal modo inflamó de amor su corazón, que el joven Barello conoció claramente cual era el camino que debia seguir, y lo emprendió con el mayor contento. La Providencia lo habia elejido para que fuese un angel propiciatorio en medio de los hijos de los hombres, los cuales en su mayor parte provocan la ira de Dios con sus maldades. Casimiro debia ser un maestro del mas eminente espíritu cristiano, en medio de un siglo que ignora aquél espíritu, y blasfema. Aquel joven desposado, como en otro tiempo San Francisco, con la pobreza evanjélica, debia condenar el mundo de nuestros dias, que presta culto al interés, como su único Dios. Y Casimiro entendió perfectamente esta vocación que le venia de Dios directamente, y

formó su plan de este modo.—Seré peregrino mientras viva. Iré siempre descalzo y con la cabeza descubierta. Mis viajes serán siempre á pié, y mis alojamientos el aire libre ó cualquier tugurio. No aceptaré dones de nadie, salvo la limosna, que me bastará, de un trozo de pan. Mi puesto será á los piés de Jesús Sacramentado, ante el cual pasaré dias enteros. El mundo me escarnecerá, me pegará, me arrojará de sí, me encarcelará..... De estos tratamientos tengo yo sed, para dar á conocer á mi Dios, al sostenerlos con paciencia, que mi corazón es enteramente suyo.—Formado este plan, lo puso en obra, y comenzó aquella peregrinación que en Marzo del presente año debia tener su cumplimiento en España. Barello peregrinó mucho por aquel país, por el nuestro y aún por Francia; y el mundo se conmovió ante aquel joven que por su semblante parecia pertenecer á noble familia, y que llevaba una vida de tantos sacrificios y de trabajos tan acerbos.

»Los buenos lo examinaron con atención y prudencia, y terminaron, en general, ensalzando su virtud. Los medianos pronunciaron las sentencias mas extravagantes al verle, riéndose á coro del modo de vivir del peregrino. Los impíos ardieron de ira contra él y le persiguieron bárbaramente. Veian sobre la frente de Casimiro el rayo de Cristo, y no pudiendo tolerarlo, llenaban de imprecaciones al que no molestaba á nadie. Los franceses en Montpeller lo encarcelaron y después lo expulsaron de la Ciudad. No sabemos si la Francia renovaria tales hazañas en algún otro punto. El país, sin embargo, que mas hizo sufrir á Casimiro, fué Italia; no la Italia creyente y devota que es la Italia real, si no la Italia nueva ó gubernativa, como querais llamarla. Esta Italia persiguió á Casimiro de una manera indigna, y dejó libre el campo á otros para que le tratasen mal.

»Todos se acuerdan en Génova de lo acaecido cuando pasó por ella el amabilísimo peregrino en el tiempo antes indicado. Los hombres de fé se le acercaban y le veneraban, bendiciendo al Señor que le habia conducido en medio de ellos; pero la canalla, emparentada con los verdugos del Gólgota, se colocaba siempre á su alrededor para escarnecerle y á veces para ensangrentarle los piés por medio de bárbaras pisotadas. Le pusieron en la cárcel, le colmaron de insultos, le dirigieron amenazas, y, por último, le expulsaron de la Ciudad, la cual se lamentó justamente de aquel modo de proceder y reparó mejor en la naturaleza de esa libertad, en fuerza de la cual un hombre que va por las calles como iba Casimiro Barello, se ve sujeto al encarcelamiento y á la expulsión. En el tiempo, sin embargo, que el angélico joven estuvo en la Ciudad de María, hizo un gran bien, y se conocen indivíduos que, por haber hablado con él una vez sola, cambiaron de vida, y son actualmente la alegría de sus familias. Era casi imposible acercarse

al santo peregrino sin participar del espíritu de Dios de que estaba tan poseido.»

A propósito de lo que le ocurrió en Génova y á que se refieren las anteriores líneas, hé aquí lo que dice un testigo presencial en dos cartas que dirije al periódico *L' Amico delle Famiglie* de Génova:

»Habiendo leido con viva satisfacción algunas noticias que su periódico ha publicado, concernientes á la vida y muerte del joven peregrino Casimiro Barello, á quien tuve ocasión de tratar con mucha intimidad, me ha dado la idea de escribir esta carta rogando á usted se digne publicarla en su acreditado semanario.

»Singularmente edificado y conmovido por la virtud y santidad que resplandecia en todas las palabras y obras de aquel caro Peregrino, he escrito hasta hoy varias memorias de las relaciones que con él mantuve y en esta voy á ocuparme de la expulsión que sufrió en nuestra ciudad á principios de Mayo del pasado año (1883), asegurando á usted que fuí testigo de cuanto voy á referir.

»Era el 2 de Mayo, víspera de la Ascensión de nuestro Señor al cielo, y el Santísimo Sacramento se hallaba expuesto á la veneración de los fieles, en la iglesia de la Santa Cruz. No se necesitaba saber mas para tener la seguridad de encontrar allí al peregrino que cifraba todas sus delicias en permanecer larguísimas horas y casi siempre desde la mañana á la noche, en oración delante de Jesús bajo la forma del augustísimo Sacramento. Por la tarde, terminada la sagrada función, Casimiro, que hacia mucho se hallaba postrado, no en la nave central, como los demás fieles, si no en una de las *tribunas* laterales, tomó la determinación de permanecer allí hasta la hora de cerrar la iglesia, para dar tiempo á la multitud de salir y alejarse. En el momento que creimos mas oportuno, salió conmigo por la puerta que dá á la calle de la Convalescencia. Pasamos por la plaza del Hospital, atravesamos Portería, y en *Ponticello* tomamos la calle de Madre de Dios. Mas tras de nosotros venian muchos curiosos y algunos mal intencionados que perseguian al peregrino con insultos y villanías de todas clases. No se limitaron á esto, pues, obedeciendo á las excitaciones del satánico espíritu, del que parecian poseidos, empezaron á golpearle y atropellarle despiadadamente.

»¡Dale, dale! este es un loco del manicomio, un estúpido, un vago, un impostor.» Tales y otros que no quiero reproducir, eran los improperios conque aquellos crueles perseguidores de la inocente víctima, acompañaban sus malos tratamientos.—¿Y el peregrino? Marchaba por su camino con tranquilidad y sonriendo, como si no se dirigiese á él la tempestad, discurria tranquilamente conmigo y con otro que nos acompañaba. Viendo que nosotros tratábamos de defenderle del ciego furor

de la canalla, decia: dejad que me insulten y atropellen: Nuestro Señor fué mas mal tratado y no se quejó, ni se defendió: sufro con gusto estas cosas por su amor.

»Al llegar cerca de la casa donde se hospedaba el peregrino, nos salieron al encuentro por medio de las turbas tres hombres desconocidos, pero cuyo aspecto daba á entender que eran polizontes vestidos de particulares. ¡El asunto era sério en verdad tratándose de semejante malhechor! Con ademan resuelto se plantaron delante de nosotros y, deteniéndonos, nos dijeron:

—»Señores ¿dónde conducen ustedes á este joven?—A la casa donde se aloja que está ahí enfrente, respondimos.—Por esta tarde no será así; él tendrá la bondad de venir con nosotros y ustedes cuidarán de no oponer resistencia alguna.—Pero, ¿por qué no dejarlo ir á su casa? no ha hecho mal á nadie y ni aún se defiende de los malos tratamientos que injustamente recibe.....

»Si es para arrestarlo y conducirlo á Santa Andrea ¿porqué no usan ustedes de su fuerza y autoridad, para arrestar y llevar allí á los que sin razón y sin consideración alguna atropellan é insultan á este pobre joven?—La orden que tenemos es de arrestarle—contestaron cansados de escuchar las tímidas palabras con que le defendíamos.

—»Pero,señores,dijo entonces el peregrino con entera calma, si quereis que vaya con vosotros, estoy pronto, mas si quereis informes de mí podeis obtenerlos de las personas que caritativamente me hospedan con solo tomaros el trabajo de acercaros á esa casa próxima.—Eso no nos importa—contestaron los polizontes; síganos V. sin mas discusiones.—Si es ese vuestro mandato mi deber es obedeceros—contestó el peregrino con la sonrisa afable que nunca le abandonaba: yo respeto á la autoridad y estoy dispuesto á seguiros á donde me querais conducir, y así hablando, inclinó la cabeza y alargó su mano en actitud de la mas humilde sumisión. En tal caso ¿qué podia hacer el pobre amigo de Casimiro? Aceptar el consejo del antiguo refran que dice: contra la fuerza no hay razones. Afectado hasta un extremo que nadie puede imaginarse, volví los ojos bañados en lágrimas hácia la amable figura de aquel á quien tanto queria y que tan generosamente le veia sufrir por Jesu-Cristo, y sin reparar en la turba que nos rodeaba, compuesta de curiosos y de malhechores, tendí las manos á mi buen Casimiro lo abracé y le imprimí un ardiente beso en su serena frente, única prueba que podia darle de la amistad y del amor que le profesaba. La muchedumbre esperaba con curiosidad y en silencio. El peregrino devolviéndome el beso de la santa amistad, me dirigió algunas palabras de consuelo: pero era tánta mi turbación, me hallaba tan conmovido que apenas pude comprenderlo, y aunque me esforcé por decirle algo á mi vez, no me lo permi-

tió el estado de tribulación de mi espíritu, y así tuve que abandonarle á la fuerza pública y separarme de él.

»Lo que sucedió después al peregrino lo diré en otro número si V. me lo permite.»

«En el número anterior,—prosigue diciendo en su segunda carta el testigo presencial genovés—narrando acontecimientos de los cuales yo mismo fuí testigo, consigné como el peregrino Casimiro Barello, cruelmente perseguido por la muchedumbre, fué á continuación arrestado en la Questura en la noche del 2 de Mayo del año último. ¿Pero, que fué de él pasada aquella noche?

»Veóme pues obligado á reanudar mi relato conforme á lo prometido, añadiendo algunas reflexiones que someto al juicio de los lectores. La misma noche, vuelto en mí del aturdimiento que me ocasionaron dos hechos tan lamentables, esto es, la despiadada persecución por parte de aquella turba de descamisados, y el arresto del peregrino por parte de los que debian haber tomado su defensa, me trasladé con otro amigo mio á las oficinas de la Questura. Como era de esperar, fuimos recibidos con mucha frialdad por aquellos señores empleados. Pedimos por favor se nos dijera el motivo porque se habia dado órden de arrestar á Barello, ofreciéndonos á salir fianza por él y á desvanecer cualquier sospecha que la Questura pudiera tener acerca del mismo.

»Los señores empleados se manifestaron al principio ignorantes de cuanto pasaba; pero después, uno de ellos, paseándose por la sala y retorciéndose el bigote, nos preguntó quien era aquel joven, de qué vivia y porqué hacia aquel género de vida. Nosotros respondimos que era un buenísimo joven piamontés, que tenia sus documentos de seguridad en toda regla, que no habia cometido delito alguno por el cual pudiese justamente ser encarcelado, que sus necesidades para la existencia eran sumamente reducidas y que lo poco que necesitaba se lo proporcionaba con su pequeña herencia.—¿Y uno que vive de sus rentas—nos interrumpieron—hace vida de vagamundo, vá descalzo y con la cabeza descubierta?—Es por virtud, es por mortificación,—respondimos—es por inspiración de Dios por lo que él ha emprendido esta vida de padecimientos y humillaciones. Aquellos señores no comprendiendo ese lenguaje, añadieron—¡Verdaderamente debe ser un gran loco! Es cierto que no hace daño á nadie, pero es una indecencia y un escándalo y no estamos en tiempos de permitir que un loco semejante pasée libremente por la ciudad. No obstante, si ninguna cosa resulta contra él, mañana será puesto en libertad.—Nosotros quisimos replicar que el peregrino no presentaba nada de indecoroso, ni que pudiese dar lugar á escándalo, que otros verdaderamente indecentes eran tolerados y se les permitia discurrir por la ciudad, que el verdadero escándalo

era ver á la canalla insolentarse impunemente y sin que nadie le fuera á la mano, mientras que la víctima inocente era castigada; pero mi amigo me hizo entender que era hora de retirarnos, puesto que nada sacaríamos de allí, y dimos las buenas noches.

»A la mañana siguiente, algunas otras personas se trasladaron á las oficinas de la policía y después á la carcel á preguntar acerca del peregrino é influir para que fuese puesto en libertad. Aquellas personas no fueron mas afortunadas que nosotros. No solo no obtuvieron ningún resultado, sino que fueron denostadas como si fueran á rogar por el peor de los malhechores.

»¿Qué era en tanto del peregrino? Se me refirió que, conducido, no sé si ante el señor Questor ó alguno de sus representantes, fué interrogado y tratado con humanidad y respeto. Esto puede ser cierto, pero no es menos verdad que fué llevado á la cárcel, de la cual no se le sacó hasta la mañana siguiente á cosa de las once con orden de abandonar inmediatamente á Génova. Él, siguiendo la doctrina de San Pablo, obediente á la autoridad, abandonó la población sin presentarse siquiera á las personas que lo estaban esperando y sin pasar á recojer la poca ropa que habia dejado en la casa donde por caridad se le hospedaba.

»Si es verdad lo que se me refirió, hácia las once, cuando salió de la carcel, entró en San Ambrosio donde oyó misa y tomó la Santa comunión. Quizás esto fué pedido por él y le fué concedido por ser la fiesta de la Ascención. Salido de San Ambrosio pasó por Santa Andrea y Ponticello y luego rápidamente por la Puerta-Pila. Después fué visto en varias iglesias de la Ribera desde donde envió á saludar á sus amigos presentándoles sus excusas, diciendo que habia sido obligado á abandonar á Génova sin concedérsele tiempo para despedirse siquiera de sus conocidos.

»¿Mas por qué razón fué detenido y encerrado en Génova aquél buen peregrino, que si era blanco de las iras de los malhechores, era purísimo objeto de admiración y edificación para los buenos genoveses?

»No era extranjero, sino un joven piamontés que habia terminado con buena nota el servicio militar; tenia sus documentos en regla; tenia medios de subsistencia y era un hecho comprobado que no pedia nunca limosna; no injuriaba á nadie, antes al contrario, se lamentaba de los malos tratamientos que tan injustamente se le inferian; todo lo soportaba, no solo con paciencia, sino con santa alegría, como pueden testificar ciertos ajentes de la Questura que se ensañaron con él. No era tampoco un borracho, ni un perdulario, ni un alborotador; de mañana á tarde permanecia en la iglesia, donde en verdad no producia molestia á los malvados, y en ningún

otro lugar se le encontraba; mucho menos aún causaba enojos á los fieles, los que, por el contrario, lo veíamos con agrado edificándonos mucho su continente; por las calles y por las plazas no se le veia mas que al ir y volver de la iglesia, y descalzo como iba, pasaba presuroso y casi inadvertido por medio de las gentes.—Pero iba descalzo y con la cabeza descubierta, y esto constituia una indecencia y un escándalo para nuestra ciudad.—No sé dónde existe una ley que prohiba vestir de semejante modo. Por lo demás, andrajosos menos decentes se ven pulular á todas horas por la ciudad, sin que á la Questura se le ocurra ponerlos á la sombra ó expulsarlos de Génova. ¡Mas vaya si se gritó acerca del escándalo que no se debia por mas tiempo permitir á la vista de los ciudadanos! ¿Es posible que la Questura que no tiene ojos para ver ni manos para alejar los verdaderos escándalos que de continuo ofenden la vista del público con gran daño de la moralidad, haya llegado á un punto de escrupulosidad tal que ve un verdadero escándalo allí donde los buenos tomábamos modelo de edificación?

» Esto no puede admitirse sin peligro de llegar á la conclusión de que el sentido moral en ciertas gentes se halla completamente trastornado. Mas bien, según opino, el verdadero fundamento de la determinación de la Questura de detener y aprisionar al peregrino, fué precisamente porque era insultado, perseguido y atropellado. Parecerá cosa extraña; mas cualquiera que considere el hecho en sí, debe llegar á esta consecuencia.

» Ya algunas otras veces se habian ocupado los ajentes de la Questura del peregrino; pero no habiendo encontrado motivo de mantenerlo en prisión ni de expulsarlo de Génova, le habian inmediatamente dejado, diciéndole que anduviese libremente y que orase cuanto le placiera. Cuando después la Questura supo que aquel pobre joven era maltratado y perseguido por una turba de malandrines, entonces fué cuando por compasión lo metió en la cárcel, y después lo expulsó de Génova. Si no se hubieran hecho al peregrino aquellas vejaciones, hubiera andado libremente por las calles de la ciudad, hubiera pasado aún muchos dias en nuestras iglesias, mas por haber sido tomado como blanco por las iras y las persecuciones de las turbas, era preciso ser conducido á la cárcel y después ser expulsado de la ciudad. De esta manera la víctima inocente era la castigada, y el verdadero criminal quedaba en libertad. ¡Verdaderamente es esto una justicia de nuevo cuño! Pero á ver y sufrir cosas semejantes estamos acostumbrados los buenos cátólicos de Génova. No debe en verdad maravillar que el fervoroso adorador de la Santa Eucaristía, fuese, como queda dicho, encarcelado y expulsado de esta ciudad, puesto que en la misma hace algunos años que se impide la procesión del

Corpus Dómini por el que gobierna y es pagado para hacer respetar los derechos de todos los ciudadanos. El principio es siempre el mismo: sacrificar el derecho de los unos para satisfacer los insolentes caprichos de los otros. La Questura dice, respecto al peregrino: es verdad que no hay leyes que te prohiban permanecer en nuestra ciudad y tu tienes perfecto derecho de pasear por las calles como tantos otros; pero ciertos periódicos han levantado la voz contra tí; ciertos impíos no quieren verte y te quisieran matar; por tanto ó te marchas de Génova ó á la cárcel.»

. . . . . .

« Por lo demás, volviendo al peregrino, mientras que enérgicamente desapruebo y abomino la conducta de los pocos que estuvieron contra él, no quiero pasar en silencio que, por otra parte, recibió en Génova de muchísimas personas demostraciones de respeto y benevolencia y que permanecia aquí con muy buena voluntad, por la piedad que florece con preferencia á muchas otras ciudades. Si la Questura no le hubiese obligado, ni los mas fieros insultos ni las mas crueles violencias le hubieran inducido á dejar tan pronto nuestra ciudad, puesto que él no otra cosa anhelaba que ser despreciado y padecer por el amor de Jesucristo. Pero los dias del peregrino estaban ya contados, y Dios queria que en otras ciudades y otros pueblos predicase con la voz elocuentísima del ejemplo contra el espíritu de nuestro siglo. Así es, que después de expulsado de Génova, en menos de un año visitó muchas ciudades y paises, y do quiera dejó ver su esclarecida piedad, su espíritu de extraordinaria mortificación y de purísima humildad, virtud, esta última, que se revelaba en todos sus actos y que en él andaba unida á una manera de tratar jovial y llana, doquiera estas virtudes, produjeron frutos de edificación y dejaron en los ánimos la mas viva y saludable impresión.

» ¡Sea loado Dios que con su infinita sabiduria, bondad y poder, sabe servirse hasta de los impíos para la ejecución de sus santos designios! Dígnese Él concedernos con su misericordia que, formándonos á ejemplo de aquel fidelísimo siervo suyo, apartemos nuestro corazón de todo lo que nos liga al mundo, y nos entreguemos todos á Dios y á las cosas celestiales; y así podremos un dia tener participación con él de la gloria eterna. Roguemos también por los desdichados á quienes la impiedad ciega, los cuales, como dice San Agustin, conserva Dios para que abran los ojos y se conviertan. Roguemos también para que los impíos, después de haber dado ocasión á las buenas almas para ejercitar la mas excelsa virtud, se inclinen á las inspiraciones y á la invitación de Dios, y se salven junto con los mismos que fueron objeto de su persecución.»

Hé aquí en qué términos describe y detalla algunos de los accidentes que dejamos ya señalados y otros que ocurrieron en la misma época la ya citada revista *Jerusalemme*.

«Arrojado de Génova continuó peregrinando por otros lugares. En Lauciano, en los Abruzzos, fué inscrito por aquel Archidiácono en la Orden tercera de San Francisco. En Módena (y quién sabe en cuantos otros puntos) recibió el acostumbrado cumplimiento de ser puesto en la cárcel, y el Capellan de los presos quedó tan maravillado delante de éste, que lo era de un género nuevo, que escribió á Génova para saber noticias de él, no pudiéndose persuadir de que fuera malo un joven con un aire tan inocente y que en la cárcel mostrábase todo alegría y caridad, y cantaba como un angel los himnos de Dios.

Hemos olvidado notar como Dios le hizo en Génova preciosos regalos, ya que encontró un religioso y un sacerdote secular que se ocuparon con empeño de su espíritu, cosa que hasta entonces no habia podido obtener. Estos aprobaron su conducta y le animaron á proseguir el género de vida que habia abrazado. Antes el sacerdote secular le ordenó que comulgase frecuentemente, cosa que hasta entonces no venia practicando de la misma manera, aunque tuviere de ello un deseo tan fuerte que le hacia languidecer, porque no habia encontrado quien se lo prescribiese.

El Gobierno Italiano, viendo que Casimiro continuaba en su misión de caridad, como lo habia hecho ya otras veces, pensó confinarlo á su país. Atado como un malhechor, fué conducido por tránsitos de la fuerza pública y consignado al Alcalde de su pueblo. Este le hizo un lavatorio de cabeza en regla, y le aconsejó que permaneciese en su casa ganándose la vida como campesino, y Casimiro, que podía quedar libre después de ser presentado á la Autoridad competente, quiso, atado como estaba, volver á la sombra del techo paterno. ¡Oh cómo gozaba en medio de tantas humillaciones! Cuentan á este propósito los de su casa que, cuando estaba en ella, los dias de mercado en los pueblos vecinos se dirijía á ellos á cosa hecha para participar de los insultos de que fué objeto nuestro Señor en su Pasión. Por lo demás Dios le daba una larguísima compensación á cuanto por él sufria sumergiéndolo en un mar de delicias, en especial delante de la Santísima Eucaristía. Este pobre, en las cuarenta-horas, estaba desde por la mañana hasta la noche delante del Señor Sacramentado como arrebatado por un éxtasis del Paraiso. A álguien que le preguntara porqué estaba tanto tiempo delante del Santísimo Sacramento, respondióle: *Dios me revela de tal modo su bondad en este Sacramento de amor, que yo permanezco tan sumergido en su contemplación que estaría ocupado en la misma por toda una eternidad.* Las horas, sin embargo, se le pasaban

como relámpagos, y el que lo contemplaba no podía ménos de repetir: *este es un Santo.*»

Como ya hemos dicho en otro lugar, el Penitente abandonó el hogar paterno para seguir el camino que Dios le había trazado y cuyo término había de alcanzar en breve.

Antes de venir á España, Casimiro recorrió una parte de Francia, siendo probable que el viaje que le condujo hasta nosotros hubo de efectuarlo por tierra y atravesando aquella cordillera que tanta fama alcanza en la historia; los Alpes. A ciencia cierta sabemos que en algunas ciudades de la vecina República despertó la atención y atrajo hácia sí las simpatías de los buenos cristianos. Hemos tenido ocasión de ver una carta escrita por un respetable sacerdote de Cette, en que se prodigan grandes elogios á las virtudes heróicas de nuestro amado Peregrino y se ve que no ha sido solo entre nosotros, malamente calificados por los impíos de ignorantes y atrasados, sino que también en el país que los descreídos y escépticos suelen tomarse por modelo, en el país de Diderot y de Voltaire ha encontrado aquel pobre Penitente admiradores y personas de fé ardiente que han creído ver en él una reproducción de las virtudes ejemplares de San Benito Labré.

III.

¿Cómo pensaba Casimiro Barello?

Antes de proseguir en la narración que hemos emprendido y cuyas últimas etapas vamos á recorrer, creemos oportuno dar á conocer algo del espíritu que animaba á aquel ser privilegiado, objeto de nuestra admiración mas sincera. Para ello nada mas á propósito que reproducir algunas de las frases que con claridad de inteligencia sorprendente y con sencillez verdaderamente evangélica, brotaban de sus labios.

Si Casimiro Barello es admirable en su vida de oración y de mortificación, lo era también en su trato particular. No buscaba la conversación; pero tampoco la rehusaba, siempre que veía en ella un medio de atraer almas hácia Dios, hasta el punto de que personas prevenidas en contra de todo lo religioso, con un solo rato de oirle, han sentido vivas simpatías hácia su persona y un elevado concepto de su virtud. No puede representarse en un escrito el tono cariñoso de su voz melodiosa, la viva expresión de su dulcísimo semblante, sus palabras impregnadas de la más exquisita prudencia, sus delicadas maneras, su sencilléz encantadora, y todas aquellas circunstancias con que atraía á sí á los que le miraban ú oían para hacerles participantes de sus altísimos sentimientos; pero

el extracto de algunos de los diálogos con él sostenidos por diversas personas, contribuirá á conocer el elevado espíritu de que estaba animada su grande alma que, puesta siempre en presencia de Dios, se alimentaba solo de verdad y de caridad.

Veánse, pues, los siguientes diálogos llenos de sabiduría y gracia, y cuya veracidad es indudable:

—

—Dicen algunas personas que estará usted loco por esa vida tan extravagante que lleva.

—Puede ser; pero no estaré mucho, pues no hago cosas que perjudican á los demás como suelen hacer los locos. Algun poco sí que estaré, pero no del todo. Y si faltare en aparecer como loco, yo diría: Señor, Vos me habeis enseñado á hacer el loco, pues Vos hicisteis locuras por mí y como á tal fuiste tenido en el mundo.

—

—Amais á Dios?

—Deseo amarle. No le amo.

—

—Cómo estaïs tánto tiempo sin fastidiaros delante de Dios? Le veis acaso?

—No, le veo solo en la mente, y nada mas; ni tampoco quiero otra cosa. Si le viera como los bienaventurados, como soy un pobre pecador y tan lejos de la perfección de los bienaventurados, estaría en su presencia confuso, avergonzado, sin atreverme á proferir palabra. Pero como le veo oculto, humillado, que se deja llevar á todas partes, le hablo de tú, nada me embaraza el tratar con mi Señor y así me gusta más.

—

—Y vuestros padres os han permitido este género de vida?

—Mientras ellos han vivido no he podido llevarla porque no me lo permitieron, y aún muchos confesores tampoco, pero hubo uno que me lo permitió, y entonces la emprendí. He sido muy malo. Dios me ha llamado muchas veces á su servicio y amor; pero yo, ingrato, me olvidaba de Él y me iba con el mundo; pero gracias á Dios, le conocí mejor y á los quince años me convertí. Ahora estoy mejor.

—

—Vos tendreis grande mérito delante de Dios y grande recompensa.

—No, todos serémos iguales; porque Dios es como un amo que tiene muchos criados; á uno dice: tú cava la tierra; al otro, tú me harás casa; á este, tú la comida, y al de más allá, tú procurarás el aposento para el sueño; y como todos le han servido en lo que les ha mandado, todos tendrán la misma paga. A mí me ha dado este destino; y yo muy contento, muy contento.

—

—A dónde os dirigís?

—A donde el Señor me inspire. A buscar pecadores que no aman á Dios, para orar por ellos y ver si consigo moverles hácia Dios. Dios ama á los malos; yo no sé hablar para moverles, soy muy bruto, muy bestia, sé escribir muy poco; ya que no puedo otra cosa, quiero dar á Dios el servicio de mi cuerpo, y el Señor, que recompensa hasta un suspiro por su amor y un paso por su servicio, podrá recompensar lo poco que yo hago para que los pecadores le conozcan y le amen.

—

A una cieguecita decia:—No se aflija usted por no ver: pues lo que más vemos con los ojos materiales, es el mundo, y éste nos engaña, y nos hace perder el cielo; usted como no vé el mundo, no será engañada por él, y así no perderá el cielo.

—

Habiendo pedido permiso para marcharse de la casa de un sacerdote donde habia comido, le dijo éste que no convenia, pues estaba lloviendo, y contestó: Yo he servido tres años á un rey de la tierra que solo paga mientras se le sirve, y cuando era hora de partir, partiamos aunque el tiempo fuese malo. Ahora que sirvo al Rey del cielo, que paga tan bien nuestros pequeños servicios, justo es que le sirva con más prontitud y á pesar de las dificultades.

—

Después de la visita que hizo á las cárceles y asilos de caridad de Játiva, repartiendo la limosna que á este fin habia recogido á las puertas de la Parroquia de San Pedro, se fué á la iglesia de los S. S. Juanes, donde estuvo una hora de rodillas, llorando mucho; y preguntado por la causa de tantas lágrimas, decia suspirando: He pedido solo la limosna material que el Señor me dió con abundancia, pero no he pedido la limosna espiritual que es más necesaria.

¡Qué conciencia tan delicada y tan sensible á lo que no fuera de la más alta perfección!

—

A unas religiosas que se recomendaban á sus oraciones para ser aliviadas en las dolencias que padecian y que muchas veces les impedian cumplir con los actos de Comunidad, respondió: Es propio de las esposas participar de los gustos y deseos del esposo, y como Jesucristo esposo de ustedes iba siempre buscando trabajos y fatigas, no deben ustedes pedirle que se los quite; sino que les dé más, para mejor imitarle.

—

En la villa de Alberique estuvo á la puerta de la iglesia llamando la atención de las máscaras; y preguntado porqué obraba así, dijo: Aquéllos hacian el loco por el mundo ofendiendo á Dios, y yó quise hacer el loco por Dios y para que, llamándoles la atención, se ocupasen en mí y no en hacer cosas

malas, y yo muy contento de que por este medio no ofendiesen á Dios.

—

A dos reos condenados á pena capital dijo: Hermanos mios, Nuestro Señor Jesucristo era el más amado del Padre Celestial, y no obstante permitió que siendo inocente fuese condenado al patíbulo entre malhechores. Ah! los santos han deseado imitar á este Dios que muere inocente, y su mayor alegría era morir como Él en el patíbulo. Es la mejor dicha para el cristiano. Si sois culpables y pagais el delito aquí, no tendreis que pagarlo en la otra vida, y allá es más terrible la pena. Por tanto no esteis tristes por vuestra suerte.

Esto dicho con la unción propia de tal justo, conmovió vivamente á los dos presos, que luego hablaban de él con respeto.

—

Preguntado en Játiva por qué no habia admitido dinero para la limosna de los presos, dijo: Porque el mundo esta creido que el dinero lo es todo, el cual está aquí reconocido como una especie de Dios; y así el Señor ha hecho ver que sin dinero se tiene pan, carne, ropa y hasta tortas con azúcar; ya lo han visto, no se ha necesitado el dinero y, queriéndolo Dios, se ha reúnido todo á pesar del mal tiempo.

—

Estando en el hospital de Játiva, una señora le rogó que pidiese al Señor hiciera bueno á su hijo único de corta edad, y él contestó: Señora lo que hemos de pedir es que no pierda la inocencia que tiene, que bueno ya es más que nosotros, pues conserva la gracia del Santo Bautismo.

—

Una persona respetable con el solo fin de sondear el gran espíritu de Casimiro, le hacia esta observación: ¿Usted no daria mas gloria á Dios trabajando? ¿No se le ocurre á usted que pudiéndose ganar el pan con el sudor de su frente, no haciéndolo, se lo quita á los pobres que no pueden proporcionárselo? —Sí, es verdad; así lo siento yo; por ello me dedico, desde que llevo esta vida de peregrinación, á trabajar tres meses cada año, repartiendo lo que gano entre los pobres, con lo que, no pierdo el hábito del trabajo y me aseguro de que el pan que como no lo quito á nadie. (*)

¡Qué delicadeza de conciencia!

—

Preguntando á Casimiro por qué teniendo fuerzas y voluntad para practicar tantas austeridades y penitencias no buscaba un desierto para vivir allí como los antiguos solitarios, respondia: « Hoy se ofende á Dios públicamente, y públicamente

---

(*) Los últimos tres meses que trabajó en fuerza de este propósito, lo hizo en el puerto de Cafranc.

se arrastra á las almas á la condenación, y públicamente debo honrar y glorificar á Dios y edificar á los prógimos con mis ejemplos. No hacerlo así sería grande cobardía.»

¡Qué conocimiento tan perfecto de su vocación y del gran deber del cristiano en los tiempos presentes!

—

Encargó á una persona que rogase por él. Dicha persona mostrando extrañeza por tal pretensión, contestóle que rogaría á Dios para que perseverase en la vida que llevaba; á lo que objetó Barello: ¡Ah, no, no! pídale que se cumpla su voluntad.

En esta frase resalta su verdadera humildad; no queria que se pidiera á Dios una cosa determinada para él, sinó que se entregaba por completo en manos de la Providencia.

—

Víspera del dia de su santo y encontrándose en cama, las personas que le asistian trataron á presencia del mismo, la manera de obsequiarle en dicho dia haciendo algo extraordinario; á lo cual contestó que el mejor obsequio que podia hacérsele, era el echarle de casa á palos.

Una vez más resalta en este ejemplo su humildad acrisolada y su espíritu de sufrimiento.

—

Para completar el cuadro de los sentimientos y modo de pensar de nuestro amado Penitente, y para concluir esta parte de nuestro trabajo no encontramos nada mejor que la reproducción de una carta que Casimiro Barello dirigió á su padre y que el periódico *L' Amico delle famiglie* ha dado á conocer precedida de algunas consideraciones que también hemos creido oportuno traducir.

Hé aquí como se expresa la mencionada revista:

«*Carta de Casimiro Barello á su Padre.*—Creemos dar gusto á nuestros lectores publicando una carta que con algunas otras escritas por Barello de propio puño nos ha sido remitida por sus parientes. No consta en ella ni la época ni el punto en que fué escrita; pero sabemos que fué enviada al padre poco después de terminado el servicio militar, esto es, hácia fines de 1880. Esto se desprende también del texto de la misma carta, cuya autenticidad aseguramos á nuestros lectores, ya que tenemos en nuestro poder el *original*. Dejamos este escrito en su propia sencilléz, no quitando más que algún *defecto* y algún particular que atañe exclusivamente á su familia. Creemos no obstante oportuno preponer las siguientes advertencias: Aún cuando el género de vida en un todo extraordinario que emprendió Casimiro, sea una clara confirmación de los hechos prodigiosos que narra, sin embargo, para obedecer á los decretos de los Santos Pontífices, declaramos que no queremos atribuirles más fé que la puramente humana, sometiéndonos en un todo al juicio de la Santa Iglesia.

Notamos aquí también que el padre no vió ya á Casimiro, puesto que dejó esta vida mientras el hijo estaba en España. Pero se nos ha informado de que tuvo la gracia de hacer una muerte verdaderamente edificante y santa. Antes de morir entregó á un tio muy confidente de Casimiro la carta que publicamos, junto con alguna otra, encargándole que las conservára y guardára con mucho zelo. Al leer esta carta tal vez extrañe alguien que Casimiro, que no siempre fué fiel á la voz de Dios y á los avisos de María Santísima, haya sido sin embargo tan favorecido por el cielo; y cómo de pecador haya pasado casi de improviso á una santidad extraordinaria. Nosotros debemos primeramente considerar que Dios, muy dueño como es de todas sus gracias como de sus dones extraordinarios, puede con justicia hacer partícipe de ellos á quien quiere y como quiere; y luego observemos que si en la vida precedente de Casimiro hubo infidelidades y debilidades, no faltaron sin embargo muchos rasgos de una alma verdaderamente generosa. Si después Casimiro alcanzó en brevísimo tiempo una virtud extraordinaria, no es de maravillar considerando los favores extraordinarios con que fué privilegiado. En la historia eclesiástica abundan los ejemplos de almas que por la misericordia de Dios pasaron de repente del estado de pecado á una vida de santidad extraordinaria.

Prepuestas estas advertencias, hé aquí la carta:

Estimadísimo querido Padre: He llegado al término del servicio militar y he emprendido otro sin consultar vuestra voluntad. Si con esto os doy disgusto, perdonadme, que yo imploro vuestro perdón y os pido me dispenseis de todos los disgustos que habeis recibido y recibis de vuestro ingrato y desobediente hijo. Querido y amado padre, me arrepiento de haber correspondido mal al amor que me habeis siempre tenido y demostrado afanándoos tanto por procurarme un pedazo de pan, por asegurarme el sustento de esta vida mortal, y siento mucho contrariar al presente vuestra voluntad la cual tanto se interesa en hacerme rico, tranquilo y feliz en esta vida pasajera. Yo os rindo los honores y la estimación que un hijo debe dar á su padre, y un padre debe recibir de su hijo, ofreciéndoos el corazón con todos los íntimos afectos de amor, de reconocimiento y de sumisión á vuestra voluntad, cuando esté conforme con la voluntad del grande, supremo, óptimo Dios, Padre omnipotente, Criador y Dueño del cielo y de la tierra. Os doy infinitas gracias por todos los beneficios que de vos he recibido desde el primer instante de mi vida hasta hoy, y por todos los que recibiré desde ahora hasta mi muerte. Os ruego con todo mi corazón que me concedais por amor y en nombre de Dios una gracia que imploro postrado humildemente á vuestros piés. Os ruego que querais concederme el permiso de seguir un íntimo secreto de mi corazón infundido por Dios en

mi mente el cual no os puedo revelar antes de haberlo puesto en ejecución. Querido padre, bendecidme, dad vuestra santa bendición á vuestro hijo, que el Padre común impondrá la suya sobre vos. Querido padre, sabed que yo no he sido criado para las cosas de la tierra, y sí para las del cielo: ni tampoco he sido puesto en el mundo para procurarme un pedazo de pan, sino mas bien para ganarme y asegurarme un pedazo de pan eterno; ni estoy destinado para amar y servir á un hombre, sino para amar y servir al Dios eterno, omnipotente, infinitamente bueno y misericordioso, el cual me ha criado y me ha dado á su Hijo por Salvador y que nos ha destinado una gran mujer vencedora del tentador enemigo del género humano y dueña general del universo, por salvadora, libertadora, auxiliadora nuestra; que nos libra y defiende de todo mal, bastando solo someternos y recurrir á Ella.

Así, pues, dejo que juzgueis lo que Dios espera de nosotros y que nosotros Le debemos dar. Es muy justo y razonable que si Dios os ha dado á su Hijo Jesús por vuestro amor, vos por amor Le deis á vuestro hijo Casimiro: si Dios por salvarnos nos ha dado todo aquello que le era más caro, nosotros Le debemos dar todo lo que nos es mas caro por salvarnos.

Querido padre, vos direis: pobre hijo ¿porqué crees esas cosas que te han contado? Querido padre, por piedad de vuestra alma, no digais eso, pues yo no creo estas cosas porque me las han enseñado los hombres; sino que las creo por revelación dada por Jesucristo omnipotente y fidelísimo, el cual no puede engañar ni ser engañado; y más perfectamente las creo porque me han sido reveladas por su gran Madre María, habiéndoseme aparecido en forma de una gran señora vestida de luz y de claridad, siendo yo de edad de 15 ó 16 años, esto es, durante aquella enfermedad que tuve, y de la cual puedo afirmarme y asegurarme sin ningún temor de errar no haber sido curado ni por los médicos ni por las medicinas, sino por gracia suprema de Dios hecha en favor mio por la intercesión de su gloriosísima Madre María en recompensa de aquellas míseras devotas súplicas elevadas al pié de su imagen en el altar de la Asunta en nuestra parroquia. Mas por ingratitud mia me he olvidado de todo; y sin embargo, esta buena Madre no me ha dejado en abandono y se me ha aparecido de nuevo otras veces en figura de una tierna y apasionada Madre que va en busca de su hijo perdido, y con las lágrimas que corrian de sus ojos me ha llamado con estas amorosas palabras: querido hijo ¿por qué me abandonas y me dejas? ¿Acaso merezco este abandono en recompensa de tantos favores como has recibido de tu madre? Ven, hijo querido, y no des más pena á mi corazón que tanto ha padecido y sufre de verte separado de mí y en peligro de perderte eternamente; ven, querido hijo mio, y procura no ser ya mas ingrato, sino mantenerte fiel á tus promesas.

A tanta bondad usada conmigo no he correspondido y he faltado á mis promesas de ser todo de Dios. Antes al contrario, cuando llegó la época del servicio militar dejé de practicar todo lo que era bueno, olvidándome de todos los favores recibidos de María. Por otra parte, atraído y engañado por los malos compañeros, llegué al punto de blasfemar y maldecir de esta buena Madre y de llevar una mala vida y enteramente indigna de un cristiano. Entonces vivia yo en contínua tristeza y rabiosa desesperación. Fortuna para mí fué que, en medio de tanta indignidad é ingratitud hácia Dios y María, tuve ocasión de ser invitado por un guardia de la cárcel á rezar el Rosario en su casa ante un pequeño altar que este buen guardia habia preparado para honrar á María en el mes de Mayo de este año. Aún cuando yo rezaba sin devoción y sin afecto, no obstante, aquellas pobres plegarias fueron aceptadas por María y de improviso sentí conmovérseme de espanto el corazón, y mientras temblaba, se me apareció otra vez, pero no ya en figura de tierna madre, sino en figura de una reina desdeñada, radiante de luz y de potencia, y me habló con estas palabras:—Ingrato é indigno ¿es este el amor que me debias tener? ¿Qué mal te he hecho que me ofendes de tal manera? Tú has merecido mi abandono, y debia abandonarte por tu ingratitud; y en vez de esto he aplacado la divina justicia irritada contra tus pecados. ¡Cuántas veces has merecido el infierno! y yo por solo tu amor te he librado de él. Muchas veces la venganza de Dios estaba suspendida para precipitarte, y ya debias estar allá abajo con los condenados, si yo no hubiese presentado la sangre de mi Hijo derramada por tí, y mi dolorido Corazón al Supremo Juez; si yo no me hubiese encargado de tu miseria ¿qué sería de tí? Ámame y entrégate todo á mí, que no seas mio una vez sola, sino mil veces. Deja ya de ser ingrato y sigue mis mandatos; hónrame en presencia de todo el mundo y no te avergüences de mí, pues yo no me he avergonzado de tí. Encomiéndate á mí en todos tus peligros, que yo no dejaré en abandono á un pecador que se arrepiente y que me ama. Haz alguna fatiga en honor mio, que te será pagada aún en esta vida, pero especialmente en la hora de la muerte.

Dicho esto desapareció, y yo me dirijí á los piés de un confesor á acusarme de mis faltas, é hice una confesión general, y aunque hacia mucho tiempo que no me habia confesado, con la ayuda de esta buena Madre hice una confesión de tanto consuelo y contento que no lo cambiaria por todos los reinos de la tierra.

Querido padre, si quereis estar contento, consolado y tranquilo, en fin, si quereis gozar de las mas grandes satisfacciones y consuelos que un hombre puede gozar en este mundo, derramad dos solas lágrimas de arrepentimiento y con este arrepentimiento, haced una buena confesión y experimenta-

réis los efectos de ella y direis: —Mi hijo tiene razón para consolarse en las cosas del alma.— Si no podeis creer, como no se puede creer sin probar, que una absolución que un humilde sacerdote pronuncia en nombre de Jesucristo pueda producir efectos tan admirables, os ruego que hagais la prueba y experimentareis estos grandes efectos. Encomendaos á la Madre de misericordia y Élla os prestará su ayuda en todas las miserias y necesidades tanto espirituales como temporales.....

Querido padre, siento en gran manera abandonaros y daros este disgusto con esta mi carta, pero consolaos pensando que yo estoy llamado á llevar á cabo cosas grandes como no existen ni pueden existir en nuestra casa. Hasta ahora no habia querido daros este aviso, ni haceros saber las cosas que me han sucedido, pero ahora he sido iluminado por una inspiración divina. No desprecieis, pues, os lo ruego, esta carta, la cual, con la voluntad de Dios, podria ser de gran consuelo para mi y de gran provecho para vos.

Hasta ahora hemos hablado del interés de la vida futura que es la que más importa, hablemos ahora de los intereses de la vida presente. Yo no estoy seguro de ir á casa tan pronto, y aunque fuera no me hallaria dispuesto á tomar estado, como seria vuestro deseo; pero no debeis afligiros por esto. En adelante teneis ahí á mi hermano Conrado que se halla ya en edad de ayudaros y aliviaros. Os ruego os intereseis por él..... No me queda otra cosa más que saludaros de todo corazón declarándome vuestro

Affmo. Hijo, *Casimiro*.

P. S. Rogad por mí, que yó rogaré por vos, á fin de que podamos terminar bien esta mísera vida para comenzar la vida eterna. Padre, padre mio, si pudieseis ver y hacer lo que yo hago, no podriais menos de llorar de consuelo. No lloreis la pérdida de vuestro hijo, sino consolaos y dad gracias á Dios que se ha dignado elegir entre tantos otros á vuestro hijo para cumplir sus santos designios. Rogad, rogad á Dios que os conceda la gracia de poder ver á vuestro hijo antes de morir, pues será vuestra buena muerte.—Adios, querido padre, el cielo os haga fervoroso y constante hasta la muerte. Ya que no podemos vernos y estar juntos en este mundo, esperemos volvernos á ver y estar juntos en el Paraiso.»

La carta que antecede dá claras muestras de la misión providencial que Casimiro venía á cumplir al mundo. Vean sino nuestros lectores la profunda convicción con que habla respecto á este punto de las recomendaciones que en diversas visiones le hizo la Santísima Virgen, y como complemento, lo que predice acerca de la hora de su muerte, predicción que se ha cumplido en todas sus partes y de un modo bien milagroso por cierto, pues en manera alguna puede admitirse, dados los antecedentes conocidos, y dada la realidad de las co-

sas que nosotros mismos hemos podido tocar por nuestras manos, que haya habido propósito deliberado de hacer víctima de una impostura ó de inicua superchería al mundo de los fieles á quien ha servido de edificación y alto ejemplo la vida del insigne peregrino.

IV.

Casimiro en Valencia y hasta su llegada á Alcoy.

Pasando por alto circunstancias y detalles de la peregrinación de nuestro muy amado Penitente que no ofrecen el mayor interés, volveremos á tomar el hilo de nuestra narración consignando cuantas circunstancias y hechos más notables hemos podido averiguar relacionados con Casimiro y referentes á su estancia en Valencia y á su tránsito por los demás pueblos de este antiguo reino, hasta su llegada á Alcoy, ciudad elejida por la Divina Providencia para que fuera depositaria de la tumba en donde reposan los huesos de aquel varón justo y humilde, cuyas virtudes resplandecen con fúljidos destellos, y brillarán más á medida que vaya la fé infiltrándose en los corazones y se vayan comprendiendo sus heróicas virtudes.

Era á mediados del mes de Enero del corriente año de 1884. En la iglesia del Hospital Provincial de la ciudad del Túria se celebraba el Jubileo de las Cuarentas Horas. La atención de los fieles que acudían al solemne culto, se fijó en un hombre, joven al parecer, de singular aspecto, ataviado con una especie de capote militar (*), viejo y remendado, que le llegaba hasta poco más abajo de las rodillas, y con una especie de falda de percal, también raída, atada con una soga á la cintura, cuyas misérrimas prendas eran las únicas que cubrían sus carnes; sus piés iban descalzos, desnudas sus piernas y descubierta la cabeza, cuyo pelo caia en sendos mechones de desordenados y rubios cabellos; su cara se hallaba poblada de una también rubia y virgen barba, siendo el conjunto de toda la persona y su continente humilde á la par que noble, y á pesar de la miseria del traje, simpático y atractivo. Aquel joven era nuestro Casimiro.

Entre las personas á quienes movió la curiosidad, figuraba un caballero profundamente piadoso, D. Teodoro Minguet y Rosell; éste se dedicó á observar atentamente las penitencias extremadas y la acrisolada piedad del Penitente, el cual pasaba en el templo doce y catorce horas seguidas, siempre de rodillas, oyendo las misas que se celebraban, en las cuales se levantaba sólo un momento durante la lectura del Evanjelio,

---

(*) Era efectivamente un capote de artillero, la única prenda que sacó de su casa como recuerdo de su amado padre, según queda anteriormente dicho.

permaneciendo el resto del tiempo en extática adoración de Nuestro Señor Sacramentado, é inclinado muchas veces al suelo con violentísima y difícil posición.

Observó, además, el señor Minguet, la humildad y mansedumbre con que procedía en todo, aquel misterioso personaje, razón por la cual se decidió á seguirlo por ver dónde se albergaba y ofrecerle su casa. No era tan fácil como creyó el señor Minguet su empresa. Al principio acompañaba á este señor tras del Penitente un número de curiosos que fué aumentando hasta las afueras de la ciudad; más desde allí empezó á reducirse el grupo, quedando solos en el camino de Campanar el señor Minguet y Casimiro. (Llamémosle por su nombre, puesto que si en Valencia no sabían á la sazón quien era, nosotros si lo sabemos).

Hasta casi dos kilómetros de camino siguióle el señor Minguet; de pronto paróse Casimiro, sentóse en un ribazo y sacando unos mendrugos, los mojó en el agua de una acequia y comiólos juntamente con algunas yerbas cojidas al acaso. Terminada tan frugal comida, prosiguió su camino, perdiéndose á la vista del señor Minguet entre las sombras de la noche que extendía ya su oscuro manto sobre la tierra. Después se supo que pasaba las noches en un miserable pajar que había en dirección al citado pueblo de Campanar y á media hora de Valencia.

Volvió el señor Minguet al otro dia á la iglesia del Hospital, y en cuanto vió al joven Penitente, se afirmó más y más en su propósito de llevárselo á su casa. Aguardó para el efecto que terminase el culto del dia, y al llegar la noche siguió á Casimiro como el dia anterior; y cuando se hallaron solos, ofrecióle hospedaje, pintándole con vivos colores los peligros que corría, solo en el campo y expuesto á las acechanzas de algún malvado que quizás se atrevira á atentar contra su vida, si por acaso se llegaba á descubrir el lugar de su refujio. A nada quiso atender nuestro admirable joven, contestando que se hallaba bien como estaba, y sólo en último extremo le dijo al señor Minguet:

—Padre, no puedo admitir su oferta, si no es por un acto de obediencia á mis superiores.

Nada objetó á esto el referido señor, pensando aprovecharse de la contestación.

A la mañana siguiente comunicó su pensamiento de caridad el señor Minguet al dignísimo Cura Arcipreste de San Andrés, don Ginés Segarra, á quien relató además cuanto ocurria.

—Mire usted, don Teodoro, que lo que usted me acaba de referir es tan grande y tan sublime, que áun teniendo una voluntad de hierro, no sé cómo seria posible hacer lo que usted me cuenta que ese joven hace, repuso el señor Cura cuando el señor Minguet hubo terminado su relato.

—La voluntad de Casimiro no es de hierro, es de oro.

Convinieron después ambos señores en la manera de obligar á Casimiro á aceptar el hospedaje que por su bien se le brindaba, y al efecto, apenas llegó el señor Segarra á la iglesia del Hospital, mandó llamar á Casimiro que se hallaba en la reverente actitud de siempre ante el Santísimo Sacramento, y en la sacristía tuvo con él una larga conversación de la que quedó prendado el dignísimo sacerdote, formando desde luego un concepto de Barello muchísimo más elevado aún del que había formado al oir la relación del señor Minguet.

Después de la confesión le dijo el señor Cura:.

—Tú me has dicho que la obediencia es uno de tus mayores deberes; espero que harás, pues, lo que yo te mande.

El Piamontés no contestó, pero su humilde actitud indicaba al ministro del Señor que estaba á su disposición. Seguidamente sacó el señor Segarra una tarjeta de visita, la hizo en dos pedazos y le dijo:

—Toma esta media tarjeta. A la persona que te entregue la otra mitad, has de seguir y ejecutarás cuanto ella te mande.

A la caída de la tarde, concluída la reserva, presentóse el señor Minguet á Casimiro con la media tarjeta consabida. Casimiro, después de echarle una penetrante mirada, le siguió dócil como un corderillo.

Llegados á casa y al sentarse á la mesa exclamó el Penitente:

—Padre, (·) me has engañado.

No porque á Casimiro se le había hecho trocar el miserable pajar á la intemperie, donde se albergaba, por la cómoda vivienda del piadoso caballero, se crea que dejó aquel de seguir su ejemplar y edificante vida. En la comida era parco como siempre, y los manjares procuraba á fuerza de agua hacerlos desabridos é ingratos; asimismo observóse en los primeros dias que el único colchón colocado sobre el duro suelo, sin manta ni abrigo de ningún género, que constituía su cama, no conservaba huellas de que se hubiera acostado en él nuestro amado joven, el cual por otro lado pasaba horas enteras ante una imajen de la Virgen que había en un cuarto, y además asistiendo con toda regularidad al templo donde permanecía catorce ó más horas sin tomar nada, excepto una poca de agua, que bebía después de comulgar, y sin que sus necesidades corporales se manifestasen de algún modo ostensible durante aquellos largos períodos de adoración.

Quiso el señor Minguet darle algún dinero por si tenía necesidad de comprar algún objeto ó de hacer alguna limosna;

(·) Este es el título que dió á don Teodoro desde que se hospedó en su casa. Con las palabras « padre me has engañado, » aludía Casimiro al silencio que guardó el señor Minguet cuando aquel le dijo que necesitaba el permiso de sus superiores para hospedarse en poblado.

pero Casimiro contestó que no tenía necesidad de nada sino de orar por él y por los pobrecitos pecadores, y en cuanto á dar limosnas no se necesitaba dinero para hacerlas, bastaba con pan y con ropas.

Para ver la impresión que le producía, intentó el señor Minguet darle un dia gran cantidad de dinero, pero Casimiro lo rehuyó sin demostrar alteración alguna, contestando en términos semejantes á los que el Señor empleó con el demonio cuando éste le tentó en el desierto: «no sólo de oro se alimenta el hombre, sino de la gracia del Padre que está en los Cielos.»

Consiguió la familia del señor Minguet que aceptase Casimiro un hábito que se le hizo en forma de túnica de la orden de los Padres Franciscanos; pero sin capucha, porque, como saben nuestros lectores, el joven llevaba siempre la cabeza descubierta. Consiguióse también que se dejase cortar los cabellos al rape y recortar la barba; más debió verse demasiado mundano y para no desmentir su humildad, púsole el buen Casimiro á su nuevo hábito unos grandes pedazos para que pareciese más viejo.

Aquella vida tranquila y regular sólo era turbada por las visitas que hacía á los enfermos que solicitaban verle. La fama de sus virtudes iba extendiéndose por la capital del Reino valenciano, y en la calle de Rubiols se veía á todas horas del dia y aún de la noche bullir de gentes que entraban y salían de la casa número 1, que era la habitada por el señor Minguet; y no se crea que eran gentes ignorantes, que era el vulgo, en una palabra, quien allí acudia; era la población en masa, pobres y ricos, ignorantes y sábios, personas de todas condiciones que sin distinción admiraban las sublimes virtudes que resplandecían en aquel ser verdaderamente extraordinario. Hasta los más indiferentes y los más incrédulos quedaban admirados de cuanto veían y oían.

Como es natural se trató de adquirir informes directos de tan admirable joven, y al efecto escribió el Reverendo señor D. José Cervera, desde Valencia, al Vice-Director del Seminario de los siervos de María, de Génova, D. Juan Bautista Semino, persona que había tratado íntimamente, según se supo, al joven Barello. Hé aquí la contestación que el referido Vice-Director dió:

«Génova 19 Enero de 1884.

Reverendo señor D. José Cervera.

«Recibí ayer tarde su muy grata del once del actual en la que me pide usted informes del joven Casimiro Barrello, hijo de Cavagnolo, provincia de Turin. Muy justo es el deseo de usted, y yo con sumo placer y diligencia le respondo para satisfacerle en cuanto me será posible.

«Creo positivamente que no ha errado usted al creer poseído

de un buen espíritu á nuestro amado joven Casimiro. Yo creo conocerlo bien á fondo, ya por haber tomado informes de su persona de fuente muy segura, ya también por haberlo examinado á él muy diligentemente.

«Puedo por lo tanto asegurar sin el menor temor de errar, que no solamente no es un impostor; sino por el contrario, es un alma en la cual el espíritu del Señor quiere manifestarse de un modo no común.

«También nosotros al principio tuvimos los mismos temores que usted y pensamos aconsejarle que se hiciese religioso; pero habiendo examinado y conocido mejor su espíritu, vimos claramente que hay en él verdaderos indicios de que Dios le llama á ese género de vida de peregrinación.

«El tiempo que permaneció aquí en Génova, observaba las mismas reglas de vida que, según dice usted, observa ahora en esa ciudad de Valencia, y también aquí llamaba la atención de todas las personas piadosas.

«Es cuanto puedo decirle para la tranquilidad de ustedes. Por lo demás pueden ustedes interrogar al mismo joven.

«Tengo sumo placer de que encuentre personas piadosas que se interesen por él y sacerdotes celosos que le protejan.

«Doy á usted las más expresivas gracias por la caridad que usa con nuestro amado Peregrino; y si quisiera usted de hoy en adelante escribirme alguna vez, hágalo usted con toda libertad y confianza. Entre tanto tenga usted la bondad de saludarlo afectuosamente de mi parte entregándole la adjunta esquela.

«No deje usted de ayudarle en cuanto le sea posible, confiado en que el Señor bendecirá sus solicitudes.

«Dígnese usted aceptar mis cariñosos afectos y encomendarme á los S.S. Corazones de Jesús y María á quienes sea dado honor y gloria por todos los siglos.—Suyo afectísimo servidor, Juan Bautista Semino, presbítero.»

A continuación transcribimos la carta para Casimiro á que la anterior se refiere. Dice así:

«Génova 19 Enero de 1884.

«Mi amadísimo en Jesucristo Casimiro Barello: Con sumo placer he recibido nuevamente noticias tuyas por conducto de ese buen Sacerdote que tan caritativamente se interesa por ti, y me sirvo de él para remitirte esta esquelita.

«No te repito lo que ya te dije en la carta que te dirijí á Alicante, porque creo que ya la habrás recibido. Regúlate según te indiqué en ella: y para lo que pueda ocurrirte cuotidianamente, puedes regirte por lo que te aconseje ese sacerdote que me escribe, ú otro, según las circunstancias. Por lo demás, te repito que creo sea la voluntad del Señor que continúes por ahora en ese género de vida.

«Ruega al Señor por mí, que yo no me olvidaré de tí, y si en cualquier cosa puedo servirte, cree que estaré siempre pronto á complacerte.

«Recibe los cariñosos afectos de nuestro Director y de todos nuestros jóvenes hijos de María. Encomienda á toda nuestra Comunidad al Señor y á su celestial é Inmaculada Madre á fin de que, creciendo continuamente en número, crezca también en el espíritu de Jesucristo.

«El señor te colme de sus celestiales bendiciones y te acompañe siempre con su santa gracia para que puedas cumplir en todo su santísima voluntad.—Tuyo siempre en Jesús y María, Juan Bautista Semino, presbítero.»

La lectura de las cartas que preceden y la comunicación de sus contenidos á las personas más sensatas y piadosas de la capital, fueron nuevos motivos para que el entusiasmo aumentara y creciera la admiración hácia Casimiro.

Pero cuando mayor era la efervescencia de los ánimos, cuando mayor era la admiración y el júbilo de los que de cerca le veian y trataban, cuando más seguros creian estar todos de poseer al pobre italiano, á quien se le profesaba verdadero cariño y profunda veneración, Casimiro desaparece del pueblo de San Vicente Ferrer como áurea nube disipada por el viento.

La noche que precedió á la partida de nuestro amado joven, fueron á visitarle á casa del señor Minguet algunos parientes de éste, y habiendo preguntado si aún permanecería muchos dias en Valencia, Barello contestó que hacía ya demasiados que se hallaba en dicha ciudad, y estaba dispuesto á partir, pues recordaba que un Peregrino se estuvo una vez más tiempo del necesario en una población, y una noche estando durmiendo oyó una voz que le dijo:—«Despierta y escucha:» despertó el peregrino y vió ante sí un angel que le dijo: —«Prosigue tu camino. Dentro de cuarenta dias verás á Dios» y que por consiguiente él, como el peregrino citado, debía partir, pues ya era hora.

Es verdaderamente digno de admiración este incidente por cuanto viene á probar una vez más los providenciales destinos del singular Piamontés, pues precisamente como el peregrino que refirió, en un plazo igual ó sea á los cuarenta dias de su partida de Valencia el buen Casimiro Barello lanzaba su último suspiro y marchaba á la presencia del Sumo Hacedor.

A los veinte y nueve dias justos que el Penitente se encontraba en la morada del señor Minguet, y antes de las cuatro de la madrugada, envueltos aun en las sombras de la noche, caminaban por las calles de Valencia hácia las afueras nuestro amado Casimiro y don Teodoro Minguet. Ambos iban tristes como triste era la penumbra que los envolvía, y ni el uno ni el otro se atrevían á romper el silencio. Llegados al campo, Barello exclamó:

—Padre, veo el camino de que me has hablado; puedes retirarte.

—No, Casimiro; he prometido acompañarte hasta la *Creu*, y quiero cumplirlo; así estaré un momento más á tu lado.

De nuevo emprendieron el camino sin hablar palabra, hasta que llegaron ante una tosca Cruz, conocida en la comarca por la *Creu Cubérta*, ante la cual cayeron como movidos por un resorte ambos á la vez de rodillas, murmurando una piadosa oración. Mucho tiempo permanecieron hincados, elevando al cielo su plegaria, hasta que levantándose Casimiro y dirijiéndose al señor Minguet, que hizo lo propio, le dijo:

—Padre, quiero que me dés tu bendición.

El señor Minguet, enternecido al ver postrado humildemente á sus piés á aquel joven tan singular, cuya alma creía ver resplandecer en su frente, no pudiéndose contener, le levantó y le dijo:

—No, hijo mio, no á mis piés, sino fuertemente entre mis brazos y sobre mi corazón es donde quiero tenerte. Ven, ven, no te marches; volvámonos á casa, que no quiero que nos abandones.

Aquellos dos hombres, estrechamente abrazados, formaban un sólo cuerpo fundido en un sólo sentimiento. Sus lágrimas, salidas del fondo del corazón, se confundían en un prolífico raudal de amor y de ternura.

Casimiro, haciendo un supremo esfuerzo, se desprendió de los brazos de su compañero, y volvió á postrarse á sus piés suplicándole de nuevo le diera su bendición.

Se resiste el señor Minguet; pero cediendo al fin á las súplicas del joven, extiende sobre la cabeza de éste sus manos y levantando la vista al cielo, con dulce plegaria pide á Dios proteja á aquella sublime criatura. Imposible describir escena tan conmovedora como la que siguió. Ni el uno ni el otro tenían fuerza para separarse; pero al fin Casimiro diciendo: «esto tiene que ser,» hizo un violento esfuerzo y besando á su amigo en la frente echó á correr sin volver atrás la mirada, perdiéndose pronto de vista.

Mirad como corre Casimiro por el camino: ¿quién le persigue? ¿por qué abandona á Valencia con tanta precipitación? Nadie sigue sus pasos; sin embargo huye, porque allí se le han prodigado aplausos, él deseaba oprobio; allí ha causado admiración, él deseaba desprecio y burla; allí le dieron consuelo, él buscaba sufrimientos y penas; allí encontró alegría, él deseaba pesadumbres; allí le dieron vida, él quería muerte.

Aquella misma mañana entraba Casimiro en la iglesia parroquial de Masanasa, donde recibió la sagrada comunión, saliendo después para Alginet, á donde llegó anochecido. El cura de este pueblo, apenas supo su llegada, le brindó hospitalidad; mas rehusóla diciendo que tenía ya donde albergarse.

No insistió el reverendo sacerdote, creyendo que se acojería en casa de algún vecino; Casimiro entonces salió del pueblo y fué á pasar la noche en un pajar que había distante unos tres kilómetros. Al dia siguiente regresó á Alginet, y después de oir misa devotamente y de recibir al Señor, con edificación de todo el vecindario, dispuso su partida. No la realizó, empero, sin verse obligado á admitir, cediendo á las reiteradas instancias del señor Cura y de aquellos honrados vecinos, un saquito con algunos comestibles. Mas nuestro amado joven, para quien no existía nada suyo, ni pensaba jamás en las necesidades de la vida, firmemente persuadido de que el Dios que da el grano de trigo al pajarillo, no ha de dejar abandonadas á sus criaturas; nuestro amado joven, repetimos, encontró á corta distancia de la villa á un pobre anciano casi desnudo y hambriento, y con evangélica caridad, le dió el saquito con la comida y además le abrigó con la esclavina de su hábito, quedando él sólo con la túnica. ¡Admirable rasgo digno de sus heróicas virtudes!

Sin detenerse, prosiguió el Peregrino su marcha; sus piés parecía que tenían alas; creeríase que un negocio urgente le reclamaba. En efecto, su corazón le decía que había un pueblo donde hacía falta el ejemplo de sus edificantes virtudes, y hácia él volaba nuestro amado Penitente en alas de aquella fe y de aquel impulso divino que hace que el rayo de sol bese el caliz de la flor y la suave brisa balancée las hojas en el árbol. Este pueblo era Alberique. Cuando llegó allí se estaba celebrando el Carnaval, y muchos jóvenes, vestidos de máscaras, se divertían locamente sin ver que ofendían al Supremo Hacedor. Propúsose Casimiro apartarles de Satanás y distraer su atención haciéndola converjer hácia la divinidad; al efecto, atravesando el pueblo, llega á la puerta de la iglesia, y arrodillándose en cruz ante ella, pónese á orar por los pecadores. Como es natural, el continente y la actitud de Casimiro despertaron bien pronto la atención atrayendo á la plaza á casi todo el pueblo, inclusos los disfrazados, olvidándose todo el mundo con esto del Carnaval, de los disfraces y de las incultas y pecaminosas bromas, y cumpliéndose de este modo el propósito de nuestro amado joven, que, aunque enemigo de toda ostentación, en aquel caso se valió de un acto público para atraer las almas extraviadas al redil.

Acerca de la estancia de Casimiro en Alberique, hé aquí los datos que nos proporciona el reverendo coadjutor de aquella iglesia, don José Pons, en la carta que transcribimos á continuación.

Alberique 10 de Julio 1884.

Señor don José Valero.

Muy señor mio: Aunque no tengo el honor de conocerle, me tomo la libertad de dirigirle la presente, dándole algunas noticias que creo serán recibidas con gusto por su parte, refe-

rentes al penitente Casimiro Barello que murió en su casa de V.

El viernes 8 de Febrero cuando á la madrugada me dirigí á la iglesia parroquial de esta villa y me senté en el confesonario. Serían como las cinco y media, entró y vino á arrodillarse entre el lugar donde yo estaba y el comulgatorio, un penitente ó peregrino que llamó mi atención; confesé á mis penitentes y concluído que hube, me acerqué á él, y creyendo que tenía deseos de oir misa, le pregunté: —«¿Hermano, quiere usted oir misa?» á lo que me contestó con acento marcadamente extranjero: —«Si señor, y además, recibir la Sagrada Comunión si usted tiene la bondad» —Pues véngase conmigo, le repuse, al Santo Hospital y tendrá lo que desea, (pues habían dado las seis, hora en que tenía que celebrar el Santo Sacrificio á las hermanas de San Vicente de Paul.) Se vino conmigo, entró en el oratorio del Hospital, oyó la Santa Misa en la que recibió la Sagrada Comunión, juntamente con las hermanas y algunas personas devotas, y concluída la misa se fueron las hermanas á sus quehaceres y los devotos á sus casas, y nos quedamos los dos solos en el oratorio dando gracias á Dios.

No satisfecha mi curiosidad con lo que había visto, quise saber más acerca de aquel misterioso personaje en el que veía algo de Divino, y al efecto le hice llamar al recibidor de las hermanas con ánimo de interrogarle. Apenas entró, me dijo: —«Diga usted á las hermanitas me den por Dios una poquita de agua.» Sacaron un vaso con ella y bebió la mitad. Después le pregunté: —«Donde ha dormido usted esta noche» —«En la casa de pobres» —«¿Pues porqué no venía usted á mi casa ó á casa del señor cura donde hubiera tenido albergue y comida? —«¡Ah! soy pobre y por eso quiero la casa de pobres» —«Pues vamos; hoy comerá usted conmigo.» Quiso excusarse pero insistiendo yo, me dijo:— «Por obediencia iré.» Nos fuimos á la parroquia; yo me senté en el confesonario, y él se quedó esperando que dijeran otra misa. Después le acompañó un acólito como lo tenía yo prevenido, á casa, donde yo le estaba esperando. Antes de entrar en mi despacho se arrodilló y me besó la mano. Permítame usted que me detenga á manifestarle, antes de pasar adelante en mi relato, lo que sentía dentro de mí mismo: me sentía feliz, pues creía estar ante un fiel imitador de mi Redentor, en el que se me presentaba al Patriarca de Asís, aquel peregrino que encantaba á cuantos le miraban; mi pecho rebosaba verdaderamente de júbilo; pero observo que sería largo en esta digresión y la corto reanudando mi relato.

Mi señora Madre entró el chocolate con un panecillo y una poca de carne de membrillo, y para que lo tomase le invité á acercarse á la mesa; más contestó: «Aquí mismo sobre las rodillas.» Púsose sobre ellas la servilleta y tomó el chocolate rehusando tomar el membrillo. Al entrar mi madre dije: «Esta es mi señora Madre» y dando un suspiro exclamó: «La muerte de la

mia fué el principio de mis extravíos; yo tenía un padre poco católico, pero la infinita misericordia de Dios me volvió otra vez á su seno. Me recojió mi director espiritual que era un sabio y un santo, y me admitió en el Seminario fundado por él con las limosnas que recojió y en el que habia ciento cincuenta jóvenes; pero un dia me llamó y me dijo: —Hijo mio: tu no estás bien en este santo lugar; Dios te llama á otra parte. —A lo que contesté: «Padre mio, yo quiero hacer la voluntad de mi Dios. ¿Dónde tengo que ir? ¿Qué tengo que hacer?»—El mundo te llama: has de ir peregrinando —Y hé aquí que cuatro años que voy peregrinando. Cuento 27 años de edad, y desde antes de Navidad que estoy en Valencia; no tengo padres y sólo un hermano. Al entrar en Valencia, mi traje era un paletot abotonado de arriba á bajo, pero don Ginés (·) me hizo este hábito nuevo con su capilla, la que dí á un pobre, porque la creí innecesaria para mí; y pareciéndome además muy nuevo el hábito, le puse estos pedazos que usted ve.»

«¿Y usted tiene comunicación con su Director?» —«Si señor, por conducto de un padre dominico, italiano, de los desterrados de Francia que vive en Valencia, quien me ha dado noticias de mi Director» —«¿Y esto es penitencia?» —«No señor es puro consejo, ó más bien mandato de Dios.» Entonces le añadí algunas observaciones acerca del rigor de la estación y de la humedad de los pisos, y me contestó que su superior, que era un santo y un sabio, lo permitía. —«Pues hijo mio: ¿por qué no se retira á un monasterio de religiosos y allí llevará una vida santa y también penitente?» —«Eso quisiera yo, y los P.P. de la Magdalena querian que yo estuviera con ellos; allí estaria muy bien siendo el criado de todos, podria hacer mucha penitencia y amar mucho á mi Dios; pero lo participé á mi Director y me contestó que no es hora de descansar. Yo obedezco y cumplo la voluntad de mi Director.» —«Digame usted algo respecto á sus cosas espirituales, los dias de comunión, rezos. etc., añadí, y contestó: —«Me permito la comunión todos los dias, confesar todos los dias que buenamente puedo, sin molestar á los confesores, y además todos los años por Agosto, (que es cuando tengo que presentarme al gobierno, pues soy recluta de reserva después de haber estado tres años de servicio activo y este año concluyo) hago confesión general y me da instrucciones mi confesor para seguir mi peregrinación. Ejercicios de penitencia, pocos puedo hacer, porque la peregrinación no los permite. Yo estaría en un monte, y allí haría mucha penitencia y amaría mucho á mi Dios; pero no puede ser, he de cumplir su santa

(·) Apesar de esto que el señor Pons dice, sabemos de una manera positiva, que el hábito fué obsequio del ya citado señor Minguet; aunque es posible que este señor para obligar á Casimiro á que lo tomase, se valiera del digno sacerdote también mencionado, don Ginés Segarra, cuyos mandatos hemos visto la mansedumbre con que aceptaba nuestro amado Penitente.

voluntad.» Díjome además que rezaba cinco veces al dia el quinquenies ó rosario, pues esto lo podía hacer por el camino, y que además visitaba á Jesús Sacramentado siempre que se lo permitían las circunstancias. Díjome también que cuando estaba en el Seminario, rezaba el oficio parvo de la Virgen; pero que ahora no podía todos los dias, porque muchas veces las iglesias estaban á oscuras, y además por el camino no le parecía bien rezarlo. Al preguntarle que si había estado en Roma y visto al Sumo Pontífice, me contestó que sí y que había visto á Pio IX. Después de esta larga conversación mostró deseos de marchar, y por más instancias y ruegos que le hice para que se quedase al menos hasta la tarde, no quiso ceder. Se arrodilló á mis piés, me besó la mano, me pidió la bendición y yo todo confuso al ver postrado ante mí aquel admirable ejemplo de humildad y penitencia, le bendije encargándole me encomendase á Dios. Después se marchó dejándome sin poder explicar lo que en mí pasaba.

Según las noticias adquiridas y atestiguadas por el sacristán y el encargado del Hospital de peregrinos, llegó Casimiro á esta villa el jueves 7 de Febrero sobre las dos de la tarde; se arrodilló á la puerta de la iglesia y permaneció allí hasta que fué el sacristán á tocar al rosario que por una difunta se rezaba: estuvo todo el rosario arrodillado; luego acompañó al Santo Viático, y después de cerrada la puerta de la iglesia, se quedó arrodillado ante ella. Entonces fueron algunos á darle limosna, entre ellos el recaudador de contribuciones, y contestó que no recibia dinero, admitiendo algunas viandas, y rehusando un vaso de vino que se le ofreció en una taberna. A las 8 de la noche viéndole en el mismo sitio, el alcalde mandó al alguacil que le acompañase al Hospital de peregrinos, donde pernoctó; le ofrecieron una cama en un cuarto con otro peregrino, á lo que contestó que quería paja y estrellas. Pasó toda la noche en oración con gran admiración del otro peregrino, y á la mañana siguiente, al abrir el Hospital, fué cuando vino á la iglesia y le vi yo por vez primera, pues los ejercicios espirituales del dia anterior que antes he mencionado, estuvieron encomendados á otro compañero.

Todo esto, es cuanto puedo decirle, y aprovecho la ocasión para ofrecerle mis servicios, mandando como guste á este S. S. y capellán—José Pons.—Coadjutor.».

Salió Casimiro de Alberique siguiendo la carretera; mas al llegar á la altura de Cárcer y Cótes, quedó admirado ante el magnífico paisaje que desde allí ofrece la extensa vega de Játiva. Al divisar el histórico castillo y aquella hermosa ciudad asentada sobre la falda del azulado monte, abandonó la ruta que seguía y se encaminó hácia aquella población en la cual su corazón le decía había de conseguir grandes y valiosos triunfos para la fé, arrancando á la impiedad y á la duda mu-

chos séres que gemian aprisionados en sus infernales garras.

El mismo dia, 8 de Febrero, á la caída de la tarde, penetraba Casimiro en la ciudad de San Felipe.

No fué en verdad muy halagüeño el recibimiento que la antigua *Sétabis* hizo al joven italiano. Al pasar por una calle en la que habia muchas personas de ambos sexos ocupadas en la fabricación de alpargates, despertó la atención el extraño atavío del joven, y fué saludado con generales burlas y palabras duras y ofensivas que en otro que no hubiera sido nuestro Peregrino, hubieran despertado la indignación y la cólera. Mas Casimiro, perdonando de todo corazón á aquellos desgraciados, atraviesa las calles con humildad no finjida, y con paso vivo se encamina á la Seo, en cuyo templo se pone á orar por aquellos mismos que le habían insultado, rogando á Dios que no les tomase en cuenta sus palabras, porque no sabían lo que se decian.

No dejó Dios de oir aquella plegaria, pues á los pocos dias volvió á pasar Casimiro por la misma calle, y como quiera que la fama de sus virtudes se hubiera extendido, los procaces insultos del primer dia se trocaron en entusiastas alabanzas y extraordinarias muestras de admiración.

Aún consiguió más que ésto, pues muchas de aquellas personas para quienes no habia nada respetable, ante la elocuencia con que predicaba aquel admirable joven la virtud con el ejemplo, no solo cambiaron de modo de pensar, sino que hoy obran de muy diverso modo en bien de sí mismos y en el de sus semejantes, y para mayor gloria de Dios.

Hallábase Casimiro postrado, como deciamos, reverentemente bajo las naves de la Seo, cuando el rumor de las llaves que agitaba el sacristán, vino á sacarle de su éxtasis y á indicarle que era hora de abandonar la casa del Señor. Con amargura dirigió Casimiro una mirada á su alrededor; y decimos con amargura porque su corazón vertía lágrimas de sangre al verse sólo en el templo en una ciudad tan populosa. Su primer impulso fué el de esconderse para poder pasar la noche adorando al Todopoderoso; mas á las reiteradas manifestaciones del sacristán, que no cesaba de agitar las llaves, abandonó la iglesia en la que solo habia podido permanecer contados instantes. Ya en la calle, oyó el tañido de una campana; siguió la dirección de sus vibraciones, y encontróse en la iglesia de San Francisco, donde permaneció orando todo el tiempo que duró la función religiosa que allí se celebraba. Al salir de este templo donde habia despertado ya la admiración de las pocas personas que lograron verle en el apartado rincón donde se refujió, unos soldados quisieron darle una limosna en dinero; pero él la rehusó, con no poca admiración de aquellos caritativos militares.

Acercósele después una buena mujer de alguna edad, que le

preguntó si admitiría una limosna; contestó Casimiro que sí, pero no en dinero; la caritativa anciana voló á su casa, y trayendo un pan, se lo entregó á nuestro héroe, quien después de besarle y bendecirle, se lo guardó en el saco donde guardaba su mísero equipaje.

Celebrábase á la sazón una gran fiesta en la iglesia y convento de monjas de la Consolación. Un gran campaneo vino á advertírselo á nuestro joven, y sin pensar en el cansacio que yá debía dominarle después de una tan larga caminata, dirigióse á dicha iglesia y nuevamente se entregó á la oración hasta que, concluído el culto, se retiró á un pajar situado al lado del cementerio y junto al camino que le habia conducido á la ciudad.

A la mañana siguiente, al toque de alba, siguiendo la señal de las campanas, encaminóse nuestro amado joven á la parroquia de San Pedro donde se estaban celebrando solemnes Cuarenta Horas, y allí estuvo de rodillas ante el Santísimo Sacramento sin variar de posición hasta concluida la reserva. El dignísimo y reverendo cura párroco, don José Pla, se fijó desde luego en la edificante actitud de aquel joven cuya fisonomía tan simpática y distinguida se avenía mal con el pobre sayal que cubria su cuerpo. Desde luego parecióle entrever un enigma y se propuso descifrarlo examinando detenidamente al joven; pero, concluídos los ejercicios, dirigióse á buscarle y ya no le halló. Al dia siguiente, apenas abierto el templo, introdújose en él Casimiro entregándose á sus inquebrantables prácticas religiosas. Apercibido el señor Pla de su presencia, dispuso que dos muchachos estuvieran observando cuanto Casimiro hiciera, y le avisasen cuando se marchase. Así lo efectuaron, y el dignísimo ministro del Señor, antes que nuestro hermano abandonase el templo, le hizo entrar en la Sacristía y le ofreció comida y albergue, cosas ambas que rehusó Casimiro diciendo que ya tenia donde recojerse y donde comer. No insistió el señor Pla, dejóle ir, pero ordenó á los muchachos que le siguieran para saber adonde iba.

Al llegar á una acequia, detúvose el joven, y arrancando unas pocas yerbas que por allí crecían, las comió juntamente con unos mendrugos de pan que sacó de la bolsa y remojó en el agua corriente, de la cual bebió después una poca. Luego fué á recojerse al pajar ya indicado adonde al poco rato se dirigió el señor cura, ya advertido del caso, en compañía de varios amigos. Empezó entonces un interrogatorio en toda regla, pues el señor Pla se hallaba deseoso de saber á qué atenerse ante aquel sér tan extraordinario como misterioso. Se valió de todos los medios: desde la amenaza hasta la mordacidad, pero á todo contestó Barello con humildísimas palabras y luminosas razones, y por último acabó por entregarles su pasaporte y demás papeles protestando de que no era ningún mal-

hechor ni ningún criminal. Prévio su consentimiento, llevá-ronse dichos papeles á condición de devolvérselos al siguiente dia, y cuando una vez leidos pudieron convencerse de la grandeza de aquel joven, admirable bajo todos conceptos, no pudieron menos de bendecir á Dios por haberles concedido el ver de cerca un testimonio vivo de lo que puede la fé y la religión.

Al dia siguiente don José Plá, al mismo tiempo que le devol-vía los papeles indicados, le hizo presente la conveniencia de que no durmiese más á la intemperie, brindándole hospedaje que el joven rehusó obstinadamente, hasta que por santa obe-diencia accedió á quedarse en el pajar de la casa de don San-tiago Martinez, honrado labrador vecino de aquella Ciudad.

Acerca de la permanencia del hermano Casimiro en Játiva, todo cuanto pudiéramos decir seria pálido al lado de una notable carta que publicó *La Lealtad* de Valencia, en la que se dán pormenores y detalles que concuerdan perfectamente con cuantas noticias hemos adquirido antes de emprender el trabajo que llevamos entre manos.

Hé aquí la carta en cuestión.

«Sr. Director de *La Lealtad.*

Játiva 20 de Febrero de 1884.

Muy señor mio: Un acontecimiento no visto tal vez en al-gunos siglos, acaban de presenciar los habitantes de esta im-portante ciudad; la permanencia en ella durante diez dias del pobrecito Casimiro Barello. Los efectos son tan extraordina-riamente notables, que creo debieran lanzarse á los cuatro vientos de la publicidad, pues la luz que derraman basta para abrir los ojos de los que, ciegos en la vida sobrenatural, yacen envueltos entre las sombras de la indiferencia, de la duda y de la incredulidad. Por ello me atrevo á dirigir á usted para su católico diario estos maltrazados renglones, respondiendo de la exactitud de cuanto en ellos refiero, como testigo pre-sencial, ó informado de personas dignas de todo crédito.

El sábado 9 de los corrientes, empezó á correr la voz de que un joven penitente se hallaba de rodillas delante del Santí-simo Sacramento, desde las cinco de la mañana, en la iglesia parroquial de San Pedro, en donde habian comenzado aquel mismo dia las Cuarenta Horas.

Como es de suponer, no faltaron curiosos que asistieran aquel dia al expresado templo.

Aunque todos adivinaban que el indicado sugeto era el mismo que tánto habia llamado la atención de la capital, sin embargo, se hacian mil suposiciones acerca de su género de vida, sobre su motivo, y hasta su persona.

Pocos dias fueron menester para que la loca imaginación se dejase de invenciones y diese lugar á que la razón juzgase

ante los hechos que, con toda desnudéz y evidencia, le presentaban los sentidos.

En efecto, señor director, el numeroso público que incesantemente llenaba el templo dicho, veía que á las cuatro de la mañana estaba ya en él el indicado joven, descalzo, con su pobre y haraposo hábito, sus libritos y su rosario; que se arrodillaba en el rincón de una capilla, de donde sólo se movía para acercarse al sagrado comulgatorio, volviendo luego al mismo sitio, en donde permanecía de rodillas como una estátua, sin más movimiento que sus profundas y difíciles postraciones, y extensión de brazos, hasta las cinco y media de la tarde en que, avisado por el señor cura ecónomo, á cuyas órdenes se puso desde el primer dia, entraba en la Abadía, se tomaba luego una frugal comida, y se retiraba á un pajar situado á una media legua corta de la ciudad, en donde descansaba hasta la madrugada del siguiente dia, para volver á la misma iglesia.

El inmenso público, que veía durante cuatro dias consecutivos lo mismo; que sabía que el expresado señor cura y otras personas le habían ofrecido hospedaje y que lo había rehusado muy cortesmente, de la misma manera que las limosnas en dinero que algunas personas le ofrecían, aceptando tan sólo los pedazos de pan, que luego entregaba al primer pobre que se presentaba á su paso, no podia menos de unirse con respeto y hasta con una especie de veneración á un joven tan extraordinariamente ejemplar.

Así es, que aquella curiosidad del principio trocóse pronto en conmoción profunda y general. Ya no eran las mujeres las que iban á ver al peregrino, ó al *fraret;* era la población en masa la que visitaba la parroquia para ver al hombre extraordinario; pero con esta circunstancia digna de notarse: que teniendo á los ojos á aquel constante y heróico adorador de la Eucaristía, era imposible contenerse sin caer de rodillas ante Jesús Sacramentado. Yo mismo ví entrar á dos sugetos que por la manera como entraron y se quedaron de pié, indicaban que no buscaban á Dios sino al *hombre;* más éste los mira, observa su actitud irreverente, y señalando con sus ojos y sus manos dónde estaba el objeto de su adoración, caen de rodillas en el suelo, inclinando su cabeza y su cara al altar mayor. Como usted comprenderá, el respeto y la veneración animaban al concurso de personas, que salian asombradas, y muchas de ellas vertiendo lágrimas abundantes.

Si estos efectos producíanse á los cuatro dias de permanencia entre nosotros, sin más comunicación que su presencia en la iglesia y las contadas personas que por conducto de dicho señor cura le hablaban, figúrese usted cuáles no serían cuando este señor le mandó que aceptase la comida á que le convidase alguna persona por la noche; cuando por obediencia dejó el

pajar del campo y se acostaba en el de un corral de casa de un honrado labrador de dicha parroquia; cuando se le trató y fueron conocidos sus finos modales, su trato tan dulce y simpático; la íntima convicción de la conveniencia de su vida errante y austera, y sobre todo su encendido amor á Dios y á los hombres; y todo esto, unido al mismo género de vida de los dias anteriores, permaneciendo otras Cuarenta Horas en el mismo templo arrodillado delante del augusto Sacramento.

Señor director, no era ya la curiosidad lo que se notaba en las gentes, ni tampoco el asombro ante las virtudes tan admirables, ni la veneración al más sublime de los Sacramentos; eran lágrimas que la simple vista del mencionado pobrecito arrancaba de los ojos de todos; lágrimas de amor al Todopoderoso; lágrimas por haber ofendido á un Dios, por cuyo amor tántos sacrificios y penalidades se personificaban en el expresado penitente. Yo mismo he visto llorar á multitud de personas alejadas por completo de los deberes religiosos; las he oido expresar el dolor que les causaba haber llevado aquel género de vida, asegurándome algunas de ellas que de hoy en adelante serían otras.

De modo que todos dicen: «La permanencia del pobrecito entre nosotros ha sido una Misión para todos.»

El hermano Casimiro Barello era ya el objeto de todas las conversaciones, y de la atención y cariño de todos. Y con razón; porque lo que de él se refería era más que suficiente para despertar el más empedernido corazón. Permítame que me extienda en narrar algunos de los hechos más notables.

Al saber que en una casa próxima á la parroquia de San Pedro se hallaba una ancianita agonizando, pidió ir á verla, y así quel legó á su presencia, se arrodilló á la cabecera de su cama, diciendo á la pobre moribunda palabras de confortación y de consuelo, siendo imposible arrancarle de allí hasta las dos y media de la madrugada, en que el dueño de la casa movido á compasión, le mandó que se retirara á descansar al pajar, lo cual ejecutó; pero á las cuatro estaba ya de pié preparado para pasar todo el dia como los anteriores, de rodillas ante el Santísimo Sacramento.

No menos edificaba en la presencia de los pobres mendigos, á los cuales besaba los piés y abrazaba, dándoles todo el pan que llevaba encima, y cuando no tenía, él mismo pedía al primero que tenía á su lado, entregándolo luego al pobre.

La primera noche que se quedó en el pajar de la casa del labrador antes citado se le advirtió que una ventana vecina, era de la sacristía de la iglesia de la Consolación, y por consiguiente que pasaría la noche muy cerca de Jesús Sacramentado: es imposible, señor director, describir la alegría que se dibujó en el rostro del expresado joven al oir esta noticia; sus mejillas se hicieron como de carmín, sus ojos se avivaron, ya

no ansiaba más que quedarse sólo, y sin dejar que el dueño de la casa le tendiera la paja que le había de servir de lecho, de rodillas ante la ventanilla, empieza á dirigir jaculatorias al Santísimo Sacramento, á llamar á su angel custodio para que corriese un poco la pared de la ventana y á lo menos le permitiese ver la claridad de la luz que ardía delante del altar mayor; y cómo el expresado dueño al verle tan entusiasmado le dijese: «hombre, acuéstese y duerma, si nó, mañana ¿cómo podrá ir á las Cuarenta Horas?» El le contestó: «no importa, esta noche le quiero yo gozar: esta noche que es patrimonio mio; mañana no sé si viviré.»

Finalmente, narraré el más notable y ruidoso de todos, que ciertamente es una maravilla de la caridad. Habiéndole manifestado al señor cura que no quería salir de Játiva sin hacer una visita á los pobres presos, pero que, al mismo tiempo, quería llevarles algunas limosnas en especies, le pidió su parecer sobre si pediría un dia por la ciudad para tan santo objeto; al expresado señor le pareció mejor hacer conocer al público los deseos del buen Casimiro, y que el lunes 18, de nueve á diez de la mañana, recojería á la puerta de la iglesia, lo que expontáneamente le diesen. A las ocho se celebró en dicho templo una misa al Santísimo Corazón de Jesús, que dijo don Eduardo Legido: la iglesia, no obstante la abundante lluvia que entonces caía, estaba de bote en bote; terminado el Santo Sacrificio, empezó la cólecta; una pareja de vigilantes enviados por la digna autoridad local procuraba el desfile de la multitud de personas que, con los ojos arrasados en lágrimas, pasaban por delante del penitente besando el crucifijo de su rosario; recibiendo además los hombres un abrazo y un beso, y entregando todos en los canastos preparados al efecto, y á su paso, el comestible ó la ropa objeto de su limosna. Una hora duró esta colecta; fué imposible detenerse más, pues el digno señor juez y algunos señores del municipio esperaban á las diez en la cárcel, al buen Casimiro con las limosnas recogidas: estas consistían en diez ó doce grandes canastos de pan, (sobre diez y seis arrobas,) y dos arrobas de embutido y tocino; además, vino, tabaco, tortas, bizcochos, pasas, frutas y ropa en abundancia. Para trasladarlo todo á su destino fué preciso buscar un carrito, y el bueno de Casimiro quiso hacer de bestia para arrastrar el vehículo. Esta escena conmovía á todos; una lluvia copiosísima caía entonces; las calles estaban intransitables, y el camino era largo y penoso; pero nada es capáz de hacerle desistir de su empeño. Enteramente descalzo, descubierta su cabeza, sucio de lodo y mojado su pobre y haraposo hábito, pero radiante su rostro de una alegría angelical, tira de su carrito en medio de numerosa muchedumbre que con pasmo y conmoción mira aquel héroe de caridad. Su paso por las

ALCALDIA ALCOY

calles era una marcha triunfal; unos lloran, otros rien de santa alegría, y no faltan algunos que le victorean y aplauden.

En la cárcel le reciben los dignos representantes de las autoridades judicial y civil; les pide permiso para hablar á los presos y abrazarles, y ante aquella nueva escena, no hubo nadie que no reconociera que la gracia de Dios obraba tales prodigios de amor al Señor y á los hombres, como Casimiro manifestaba en sus palabras y en sus obras.

Por de pronto lo que ocurría era ya un prodigio: Casimiro sólo deseaba socorrer á los pobres de las cárceles y el Señor hizo que pudiese socorrer á todos los pobres del asilo y de la Beneficencia, además de los presos; pues con lo que sobró á estos, después de dejarles bien arreglados, llevó él mismo con su carrito tres grandes canastos de pan y uno de embutido y tocino, á cada uno de los indicados establecimientos.

La tarde de aquel mismo dia la pasó en el santo Hospital entre los enfermos, de quienes se despedía besándoles sus llagas y dándoles un fuerte abrazo.

Al dia siguiente, martes, la satisfacción y la tristeza se reflejaba en los semblantes de todos. La satisfacción de haber visto los ejemplos admirables de virtud que sólo viven en el seno de la verdadera iglesia; la tristeza que se siente al despedirse de un amigo que se ama en Jesucristo; Casimiro Barello se despedía de los hijos de Játiva, que, no obstante sus precauciones para no ser seguido, le habían acompañado en grandísimo número hasta la cruz de Bixquert, media hora de la ciudad y camino de Alcoy.

«¡Que el Señor continúe derramando sobre él sus copiosísimas gracias y que despierten sus ejemplos y oraciones en nuestras almas, la verdadera caridad!» Esto dijeron todos con lágrimas en los ojos al verle alejarse sólo y apresurado, como quien no quiere nada con los del mundo; esto mismo desea y pide al cielo.

Z.»

Con fecha 19 Febrero, escribía el señor don Miguel Fuster, hermano político de nuestro paisano don José Valero, una carta á este, en que le relataba extensamente el efecto que el buen Casimiro había producido entre los Setabenses, y entre otras cosas decia: «Aquí ha confundido á todos, pues cuantos le han visto y le han tratado, dicen no haber visto nunca cosa tan extraordinaria. Vá descalzo del todo y sin nada á la cabeza; su equipaje un hábito como de fraile Franciscano, sin capa, porque la dió á un pobre que no tenía con que taparse.» Con fecha 21 del propio mes, avisó el señor Fuster la salida del Penitente para Alcoy, recomendando á su señor hermano, en los términos más entusiastas, procurase ver y tratar á aquel varón insigne. Y hé aquí como estas cartas sirvieron para que

el señor Valero estuviese sobre aviso y pudiera algunos dias después tener la dicha inapreciable de reconocer á Casimiro y brindarle hospedaje, como al principio de esta narración indicamos.

. . .

A parte de los hechos admirables que hemos reseñado, no podemos por menos que colocar algunos otros, que revisten caracteres marcadamente sobrenaturales; más no sin antes protestar de la pobreza de nuestra razón, que no alcanza á comprender tales maravillas, consignando á la vez, que no tratamos de entrar en terreno que sólo á nuestra santa madre Iglesia le es dado pisar. Los hechos que vamos á referir nos han sido proporcionados por personas que nos merecen entero crédito; si pueden ó no considerarse como milagros, eso ya se encargarán de definirlo con su alta sabiduría las Sagradas Congregaciones Romanas.

Un vecino de la mencionada ciudad, á quien el buen Piamontés hizo una visita en su casa á instancias suyas, agradecido por la deferencia, trató de obsequiarle con unas naranjas, fruta que Barello tenía en gran estima; éste tomó sólo tres, diciendo que no tenía costumbre de tomar mayor cantidad de las cosas que se le ofrecían.

Al saberse la presencia de Casimiro, acudieron allí varios vecinos, y á presencia de todos empezó á mondar uno de aquellas frutas, y, después de comer tres gajos, empezó á repartir uno á cada uno de los presentes, resultando repartidos veinte y tres gajos, que, unidos á los que él había comido, daban un número verdaderamente imposible y que dejó á todos estupefactos de admiración. ¿Cuándo se han visto naranjas que tengan veinte y seis gajos? Este hecho nos lo relató un testigo presencial, persona de mucho crédito y dignidad.

Cuando nuestro joven hizo su visita al Hospital de Játiva, abrazó y besó con paternal cariño á todos los enfermos allí albergados, preguntando á cada uno la causa de su dolencia y prodigándole palabras de verdadero consuelo. Tocó el turno á uno que há mucho tiempo tenía en una pierna mal, que de dia en dia iba agravándose, habiéndose desarrollado la gangrena hasta invadírsela casi en su totalidad. Explicó el enfermero al buen Piamontés lo mucho que padecía aquel pobre á quien le era imposible conciliar el sueño á causa de los agudos dolores que le atormentaban; y Casimiro, abalanzándose al lecho empieza á abrazar y besar al infeliz, y cogiéndole la pierna, se la besa con mucho fervor, encargándole al propio tiempo tenga mucha confianza en Dios, porque, siendo su poder infinito, fácil era para Él remediar su daño. «Yo te prometo, añadió, en nombre del Señor, que esta noche ya dormirás.» Y en efecto, aquella misma noche durmió con toda tranquilidad sin que el mal le aguijonease; y no solamente

ésto, sino que empezó á mejorar de una manera prodigiosa.

En su visita á la cárcel, donde se hallaban dos famosos criminales condenados á la última pena, Casimiro se llega á ellos, y con los más dulces epítetos y las más inspiradas palabras, les exhorta á que admitan con resignación, el castigo que la justicia de la tierra les había impuesto por sus faltas, diciéndoles que, si el patíbulo era una afrenta para el cuerpo, para el alma era una gran satisfacción, porque cumplía en la tierra, un castigo que en la otra vida sería mucho más horrendo. El mismo Hijo de Dios, añadía, sin culpa alguna suya, y sí por la nuestra, permitió morir en un patíbulo, mucho más afrentoso que el que podían prepararles. Y si acaso, añadióles, eran inocentes como el mártir del Gólgota, dichosos ellos, porque subirían al cielo, con la preciosa palma de la inocencia, á gozar de la presencia de Dios.

Tantas y tan sublimes razones expuso, que, aquellos pechos empedernidos por el crímen, conmoviéronse profundamente y ambos criminales, con las lágrimas en los ojos, que quizás nunca se habían visto humedecidos por ellas, exclamaron: basta, hermano, basta, que ya no podemos resistir más, y cayeron á sus piés de hinojos.

Grande como siempre se mostró Casimiro al abandonar la ciudad de Játiva; sus admiradores y entusiastas, al saber su partida, le prepararon unos pequeños sacos con pan y otros comestibles para el camino; también le regalaron una bolsa de paño del color de la túnica, para que pudiese colocar en ella los objetos que le daban, así como unos libritos de devoción que llevaba, y una calavera que le regaló el señor cura de Játiva, don Enrique Juliá, la que posee hoy don Ramón Jordá, coadjutor de la parroquia de Santa María de Alcoy y confesor que fué en los últimos dias de Casimiro, de quien la recibió en legado. Todo cuanto se le dió, fué dándolo Casimiro á los pobres que le salían al paso en su marcha, que fué una verdadera marcha triunfal y un espectáculo conmovedor por todo extremo. El pueblo en masa le seguía desoyendo sus ruegos para que se retirase; y es que no se avenian á abandonar á aquel á quien consideraban como un enviado providencial para ejercer la misión augusta de volver á la buena senda las ovejas descarriadas, y afirmar más y más en la fe de Jesucristo á los que habían tenido la desgracia de abandonar el recto camino. Hasta la Cruz de *Bixquert* le siguió la muchedumbre; cerca ya de ella, acercóse un pobre á pedirle limosna, y viendo que no le quedaba nada que darle, le entregó un saco que poco antes le habían dado para cubrirse si acaso llovía. Entonces fué cuando puso el último eslabón en la cadena de la virtud y la caridad, y toda Játiva le aclamó soldado de Dios y heróico defensor de la fé.

Separóse, por fin, de los que le seguían, á todo correr y sin de-

tenerse, y cuando ya se hallaba muy lejos y sólo completamente, detiene su paso, vuelve su vista hácia Játiva y envía su bendición á los que tanto le amaban.

A este propósito hemos de insistir una vez más, que en Casimiro no habia finjimiento: sus actos eran naturales, hijos de su ardiente fé y sin ninguna preparación ni estudio, porque de no ser así, de ser un hipócrita, es evidente que hubiera sido sorprendido alguna de las muchas veces que se le observó; más Barello no tenía necesidad de burlar el ojo del curioso, pues siempre obraba igual, y es que siempre tenía ante sí un testigo: Dios á quien amaba y reverenciaba sobre todas las cosas y á quien por nada ni por nadie hubiera ofendido.

. . .

Nuestro Piamontés ama los tormentos y las penalidades y así lo manifiesta siempre en todo. Parte de Játiva y pudiendo caminar por los linderos del camino, salvando las asperezas, va por el centro sobre la piedra machacada sin preocuparse de las agudas puntas y afilados cantos que atormentan sus piés.

Bellús es el primer pueblo después de Játiva que visita nuestro buen Piamontés; según su costumbre, diríjese enseguida á la iglesia, á donde le sigue la mayor parte del pueblo que ya tiene noticia de sus heróicas virtudes. De Bellús, sin detenerse apenas, sale con dirección á Sen Pere pueblo cercano al anterior y á donde á los gritos de «¡El santo llega! ¡El santo llega!» Salen todos á recibirle y le acompañan hasta el templo, donde invita á todos á la oración á que gustosos le acompañan. El señor cura de este pueblo guarda religiosamente un cacharrito, cuchara, vaso y otros objetos de que se sirvió nuestro Piamontés para comer y beber cuando aquel señor le hospedó en su casa en su corta estancia en el pueblo, cuyos objetos se conservan como preciosas reliquias.

Él mismo entusiasmo é igual admiración despertó Casimiro con sus edificantes ejemplos, á su paso por los pueblos de Guardasequies, Alfarrasí y Montaverner, cuyos vecinos le veneran todos como un santo.

Sentado se hallaba Casimiro sobre una piedra á la orilla del rio Montaverner, con los piés metidos en el agua y mojando en ella unos mendrugos de pan que comía con envidiable apetito, cuando ve acercarse hácia él un hombre que caminaba de prisa, y con una botella en la mano. Al llegar cerca de Casimiro preguntóle éste que á donde se encaminaba con tal viveza, y habiendo contestado el buen hombre que iba á comprar una medicina para su esposa que há tiempo se hallaba enferma y sin encontrar remedio á su mal, repúsole nuestro amado joven: «Yo le pido hermano que me crea: vuélvase á su pueblo; lléguese á la iglesia; haga oración unos momentos pidiendo al Todopoderoso la salud de su esposa; llene después

esa botella de agua bendita, y adminístresela á la enferma en la misma dósis y de la propia manera indicada por el médico para el remedio que ha recetado.»

Resistióse algún tanto aquel hombre; más al ver la certeza y gravedad conque repetía sus insinuaciones el bueno de Barello, vuelve pasos atrás, y de vuelta en su casa hace cuanto nuestro penitente le indicára. El resultado vióse más tarde en Alcoy por multitud de personas: en uno de los dias que estuvo expuesto el cadáver de Casimiro, una mujer (la enferma citada) iba diciendo por doquiera, ser ella la protagonista de este hecho verdaderamente maravilloso. «Yo, decía después de relatar el suceso, yo soy esa mujer, que desahuciada por la ciencia, he curado; ya lo veis; estoy buena gracias á Dios y al bueno del santo Penitente.»

Más tarde, un caballero y su esposa que iban de paseo, encontraron á Casimiro á la orilla del rio y también con los piés en el agua. Tomáronle por un mendigo y trataron de darle una limosna en dinero; más Casimiro la rehusa y á su vez invita á la señora á besar el crucifijo que llevaba al extremo del rosario y al caballero el que llevaba pendiente del cuello: así lo hicieron, y nuestro Penitente imprimió después un ósculo en la frente del caballero y marchóse, dejando á ambos esposos llenos de confusión y sin acertar á darse cuenta de lo que les pasaba.

Sin detenerse, atravesó el pueblo de Montaverner, en dirección á Albaida, después de haber orado breves instantes en la puerta del templo.

* * *

Prosiguiendo su marcha, sabemos que á las once de la mañana del dia 21 de Febrero, que era la fecha en que esto ocurría, se vió á Casimiro dirijirse por la carretera á Palomar, no viéndosele después ya hasta las tres de la tarde, hora en que entró en el pueblo. Al parecer, abandonando la carretera, tomó por un atajo, encaminándose al llamado corral de Durá, en el que debió permanecer las cuatro citadas horas, pues, á espaldas de dicho corral se encontraron varios pedazos de hábito, recortados, un trozo de papel con multitud de números, otros recortes también de papel, y un cordoncito muy bien trabajado, todo ello con evidentes muestras de miseria, de la que hacía él un motivo de mortificadora penitencia. Al dia siguiente, fué el dueño del corral á entrar unos haces de sarmientos; abrió con llave la puerta, y quedó sorprendido al ver esparcidos por el suelo tres libros que seguramente habían sido echados por el quicio de la puerta. Dichos libros llevaban los siguientes títulos. «Visita al Santísimo Sacramento», «Modo de confesarse, oir misa y rezar el via-Crucis» y el tercero, escrito en Italiano, «Historia de la imajen de un Crucifijo que se venera en Roma.»

A la citada hora de las tres de la tarde, se vió á Casimiro orar á la puerta de la ermita y casillas del Calvario; después penetró en el pueblo; directamente se dirijió á la iglesia, que estaba cerrada, y después de orar breves momentos ante su puerta, prosiguió su camino. Llegado que fué á un pequeño riachuelo que dista unos 60 metros del pueblo, haciendo la señal de la Cruz, abandonó la carretera, bajó al rio, y con los piés metidos en el agua, sacó un mendrugo de pan y después de mojarlo, lo comió. Como quiera que su tránsito por el pueblo había despertado como en todas partes la atención y algunos curiosos se dirijieron hácia el lugar donde Casimiro se hallaba, éste, al apercibirlos, se levantó encaminándose con rápido paso en dirección á Albaida.

* * *

Aquella misma tarde entraba Casimiro en esta última villa donde se tenían ya noticias suyas, pues la fama de sus virtudes y su singular existencia, se habían ido extendiendo de un modo extraordinario.

Antes de entrar en la villa, se detuvo á refrescar sus piés en la acequia llamada de les *Fanecacs*, donde unos caballeros que pasaban, desmontaron de sus caballos y se acercaron á darle una peseta que él no quiso aceptar; mas adelante encontró un sacerdote, ante quien se arrodilló pidiéndole su bendición, y como éste le preguntase si era él el hermano Casimiro que tanto había llamado la atención en Valencia, nuestro penitente contestó con evasivas, rehuyendo darse á conocer. Una vez en la población se encaminó derechamente á la iglesia y estuvo sobre unas dos horas, postrado en el dintel de la puerta que se hallaba cerrada. Acudió la multitud á contemplarle; más él permaneció en su éxtasis, ajeno á cuanto le rodeaba, hasta que ya oscurecido, fué una mujer de las más pobres del pueblo á brindarle alojamiento, el que le había sido ya ofrecido por varias distinguidas personas de la población, sin que consiguieran que lo admitiese. Al ver Casimiro el miserable aspecto de la buena mujer, se apresuró á aceptar su ofrecimiento; mas al ir á levantarse, ya casi no podía, á causa del cansancio que al parecer comenzaba á rendirle. Ayudóle la buena mujer y mientras se encaminaban á casa, le ofreció calzado y una gorra á fin de que no fuese desnudo de piés y cabeza como iba. El joven contestóle: —«Dios se lo pague; pero el ir descalzo y sin nada á la cabeza es mi elemento.»

Una vez en casa, al verlo la mujer tan pálido y tembloroso, le preguntó si estaba malo; dijo él que no, y habiendo añadido que qué deseaba para cenar, le dijo que no quería más que un pedacito de pan que pesara sobre onza y media, un pucherito y una poca de agua. Con todo ello puesto á la lumbre, se hizo unas sopas, que después se sirvió en un plato y comió.

Habiéndole preguntado la mujer si le gustaba el vino, como

contestára él que un poquito, trájole en un vaso, del que tomó Casimiro cinco cucharadas que bebió mezcladas con el caldo de la sopa, exclamando: —«Qué dulce y qué buena me parece la sangre de Nuestro Señor Jesucristo.» Después, levantando los ojos al cielo, repitió por tres veces la siguiente plegaria: —«Señor, yo no como por comer; sino para darle sustento á este cuerpo, porque no me satisface nada de este mundo: sólo me satisface el amar á Dios.» Luego estuvo un gran rato extático con el rosario en la mano, en actitud de orar, y concluído, preguntó á su huéspeda si tenía alguna imagen; y entrando en un cuarto donde había un cuadro de la Asunción, se arrodilló ante él.

Como quiera que la casa se había llenado de curiosos, Casimiro rogó á los que quisieran rezar el rosario, que le acompañasen, y á los que no, que se fueran á cumplir con sus obligaciones. Concluída la indicada devoción, presentáronse en la casa varias distinguidas personas, entre ellas el señor vicario, quienes le ofrecieron más cómodo albergue. Rehusólo, como antes había ya hecho, Casimiro, y habiéndole instado así mismo para que permaneciese algunos dias en la villa, contestó: «No puede ser, pues quiero ir mañana á Alcoy y de allí á Alicante.»

Al tiempo de ir á descansar ofreciéronle los amos de casa un colchón que rehusó diciendo que sólo quería un puñado de paja; en vista de lo cual le dieron el jergón, sobre el que se echó y pasó la noche. Estando en el lecho y á hora muy avanzada, se presentaron tres jóvenes de no muy ejemplar conducta, que solicitaron verle, y él les dió su asentimiento, permaneciendo en conversación con ellos hasta las dos y media de la madrugada, haciéndoles juiciosas reflexiones que hicieron profunda mella en sus pechos. Al despedirse, uno de ellos, que tenía daño en la cara, le suplicó rogase á Dios por su salud; y él, diciéndole que no era nada, le besó. Con gran sorpresa el joven lesionado vió al otro dia que se hallaba completamente bueno. Así mismo quedó también libre la mujer que servía á Casimiro, de un mal que tenía en una rodilla y por cuya curación le pidió rogase á Dios.

A la mañana siguiente muy temprano, acudió nuestro penitente á la iglesia, donde comulgó; y después de unas cuantas horas de oración, fué á despedirse de las buenas jentes que lo habían alojado la noche anterior. Al levantarse, antes de ir á la iglesia, se lavó las manos y la cara, y habiéndole sacado una toalla para que se enjugase, dijo, que no; que quería cualquier otra prenda que no estuviese limpia. Entonces la buena mujer sacó una enagua de una niña que tenía tullida; con ella se enjugó Casimiro, y mojada como estaba la prenda, púsosela la madre á su hija, que hoy se encuentra buena y sana de la dolencia que le aquejaba.

Al despedirse, dióle esta mujer para el camino, un pedazo de calabaza asada, que envolvió en un pañuelo; nuestro Peregrino, en cambio, regalóle como recuerdo otro pañuelo para ella y un rosario para su marido, encareciéndole que si había algún moribundo lo prestara.

Esta buena familia y la mayor parte del vecindario, le acompañaron un buen trecho fuera del pueblo, que abandonó á las nueve de la mañana del dia 22 de Febrero con dirección á Alcoy. En la calle Nueva, al emprender la marcha, encontró á un pobre, y acercándose á una puerta pidió una limosna que entregó luego al mendigo abrazándole y besándole.

. . .

Yendo por la carretera y á corta distancia de Albaida, encontró al ordinario de Muro á Alicante, que iba aquel dia á Játiva por arroz, y quien sin duda había oído contar muchas cosas del hermano Casimiro, por cuanto al pasar por su lado y reconocerle, descubriéndose exclamó: «*¡Este hóme deu ser el Nóstre Señyor!*» Casimiro, con la humildad de un santo, repúsole que no era ni muchísimo menos el que había dicho, que sólo era un pobre penitente que iba por el mundo para aliviar en cuanto á él le cupiera, á todos los que padecen; y al mismo tiempo que decía ésto, cogió la gorra que el carretero tenía en la mano colocándosela en la cabeza.

Según hemos oído referir al mismo ordinario, entonces, la jaqueca que padecía y de que tenía contínuos ataques, le desapareció desde el afortunado momento que Casimiro tuvo su gorra en las manos.

Mas tarde encuentra nuestro héroe á otro carretero, que no debería tener noticias suyas ni mucho afecto á los siervos del Señor, por cuanto al juntarse Casimiro con él y al poco rato de andar juntos, le intimó á marchar delante ó detrás, diciéndole que no le cuadraba la compañía; con su humildad admirable, obedece Casimiro, quedándose atrás; pero como empezáse á maltratar aquél con inusitada saña á las caballerías, nuestro buén penitente le reprendió con suavidad, diciéndole que los animalitos también eran criados por Dios, que no los castigára con tanta inhumanidad. Desentendióse de tal exhortación el iracundo conductor, y como por providencial designio atascósele allí mismo el carro hasta los cubos. Un cúmulo de horribles blasfemias, maldiciones, palos y cuanto hay que esperar de un hombre como aquel en el paroxismo de la cólera, se sucedió, sin que por ello, y apesar de los supremos esfuerzos de los animales tan duramente castigados, lograse moverse el vehículo, que parecía estar allí clavado con poderosas y profundas raices. En tan apurado trance, llega Casimiro, y después de reprender de nuevo al carretero, le dice que quite dos animales de los cuatro que tiraban del carro. ¡Calcúlese el efecto que

esto haría en aquel hombre! —Vaya usted enhoramala, le responde, ¿cómo quiere salvar el carro con sólo dos animales, si á cuatro les es imposible?..... Con toda la paciencia del mundo desengancha el mismo Casimiro las dos caballerías, y con palabras dulces, anima y dá vigor á las otras dos pobres bestias, que tiran fuertemente, y no sólo desatascan el carro, sino que suben una gran pendiente, que venía á continuación. Prodijio semejante, llenó de confusión á aquel hombre antes descreído y blasfemo, y hoy uno de los panejiristas más entusiastas del virtuoso Piamontés. Para demostrar su entusiasmo por éste, baste decir, que habiendo llegado á Alcoy, con toda su familia, para ver el cadáver de Casimiro y habiéndosele opuesto dificultades para visitarle, por haber ordenado la autoridad la clausura del cementerio, llegó á decir que si cincuenta varas bajo tierra estuviera, las cincuenta varas ahondaría por ver á aquel santo varón.

En el puerto de Albaida entró á descansar Casimiro en el ventorrillo llamado de «Farinetes,» y preguntando á la mujer por su marido, díjole ésta, que estaba allí cerca haciendo una excavación con objeto de sacar agua, lo cual por cierto no conseguiría, por ser punto donde nunca la había habido. Indicóle entonces Casimiro que le llamase, cosa que efectuó al momento; y llegado que fué, preguntóle Casimiro sobre su trabajo, y cuando el ventero le hubo explicado cuanto había, le contestó nuestro prodijioso viajero: —«Váyase usted al punto y encontrará las aguas deseadas.» ¡Calcúlese cuánta sería su alegría y cuál su asombro, al llegar allí y ver la zanja llena de agua, que en la actualidad sigue manando, habiendo recibido el nombre de «Fuente de Casimiro! » Muchas son las personas que atestiguan con ligeras diferencias de detalle, este maravilloso hecho, acerca del cual, sin embargo, así como de todos los prodijios de que hemos hecho mención, nos limitamos á ser meros narradores, sin entrar en consideraciones, en las que sólo cuando la autoridad de nuestra Santa Madre Iglesia haya dado su sanción á tales hechos, nos será dable entrar. Si estos respetos no lo impidieran, ¡cuántas analogías no podríamos hallar en el portento de esta fuente y el milagroso manantial que hizo brotar en medio del campo el Santo Labrador!

. . .

Poco después entraba Casimiro en Muro, donde sólo estuvo el tiempo preciso para verificar su acostumbrada visita á la iglesia, saliendo enseguida para Cocentaina. En la carretera, unos guardia-civiles que venian en pos de él con deseos de preguntarle su procedencia y documentación , observaron que, cediendo el lugar del paseo ó andén de la carretera á unos borricos que le iban á los alcances, echó por el centro del camino hollando precisamente con los piés descalzos los gran-

des espacios de piedra machacada recientemente extendida. Semejante acto reveló á los guardias el espíritu de mortificación del peregrino, y les infundió tal respeto, que no se atrevieron ya á interrogarle.

* * *

Acerca de su estancia en Cocentaina, hé aquí los términos en que la describe un reverendo é ilustradísimo Religioso testigo presencial de la misma:

«Serían como las tres y media de la tarde, cuando llegó Casimiro á las inmediaciones de Cocentaina, junto á la cruz de piedra, donde bifurca el camino; á cuyo punto llegaba también entonces la dilijencia de Játiva conduciendo dos viajeros de dicha ciudad, que iban en busca del peregrino. Y como le viesen y quisieran bajar del carruaje para acompañarle, no lo permitió Casimiro, y les obligó á proseguir, diciendo: *andad, andad, que en Cocentaina nos veremos.* Partido ya el coche, Casimiro, desviándose hácia la izquierda del camino, fué á pedir permiso á una casa de campo cercana, propiedad de don Francisco Gosalbez, para pasar la noche sobre los escombros de otra casita medio arruinada perteneciente á la misma finca. Fueron inútiles los ruegos que le hicieron los colonos para que pernoctara con ellos, y se retiró á su desmantelado alojamiento, abierto por completo á la intemperie.

Entretanto, llegados á Cocentaina los viajeros de Játiva, y dirigiéndose al convento de los Frailes Franciscanos donde presumían estaría ya Casimiro, vieron que no había llegado todavía: y acompañados entonces de un Padre del convento, que le había hablado ya en Játiva y le estaba también esperando, se dirijieron al punto mencionado, donde le hallaron rodeado ya de curiosos expectadores. El padre le rogó que les siguiese; y tomando su saquito, sin replicar palabra, se encaminó con ellos al convento. Llegados al claustro, entró Casimiro en la iglesia, de donde le llamó después, para atender á su cuidado, un Lego que se puso al lado suyo desde los primeros instantes, á fin de acompañarle y de servirle. Preguntóle el Lego si quería presentarse á los Superiores de la casa con el fin de que le destinasen celda para su descanso; á lo que contestó Casimiro: *No: que esas cosas las dejo yo al cuidado de la Divina Providencia: según mi costumbre, me había retirado ya á un lugar pobre para pasar la noche; vino allá un Padre y me trajo aquí: él, pues, se lo arreglará todo.* Y como el Lego le preguntase si estaba disgustado de haber venido á recojerse al Convento, repuso: *¡Oh! no; mas no merezco estar en una región de Angeles.*

Al verle tan desabrigado y descalzo, quiso también el Lego prepararle unas sandalias; pero las rehusó Casimiro, diciendo: *Dios me ha inspirado que le haga guerra al demonio; y como en el mundo reina tanto la vanidad y el orgullo, quiere que me señale mucho en la humildad y en la pobreza.* Más tarde se le

acercó al Lego, Casimiro, y le dijo tiernamente: *Por caridad, hermano, enséñeme á amar á Dios:* y como el hermano se humillase protestando su ruindad, Casimiro, levantando los ojos y las manos al cielo, exclamó: *¡Oh amor de Dios!!* Y lo dijo con tal expresión y tan inmóvil quedó, que el religioso temiendo que se arrobase, le mudó la plática.

Poco después de llegado Casimiro al convento, la campana llamó á la Comunidad al Via-crucis, que se hace los viernes por el claustro: Casimiro se incorporó á los Religiosos y practicó hasta el fin este devoto ejercicio. Concluido que fué, le rodearon algunos Frailes y entre ellos un Padre que posee el Italiano. Con este motivo se expontaneó algo con él Casimiro, aunque con la sobriedad y cordura de palabras que todos le reconocían, y díjole que estaba enfermo; y en prueba de ello le mostró la lengua, que tenía efectivamente muy cargada ó saburrosa. Se trató desde luego de prepararle un alimento proporcionado al estado de su salud; pero lo rehusó, diciendo que sólo tomaría la colación que había dispuesta para la Comunidad; y como se hablase entonces de la celda en que debía recojerse, el mencionado Padre añadió en tono festivo: «Nada; Casimiro no nos hace falta aquí; echarle fuera de la portería y que se quede á campo raso:» á lo que replicó Casimiro sonriendo: *Entonces se me cumpliría el gozo que anhelaba el Patriarca San Francisco de ser despedido á palos cuando llamase á la portería de algún Convento.* Esto prueba lo penetrado que se hallaba Casimiro del espíritu de San Francisco de Asís, cuya Tercera Orden había profesado y á quien imitaba en tanto grado, que algunas personas al verle creyeron ver al mismo Serafín de Asís: corroborando también esta verdad del espíritu de Casimiro lo que declaró al Lego su confidente, á saber: que si la voluntad de Dios no le hubiera destinado al género de vida que llevaba, hubiese entrado Religioso en la primera Orden de alguna familia seráfica. El penitente bajó después al refectorio y tomó su colación con la Comunidad; observando algún religioso, que no le era extraño el estilo que guardan los religiosos en la mesa, especialmente al recojer el cubierto ó doblar la servilleta.

A continuación, pasó Casimiro á saludar á los Superiores de la casa. Entró en la celda donde se hallaba el reverendo padre Guardián, con otros Padres graves, en cuya presencia, se puso de rodillas y les besó las manos: y como ellos le dijeran que se levantase, permaneció de rodillas, diciendo: *¡Oh, reverencia!* más insistiendo los Padres en que se levantara, lo ejecutó, añadiendo: *¡Obediencia!*

En la madrugada siguiente, Casimiro asistió con la Comunidad á la Misa de Comunión que celebró el muy reverendo P. Provincial, de cuyas manos recibió como los demás, el Pan de los Ángeles, suspirado alimento de su seráfico corazón.

Mucho después de haber comulgado, salió Casimiro sin desayunarse del Convento, para visitar las parroquias de San Salvador y Santa María y la iglesia de las monjas Franciscanas de Nuestra Señora del Milagro. Oyó Misas, en las parroquias por lo menos: y desde Santa María el señor Cura Arcipreste le obligó á pasar á su casa abadía, donde le ofreció chocolate que tomó Casimiro muy diluido en agua, así como la comida que se le sirvió á medio dia, y que sazonó también con este extraño procedimiento, hijo de su injeniosa mortificación. Como manifestó sentir mucho frio, síntoma, al parecer, de la enfermedad que ya padecía, dispuso el señor Cura que se encendiese vigorosamente la chimenea; á la que se arrimó tanto Casimiro, que, poniendo los piés descalzos sobre la plancha metálica y casi candente del hogar, los mantuvo allí sin recibir daño alguno.

Por la tarde un sacerdote acompañó al penitente hasta la salida de la carretera para Alcoy, á cuya ciudad se encaminó Casimiro, rehusando una importante limosna que dicho señor le ofrecía.»

V.

Últimos momentos de Casimiro Barello.

Llegamos, por fin, al momento culminante de nuestra narración. Si difícil de relatar es con todo el colorido, con los admirables tonos de la realidad, la vida, la sorprendente vida de aquel sér extraordinario tanto más sorprendente cuanto más se meditan sus actos y más se piensa en la sublimidad de su abnegación sin límites, y en aquel amor entrañable y purísimo que tenía á Dios; más difícil aún ha de ser describir los últimos dias y sobre todo los últimos momentos de aquella existencia espejo de humildad para los soberbios, de virtudes para los disolutos y de religiosidad aún para los creyentes, que en él pudieron aprender cómo se adora al Supremo Creador de todas las cosas, cómo se reverencian y obedecen sus sublimes mandatos, y cómo, por último, se dignifica la vil materia de nuestro cuerpo, y la carne, en lugar de un enemigo del alma, se trueca en auxiliar poderoso de la salvación eterna.

En el primer capítulo de este opúsculo hemos reseñado ya la entrada de Casimiro en Alcoy y las diferentes circunstancias que concurrieron para llevarle al domicilio del comerciante don José Valero, en cuya casa pocos dias después había de lanzar el último suspiro.

A las cinco y media de la mañana, del dia 24 de Febrero del repetido año 1884, ó sea, al dia siguiente de su entrada en Alcoy, penetraba Casimiro en la iglesia de San Agustín, y

después de recibir la Sagrada Comunión, con santa reverencia, y oir las misas que se dijeron hasta las nueve de la mañana, abandonó este templo, dirigiéndose á la parroquial de Santa María, donde empezaba aquel dia el culto de Cuarenta Horas. Puesto de rodillas y en difíciles postraciones, permaneció ante el Sacramento del altar, hasta las 11 y media de la mañana, hora en que regresó á casa del señor Valero.

No poco se extrañó éste y sus dependientes, de que Casimiro fuera á casa estando el Señor de manifiesto; pero todo se explicó luego. Llegado frente á la puerta del establecimiento, paróse en mitad del arroyo y mirando la imajen de la Inmaculada Concepción, que en precioso cuadro, tiene el señor Valero á la muestra, como distintivo de la casa, dijo en voz fuerte: «Ave María Purísima.» Contestósele á la salutación con las palabras de «Sin pecado concebida,» y entonces se acercó el buen Casimiro, y pudo verse que venía llorando como un niño.

—¿Qué tiene usted? ¿qué le ha ocurrido? ¿le han insultado ó maltratado?— preguntóle con interés el señor Valero.

—No hermano, sólo tengo mucho frio no puedo estar en ninguna parte, necesito cama, me encuentro enfermo, si, muy enfermo.

—Suba, suba hermano Casimiro, le acostaremos y le abrigaremos con unas mantas, porque lo que usted tiene debe ser un constipado; y en sudando, ya verá como se pone bueno.

—¡Ah! Dos mantas no, con una tengo bastante;— tomó una de Palencia que el señor Valero le dió con encargo de que no la abandonara porque el clima de Alcoy era demasiado frio para él, y más aún dado el escasísimo abrigo que llevaba.

Después de acostado y no olvidando el solemne compromiso que había contraido de apadrinar al recien-nacido hijo del señor Valero, díjole á éste.

—Por nada del mundo me va á dejar de avisar cuando sea la hora del bautizo.

—Si se encuentra usted malo, lo dejaremos para otro dia,— le contestó el comerciante.

—¡Ah! no; es cosa que debe hacerse lo antes posible: debemos tener mucha prisa de entrar en la Iglesia de Dios.

—Descuide usted que ya se le avisará. Más convendría que comiese usted alguna cosa, porque bien pudiera ser que el frio que usted siente fuera debilidad.

—No, no; ya estoy bien, gracias á Dios, ya estoy bien.

A la hora oportuna fué avisado Casimiro, marchando con la madrina, que lo fué la hermana de la madre del recien-nacido, doña Rosa Vicedo, los testigos, el niño y algunos otros amigos de la familia á la parroquia de Santa María, donde tuvo lugar el piadoso acto de cristianar al pequeñuelo, que recibió los nombres de Ángel Casimiro.

En los momentos del bautizo irradiaba el semblante de

nuestro heróico joven una alegría sin límites; parecía verse su corazón saltando de gozo en el pecho; sus ojos fulguraban luz inefable, como si por ella brotase la satisfacción que experimentaba aquel alma al conducir al seno de la Iglesia una nueva ovejita toda inocencia y pureza.

Concluido el acto é invitado por el señor Valero á volver á casa, contestó que deseaba quedarse en la iglesia, como lo efectuó, arrodillándose al pié de las graderías del altar Mayor. A mitad de la tarde fué invitado Casimiro, á ruegos de doña María Moya Segura, viuda de don Juan Soler, que se hallaba gravemente enferma, á hacerle una visita, cosa á que se prestó nuestro penitente sin hacerse de rogar. Llegado junto al lecho de la enferma, una dulce sonrisa se dibujó en los lábios de visitante y visitada, como si se hubieran entendido sus almas antes de pronunciar palabra. La anciana señora, con esa lucidez del que está al borde del sepulcro, fué la primera en romper el silencio diciendo:

—Nosotros pronto nos veremos en el cielo.

—Sí, sí, pronto, muy pronto, hermana mia, nos veremos en la gloria del Señor;— contestó nuestro heróico joven en quien la muerte había hecho ya presa y minaba lentamente sus entrañas.

Largo tiempo permaneció Casimiro arrodillado á la cabecera de la enferma elevando al cielo sus plegarias en pró de aquella señora, quien al despedirse, rogóle de nuevo la encomendase á Dios. La familia, dió á Casimiro en prueba de gratitud por la visita, una limosna, consistente en un pan y una moneda de cinco pesetas; él aceptó el primero y rehusó la segunda, añadiendo que el pan lo aceptaba para sus hermanitos los pobres, á cuyo efecto, se lo llevó á casa y lo entregó al señor Valero con encargo de que se lo guardase y diese cuando él lo pidiera.

Aquella noche estaba invitado á cenar en casa de la abuela de su ahijado doña Rosa Guillem, en la calle de San Mauro; pero no atreviéndose á ir á causa de su debilidad, trajéronle la cena, consistente en una sopa y patatas fritas, que comió con regular apetito.

Como quiera que el señor Valero, con el recelo natural de toda persona que tiene que guardar intereses y alberga en su casa á un desconocido, siquiera éste viniera precedido de tan buenas noticias como nuestro joven piamontés, hubiera la noche anterior corrido el cerrojo de la puerta que daba paso al desván donde se albergaba Casimiro, éste al retirarse rogóle le dejara la puerta abierta, pues la primera noche se había privado de las necesidades naturales, á pesar de que por precaución se le habían colocado los vasos oportunos, agua y todo lo necesario para la limpieza de su cuerpo, demostrando una pulcritud sin límites. Accedió sin inconveniente á ello el señor

Valero, que había ya tenido ocasión de apreciar el tesoro de bondad, honradéz y mansedumbre que se acrisolaba en aquella singular naturaleza.

A las cinco y media de la mañana, como el dia anterior, salió Casimiro de casa, encaminándose á Santa María, donde, después de oir misa, recibió con grandísima reverencia el Pan Eucarístico, entregándose después á la adoración del Santísimo Sacramento, en los intérvalos de una misa á otra.

A las once y media de este dia, tuvo que retirarse también, á causa de la enfermedad que empezaba á tomar serias proporciones. En casa instáronle para que comiese algo, y á fuerza de ruegos, accedió á comer tres naranjas, bebiendo á continuación una considerabilísima cantidad de agua. Asustado el señor Valero, por lo mucho que había bebido después de la fruta, le reprendió, diciéndole, que no era nada sano lo que había hecho, á lo que Casimiro contestó: —«Sí es sano, sí es sano. En Cavagnolo cuando un enfermo se halla desahuciado, se le dan naranjas y agua, y muchas veces se consigue salvarle.»

En esta sazón se presentó el ilustrado médico don Antonio Tormo, quien calmó al señor Valero diciéndole que la naranja y el agua no eran más que un refresco, y por consiguiente, no podían causar daño alguno al enfermo. El piadoso facultativo, después de examinar á Casimiro, y al ver la celeridad extraordinaria con que latía su corazón, le dijo: —« Cúidese usted mucho y no se entregue con tanto ardor á las prácticas religiosas: las muchas y fuertes emociones pueden serle perjudiciales; el organismo se resiente y puede usted sufrir un ataque al corazón.» —La alteración de mi pecho, contestó Casimiro, tiene dos causas, el abatimiento y la exaltación. Esta originada por la contemplación de las bondades de Dios; aquella, como me ocurre estos dias de Carnaval, al ver lo mucho que los hombres ofenden al Señor.

A las dos y media de la tarde, rogó Barello á su huésped, le acompañase á casa del médico, para darle las gracias por su visita. Concluida ésta, trasladóse á la Parroquia, donde permaneció hasta finalizar la Reserva.

Aquel dia uno de los jefes militares residentes en la población, entregó al señor Valero un rosario, rogándole suplicara al Penitente lo llevara algún tiempo encima. Así lo hizo con su natural amabilidad Casimiro, y enterado de que era de un militar, dijo: —«Bien, bien; yo también soy militar.» Al devolver el rosario, añadió: —«Hé puesto una medallita de San Ignacio de Loyola que también fué militar.

Aquella noche, estaba asimismo invitado á cenar en casa del conocido comerciante don Domingo Soler; pero tampoco se atrevió á salir de casa, por lo que le fué mandada la comida, compuesta de yerbás, unas fritas y otras cocidas, con arreglo

á sus deseos, las cuales comió con alguna gana, después de hacerlas desabridas con una regular cantidad de agua que les echó. Al acostarse, encargó se le llamara al siguiente dia á las cuatro y media de la mañana, porque era el último de Cuarenta horas, y quería estar muy temprano en la iglesia.

No fué necesario el llamamiento; pues antes de dicha hora, bajaba ya Casimiro la escalera, encaminándose al templo, en el que permaneció *catorce horas y media* arrodillado, en las más penosas postraciones, ante el Santísimo Sacramento, causando la admiración del numerosísimo gentío, que había asistido á la solemne fiesta religiosa.

Concluida la Reserva, la multitud, ávida de contemplar á nuestro Piamontés, le rodea y hasta le estruja, lo cual notado por el Reverendo Padre Ildefonso Sorolla, y en vista de que le era imposible atravesar aquella muralla de carne humana, le llamó, y por el presbiterio le condujo al reservado que tienen los sacerdotes para su descanso detrás del altar mayor. Mas era tal el afán por ver y contemplar al joven, que la muchedumbre sin respetar nada, invadió la sacristía, el presbiterio y todo, y allí se apretaban y se empujaban unos á otros con el fin de lograr sus deseos.

A los pocos minutos salía Casimiro, con la sonrisa en los labios y los ojos radiantes de alegría, satisfecho de haber cumplido con su deber. Acompañábale don José Valero, su patrono, y don Eugenio Llopis. No se dirigieron á casa del señor Valero, como todos presumían, sino que penetraron por la calle de San Nicolás, no sin antes haber dirijido Barello una dulce mirada á la vivienda del comerciante á su paso, y dirigiéronse al Asilo de las Hermanitas de los pobres. Ignoramos porqué causa, ni á instancias de quién, cambió nuestro amado peregrino de domicilio. Ello es, que esta traslación se efectuó; más no fué causa bastante para que lo que la Providencia tenía dispuesto en sus altos é inescrutables designios se cumpliese, y fuera Casimiro á lanzar su último suspiro bajo el mismo techo que le había albergado la primera noche de su estancia en Alcoy.

Cerca ya del Asilo, dijo el señor Valero con cierto tono de amargura á nuestro joven:

—¿No habremos tratado á usted muy bien en mi casa, cuando tan pronto nos abandona?

—¡Ah! no, hermano; muy bien, demasiado bien. Ya iré yo mañana.

Habiéndole preguntado si saldría á recojer limosna, contestó:

—Aquí en Alcoy, no puedo pedir limosna para mí, porque ya tengo familia, y ésta tiene obligación de mantenerme; pero sí pediré para mis hermanitos los pobres, eso sí. Y en cuanto á mi ahijado, yo rogaré mucho á Dios para que le haga un santo.

Llegados al Asilo, entraron en el comedor, y entonces Casimiro empezó á llorar sentidamente.

—¿Por qué llora, hermano Casimiro? ¿qué pena le aflije?

—Sí, contestó, grande es mi pena, por eso lloro; ni puedo ni debo comer lo que pertenece á mis hermanos, y lo que yo coma, les faltará á ellos.

—No deje usted por eso de comer hermano Casimiro, replicó el comerciante, que ya me encargaré de pagar con creces el gasto que usted ocasione en esta santa casa.

Innecesario es encarecer los cuidados sin cuento que á Casimiro prodigaron esos ángeles de la tierra que reciben el nombre afectuosísimo de hermanitas de los pobres, y cuya santa misión tántos beneficios aporta á los ancianos desvalidos y faltos de apoyo. ¡Benditas sean, y concédales Dios el sitio que á su lado tiene reservado para los mártires de la caridad!

A las seis y media de la mañana del dia siguiente fué á verle el señor Valero, acompañado de don Domingo Soler; y después de enterados del estado de su salud, le propusieron hacerle otro hábito interior, además del que llevaba, para que no tuviese tanto frio; pues la temperatura era entonces verdaderamente cruel. Aceptó Casimiro, más á condición de que fuera de tela de lana vieja ó muy usada. El señor Soler brindó para el efecto la capa que llevaba, ofrecimiento que aceptó Casimiro, con gran contento de sus visitantes.

En la visita que aquella mañana le hizo el médico don Antonio Tormo, preguntóle éste: —«¿Para alcanzar el premio de su vida de penitencia, quisiera usted morir?» Y contestó: «ah, morir nó!» —¿Tiene usted acaso miedo?, repuso el facultativo. —«Miedo no. Si pudiera mi muerte influir en la conversión de muchos pecadores, al momento quisiera dejar de existir; pero no pudiendo ser así, quiero vivir para dar ejemplo.

Cuatro visitas le hizo el señor Valero aquel dia; y en la última, tuvimos ocasión de acompañarle. A prevención y á fin de que le sirviera de algún alimento, le llevábamos bizcochos y azucarillos.

Llegados que fuimos al establecimiento, la virtuosísima Sor Teresa de los Ángeles, superiora de la Casa, salió á recibirnos y nos manifestó que Casimiro se hallaba bastante enfermo, según los médicos, y que cansado de las muchísimas visitas que sin interrupción había tenido durante el dia, había rogado que le dejasen descansar á solas y en silencio; no obstante, como el señor Valero podía considerarse exceptuado, podíamos desde luego pasar adelante.

Atravesando salas y corredores, llegamos á una espaciosa escalera descendente que conduce á un zaguan interior, donde se deposita la leña para el consumo de la casa. En este sitio, vimos venir hácia nosotros al reverendo coadjutor de Santa María, don Ramón Jordá, llevando en la mano una lin-

terna encendida apesar de ser las cinco de la tarde. Dicho señor se prestó á servirnos de guía hasta la estancia donde se hallaba nuestro buen Penitente.

Bajamos como en dirección al huerto; pero á la mitad del camino, encontramos á mano izquierda una puerta tan miserable, que casi no habíamos reparado en ella. Allí se detuvo el señor Jordá, y abriéndola, después de dar dos golpes con la mano, dijo antes de entrar: «¡Alabado sea Dios!» La gran emoción que experimentábamos con sólo ver el camino que conducía á la estancia que había elegido Casimiro para su albergue, nos impidió oir su respuesta.

Imposible es describir las sensaciones que experimentamos al penetrar en aquel recinto, en el que no entraban más luz ni más aire que los que se abrían paso por las rendijas de la puerta de entrada y una gatera abierta en la parte inferior de la misma. Allí, en aquella estancia llena de paja y en una especie de hoyo que había practicado Casimiro, se hallaba puesto de rodillas y reclinado al mismo tiempo sobre el lado derecho del montón, y mirando frente á frente la puerta.

Al alcance de su mano, había un cántaro con agua, de la que bebía mucha, abrasado por la calentura perniciosa que le había de conducir al sepulcro.

Con gran interés le preguntamos por el estado de su salud, y contestó:

—«Ya sigo bien, estoy mejor, Dios proveerá;— y dirigiéndose al señor Valero, que se había sentado sobre la paja junto á él, le dijo: —¿Hermano, porqué se cansa usted por mi? No se moleste usted tanto.

—Es gusto mio,— contestó el interpelado, que cambiando la conversación añadió: —Mire usted; aquí le traemos bizcochos y azucarillos para que los tome poco á poco, antes de beber agua, ó lo que las Hermanitas le dén.

—¡Ah! no, azúcar no; gracias; es demasiado bueno para mí; las hermanitas me tratan bien, yo les estoy muy agradecido.

—Mire, hermano Casimiro, le dijo don Ramón Jordá, usted me ha dicho que me obedecerá en todo cuanto le mande; pues bien, mañana cuando venga el médico, si no le encuentra mejor, pasará usted á la enfermería de la casa, pues no puedo consentir que encontrándose usted enfermo como se halla, permanezca en este sitio.

—¡Ah! no, no, á la enfermería no; padre, temblando estoy de pensarlo; á casa del señor Valero sí, sí.

Veíase claramente en la manera de expresarse, que el temor que á aquel admirable joven embargaba, dependia todo de pensar que en la enfermería estaría mejor asistido y gozaría de comodidades que procuraba evitar á todo trance. Después haciendo un esfuerzo sobre si mismo, añadió:

—Si estoy bueno... si no tengo nada... esto no es más que un

constipado con mezcla de holgazanería y nada más. Mi enfermedad procede de ser muy bien tratado en Alcoy; yo me encuentro siempre bien al aire libre y cuando trabajo para mis hermanitos los pobres; *el cuerpo es muy bruto*, por eso el Señor en castigo me ha puesto enfermo. Cuando no comía mas que pan y yerbas, disfrutaba de robustéz y podia resistir los ardores del sol y los frios del invierno sin la menor molestia; y ahora que me veo rodeado de comodidades, estoy malo. Mañana á trabajar; en cuanto salga de Alcoy ya estaré bueno. Aquí me cuidan demasiado y Dios me castiga.

—No, hermano Casimiro, hasta que se encuentre usted restablecido, no conviene que vaya usted á parte alguna, díjole el señor Jordá.

Poco más duró la conversación, y por último, después de encargar al señor Valero, que fuera de su parte á hacer una visita á la enferma señora Viuda de Soler, y de encarecerle le pidiese le encomendara á Dios en sus oraciones, añadió por via de despedida y dirigiéndose á todos:

—*Hermanos, hasta mañana si Dios quiere: hasta mañana si no muero.*

Salimos de allí con el corazón apenado y admirados en alto grado de tanta abnegación, tanta virtud y tanta mansedumbre.

Una observación pudimos hacer en los breves instantes que duró la visita. Durante la conversación, si bien es verdad que Casimiro contestaba á cuanto se le decía, con palabras muy del caso y de indudable congruencia, se notaba, empero, que su mente no estaba en la conversación; su pensamiento parecía hallarse más alto, y creimos ver, que al hablar con nosotros tenía la idea fija en Dios. ¡Tan grande era el amor que le tenía, que ni áun en conversación apartaba de Él su espíritu!

A la mañana siguiente, 28 de Febrero, fuimos á la Misa que se celebra en el oratorio del Asilo de las Hermanitas, y encontramos ya á Casimiro postrado al pié del altar. Después de oir el santo Sacrificio y recibir la sagrada Comunión, volvióse al pajar, donde estuvo todo el dia recibiendo visitas de personas pertenecientes á todas las clases sociales, y en particular muchas de señoras de la mejor sociedad alcoyana.

Cuatro visitas, como el dia anterior, le hizo en éste el señor Valero. En la última de ellas, acompañóle don José María García y su hermano don Guillermo. Encontráronle como la noche anterior; pero más reclinado sobre la paja y mostrando un aire de marcada displicencia.

—Hermano Casimiro ¿cómo se encuentra? le preguntaron.

—Así, así, —contestó, y á renglón seguido, añadió:— *Alcoy tiene un pecado. Los límites de la bondad de Dios se están agotando.*

Los tres amigos se quedaron estupefactos, mirándose unos

á otros sin acertar á comprender el sentido de aquellas solemnes palabras.

—*Alcoy tiene un gran pecado,* —siguió diciendo;— *la industria alcoyana se halla en decadencia y aún decaerá más; y el comercio también decaerá.*

—¿Pero qué pecado es ese? —Exclamaron á la vez los tres amigos.

—*Alcoy no cumple los mandamientos de la Santa Madre Iglesia; en Alcoy no se obedece el precepto del dia séptimo; en Alcoy se trabaja los dias festivos, y, sin embargo, Alcoy se llama católico.*

—Observe usted, —le contestaron,— que las circunstancias particulares de la localidad y las necesidades mismas de las personas y de la industria, hacen que ciertos trabajos sean imprescindibles.

—*¡Ah! no: no: no se hace lo que no se quiere. Cuando se quiere una cosa, se consigue.*

—Mas tenga usted presente, que en Alcoy hay muchísimos y respetables intereses; que el comercio tiene como mejores dias de venta los festivos; que en la industria hay trabajos que se han de realizar en esos dias para que tengan ocupación gran número de obreros en los restantes de la semana...

—*Eso no significa nada;* —interrumpió Casimiro.— *Muchísimos más intereses y de mayor importancia tienen París, Roma, Barcelona, Madrid, Valencia, y otras grandes capitales que he visitado, donde no se trabaja en las fiestas, y donde personas pertenecientes á distintas religiones celebran el dia del Señor, y no se perjudican. Cuando los hombres quieren, nada se opone á su voluntad.*

—Por nuestra parte ofreceríamos á usted, —dijeron los señores Valero y García, ante tales y tan poderosas razones,— no abrir nuestros establecimientos los domingos, sino temiéramos ser los únicos en tomar esta medida.

—*¡Qué importa, si ustedes cumplen bien con su deber! Como ejemplo voy yo por el mundo; sirvan ustedes también de ejemplo en este caso.*

—Pues bien; solemnemente ofrecemos á usted, puesto que así lo desea, no abrir ya nuestras tiendas los dias festivos.

Al oir el buen Casimiro esta contestación, irguió su cuerpo, como si oculta fuerza lo impulsara, y con ojos brillantes y radiante el rostro, exclamó:

—*No, no temais por vuestros intereses. Yo pediré á Dios, que no os falte nunca el pan para vosotros y vuestras familias. Tened fe en Dios, que es todo misericordia. El que cumple las leyes del Señor, goza en la tierra de felicidad y de su gloria en el cielo.*

Divulgóse esta conversación por la ciudad, produciendo tantísimo efecto, que á pesar de que diversas veces, personas piadosas y las mismas autoridades eclesiásticas habian intentado desterrar el trabajo de los domingos, siempre infruc-

tuosamente, desde entonces se consiguió ver cerradas la mayoría de las tiendas de comercio en los dias festivos, cuya práctica viene aún observándose hoy dia. ¡Hecho verdaderamente admirable y que se presta á la meditación y á gran cúmulo de consideraciones!

Muy placentera fué la despedida aquella noche, acordándose que á la mañana siguiente regresaría Casimiro á su antiguo albergue de casa del señor Valero, no haciéndolo aquella noche, por ser la hora algo intempestiva y estar lloviendo.

Al otro dia, 29 de Febrero, á las nueve de la mañana, el señor Valero y sus amigos, don Domingo Soler y don José María García, fueron á ver á Casimiro con objeto de entregarle la nueva túnica que se le había hecho, y acompañarlo á casa del primero de los citados señores.

Encontraron al joven oyendo misa, concluída la cual, presentáronle el regalo que le llevaban. Mucho gozo recibió con ello y más al ver una pequeña manta que le traían además, por ser su color semejante al de la túnica que usó Nuestro Señor Jesucristo cuando iba por el mundo.

—Agradezco el regalo y lo acepto, pero con una condición.

—¿Cuál? preguntó el señor Valero.

—Yo quería dejar un recuerdo á mi ahijado, mi intención era darle el hábito que llevo; no obstante, no me hubiera atrevido á decirle á usted que me hiciera otro. Más, puesto que el Señor le ha inspirado mi pensamiento, quiero dejar á mi ahijado y á usted todo cuanto llevo encima á condición de que me ha de entregar en cambio otras prendas semejantes costeadas por usted.

Aceptó el señor Valero la condición, y enseguida se procedió á trocar los harapos que llevaba por el traje nuevo. Concluido esto, formuló Casimiro la siguiente especie de testamento, dirigiéndose al comerciante:

—Todas esas prendas las guardará usted cuidadosamente para entregarlas á su hijo, que será un santo; yo, en cambio, llevaré siempre como recuerdo las que usted me entrega, y con ellas me enterrarán. Cuando yo marche, todos los años escribiré para que me dé noticias de mi ahijado; ya cuidaré de avisarle á donde ha de dirijir las contestaciones.

¡Pobre Casimiro, cuán léjos estaba de pensar que ya no saldría de Alcoy y que aquí había de encontrar su última morada!

A las once de la mañana bajaban por la calle de San Nicolás los tres señores mencionados, acompañando al admirable joven, que se había despedido tiernamente de las Hermanitas de los pobres, dejándoles como recuerdo la manta que llevaba cuando fué allí, y cuyas Hermanas lloraron amargamente su partida. La campana de Santa María, llamaba á los fieles á misa; Casimiro que nunca permanecía sordo á los llamamien-

tos de la Iglesia, marchó directamente á la parroquia. Terminada la misa, fuese á casa del señor Valero, y, como le había prometido el dia anterior, púsose á sus órdenes. Después de haber saludado á la esposa del señor Valero y al recien-nacido, á quien cubrió de besos, dijo á la madrina: «Entre usted y yo le hemos de hacer un santo.» A lo que contestó aquella: «La madrina es una pecadora.» Después ordenóle el comerciante que aceptara la cama en alto que se le había hecho, y que consistía en jergón, un colchón, una almohada y dos mantas de Palencia, pues desde aquel momento debía considerarse como un enfermo de la familia y debía aceptar toda clase de cuidados añadiéndole que ya, cuando estuviera bueno, haría su santa voluntad y podría reanudar el género de vida que venía llevando.

Prometió Casimiro hacer lo que se le mandaba; y habiendo pedido su equipaje, que consistía en la bolsa que en otra ocasión hemos mencionado, sacó de ella una calavera, y del interior de ésta una preciosa imagen, en tres piezas, de Nuestra Señora del Pilar de Zaragoza, regalo que le hicieron cuando fué á visitar su magnífico santuario, cuya imagen armó y ofreció á la esposa del señor Valero, que por coincidencia se llama María del Pilar. Del mismo cráneo, sacó una hermosa medalla también de plata, regalo de una devota señora de Játiva, en cuya medalla se hallaba grabada la imagen de la Purísima Concepción y, dándosela al señor Valero, dijo:

—Ya que usted tiene á la puerta y en casi todos los objetos y habitaciones de su casa la imagen de la *Immaculatta* (así la llamaba él), quiero que mi ahijado la lleve también en esta medalla siempre al cuello.

Inmediatamente, y después de haber rehusado con obstinación otro cuarto mejor, que se le tenía preparado, entró en posesión Casimiro del desván en que al principio se alojara (*). Desde aquel momento también, se constituyeron en enfermeros del joven el señor Valero y su cuñada, la ya citada madrina doña Rosa Vicedo.

Aquel dia lo pasó tranquilo sin salir de casa, recibiendo infinidad de visitas, entre ellas las de los médicos don Antonio Tormo y don Elías Saucho, quienes calificaron su enfermedad de calentura gástrica, y declararon que iba agravándose por momentos.

El dia 1.° á las siete de la mañana, fué á la iglesia del Santo Sepulcro, y asistió á la misa de Comunión, recibiéndo ésta con gran recogimiento según su costumbre. Al regresar á casa encontró á dos pobres y les rogó le acompañasen; llegado que

---

(*) Hemos tenido la curiosidad de medir dicho desván, que tiene las siguientes dimensiones: largo 1'85 metros; ancho 1'67; altura en ambos extremos 1'83 y 2'43; la superficie total es de 3'09 y su cubicación de 6'65 metros.

hubo, pidió al señor Valero el pan que había dicho le guardase, y bendiciéndole, lo partió por la mitad dando una parte á cada pobre. Metióse después en casa, de la que no volvió á salir sino después de haber entregado su espíritu á Dios.

El dia dos, al amanecer, quería Casimiro continuar su costumbre de ir á la iglesia para recibir al Señor; mas comprendiendo el dueño de la casa que no era prudente que saliera, dado el estado de su salud, se obligó á traerle en compañía de sus dependientes el Viático, y así lo verificó á las cinco y media de la mañana. Mientras estaba esperando la visita del Señor, permitió que se engalanase su cama; pero terminado el espiritual banquete, rogó que despojaran su lecho de todo adorno.

Al dia siguiente, volvió también el Viático á visitar á Casimiro; pero enterados los señores Curas del hecho, pasaron á manifestarle que ya no recibiría más al Señor, hasta que estuviese bueno ó en peligro de muerte, pues Dios no podía salir de su Casa si los médicos ó los confesores no lo exigían por la gravedad del enfermo. Con lágrimas en los ojos suplicóles nuestro Piamontés, que al menos se le dejase recibir al Señor al dia siguiente que era el de su santo, aduciendo para ello, que desde el principio de su vida de penitencia no había dejado ningún dia de su santo de recibir la sagrada Comunión. Los señores Curas accedieron á tales deseos y ante semejantes razones, con el fin de que no abandonara el lecho. En su virtud, á la mañana siguiente, 4 de Marzo, dia de San Casimiro, le fué administrado el Viático, como en los dias anteriores.

Divulgada por la población la noticia de que su enfermedad se agravaba por momentos, las visitas á casa del señor Valero, fueron creciendo de un modo tan considerable, que desde el amanecer se veía la puerta obstruída por un grupo de personas de todas clases y condiciones sociales, cada dia mayor. También llegó á oidos del señor Minguet, su patrono de Valencia, la noticia de la enfermedad de Casimiro, y provisto de una carta de recomendación para el comerciante alcoyano, se presentó con intento de llevarse al enfermo á su casa, si su estado le permitía hacer el viaje á Valencia. Tiernísima é indiscreptible fué la presentación del señor Minguet á Casimiro: éste, al verle, lo reconoció enseguida, y haciendo un supremo esfuerzo, arrojó la ropa que le cubría, y se echó en sus brazos exclamando: —«¡Padre, estoy muy malo!» El señor Minguet, estrechó contra su corazón al enfermo; y ambos permanecieron en aquella sentida actitud durante un buen espacio de tiempo, llorando sin pronunciar palabra. Todos cuantos presenciaron aquella escena, no pudieron menos de derramar también copioso y tierno llanto.

El dia 7, por la mañana, celebraron consulta los médicos don Antonio Tormo y don Elías Sancho antes citados, y don

José Espinós, quienes, de conformidad con el confesor, acordaron se le administraran los Sacramentos aquella misma noche. El acto que se celebró después de las oraciones, fué uno de los más solemnes é imponentes que en la ciudad de Alcoy se han celebrado; más de trescientos hombres con luces y casi toda la población, sin ellas, acompañaron y presenciaron el paso del santísimo Viático que iba precedido de la orquesta de la música Novísima, que se prestó gratuitamente á dar mayor brillantéz al acto. Era tal la multitud, que, desde la iglesia parroquial á la casa donde se albergaba Casimiro, era imposible atravesar las verdaderas murallas de personas que á un lado y otro formaban la carrera que siguió el acompañamiento.

Hubo necesidad de prohibir que se visitara al enfermo; más no por ello se vió libre de admiradores de sus virtudes la casa, cuyas habitaciones invadía la muchedumbre, la cual llegaba además á invadir una gran parte de la anchurosa calle. Tales eran los deseos de adquirir noticias del estado de salud del Penitente.

El señor Minguet, que había pasado parte del dia y toda la noche en compañía del señor Valero asistiendo al enfermo, notando que iba agravándose de una manera acelerada el mal, determinó pasar á Valencia á fin de ponerse en relación con las personas que tenían conocimiento de otras de Italia que estimaban á Casimiro, tal como don José Cervera, Dominico expulsado de los conventos de Francia, y el director espiritual de Casimiro, en Génova, don Juan Bautista Semino, á fin de noticiarles los progresos de la enfermedad que había degenerado en una fiebre tifoidea de carácter maligno.

Al caer la tarde de dicho dia 8, empezaron los médicos á perder toda esperanza de salvación, la que desapareció por completo á la media noche pasada la crisis de la enfermedad. A las 6 de la mañana, conociendo Valero que la vida de Casimiro se iba extinguiendo, bajó á participárselo á su esposa que aún yacía en el lecho. Vistióse ésta apresuradamente, y cojiendo al niño en brazos, subió á la estancia del enfermo. Presentóle el niño; pero Casimiro, á causa de su postración, sólo podía contemplarle con los ojos, lo cual, observado por la madre, cuidadosamente acostó al niño á su lado, y tomando una mano de Casimiro que había perdido toda acción, la coloca sobre la cabeza de la criatura. En aquella actitud permaneció algunos minutos, durante los cuales, parecía Casimiro querer beberse con la vista al niño, denotando su agitada respiración la emoción que llenaba su pecho. No pudiendo resistir la madre por más tiempo aquella escena, separó de la cabeza de su hijo la mano de Casimiro, cubriendo ésta de besos y regándola con lágrimas de ternura. Aquel conmovedor acto, impresionó de tal manera á los presentes, que todos, grandes y

pequeños, fuertes y débiles, no pudieron contener en sus ojos el llanto é hicieron coro á la conmovida señora.

Cuando Barello estaba en sus últimos momentos, volvió el señor Tormo á preguntarle, como antes hiciera en el Asilo de las Hermanitas.

—¿Quiere usted morir?

—Nó, contestó Casimiro.

Entonces concibió el señor Tormo un hermoso pensamiento que debió infundir alientos poderosos en el espíritu del Penitente, cuyo pensamiento expresó con estas palabras: —Hermano Casimiro, me voy convenciendo de que Dios tiene dispuesto que muera usted en Alcoy. Este pueblo engañado y seducido por la revolución, cometió muchos y grandes pecados, precisamente en esa plaza y en esta ancha calle que se llenó de gentes la noche en que se le administró á usted el Santo Viático; pero en medio de tales excesos, no se profanó ningún templo y fueron respetados los sacerdotes. Dios tal vez habrá tomado esto en consideración, pero para aplacar su ira necesita una víctima expiatoria. Hermano Casimiro, ¿se ofrece usted á ser esa víctima que Dios pide?

No podía ya hablar Casimiro, pero con la expresión del semblante manifestó claramente que estaba dispuesto para el sacrificio, si Dios le aceptaba.

Estaba aquel domingo dedicado á Nuestra Señora del Carmen, y ocurriósele á don Antonio Tormo, inscribir á Casimiro en la Hermandad del mismo nombre, con objeto de que pudiera gozar de la indulgencia plenaria y demás privilegios que en la hora de la muerte tienen concedidos los cofrades de esta veneranda institución. Consultó el pensamiento con el señor Valero y otras personas religiosas que se hallaban presentes, y habiendo merecido la unánime aprobación, marchóse á poner por obra tan oportuno pensamiento.

A medio dia, aumentó de tal manera la gravedad de la dolencia, que se temía de un momento á otro un fatal desenlace. Ante la perspectiva del conflicto, creció la angustia y vino con ella la confusión, formando un cuadro indescriptible de desolación y de llanto. Inspirada por repentina idea la hermana política del señor Valero, hizo una corona de rosas blancas, y ornó con ella la frente del moribundo. En aquellos críticos instantes llegó un Reverendo Padre, del convento de Franciscanos de Cocentaina, con otros Reverendos sacerdotes, entre ellos don Miguel Vilaplana y don Camilo Terol, que le aplicaron las indulgencias de la Trinidad y del Carmen; después todos se arrodillaron junto del lecho de la agonía y empezaron á recitar tiernísimas plegarias y dulces invocaciones, que sonaban en todos los pechos como notas celestes de un himno divino. Entonces llegó don Antonio Tormo con los escapularios de la Virgen del Carmen que acababan de corresponder á Casi-

miro en el sorteo celebrado entre los cofrades de la Hermandad en que había sido afiliado aquella misma mañana. Este hecho, verdaderamente providencial, demuestra una vez más que todo lo que se relacionaba con Casimiro, estaba dirigido por la mano de Dios, el cual colmó á su *escogido*, hasta en la misma hora de su muerte, de todos los bienes espirituales que es dable alcanzar en este valle de lágrimas.

Como por ensalmo, cubrióse el lecho del moribundo de rosarios, cruces, medallas y hasta alhajas, que los que se agrupaban alrededor de aquel que iba á abandonar la triste cárcel del cuerpo, depositaban allí para que se impregnaran del olor de santidad que parecía desprenderse de aquel ser expirante, y con el fin de que sirvieran á la vez que de preciosos recuerdos, de inestimables reliquias.

Casimiro, aunque conserva un hálito de vida, ya no está en este mundo; ya no vé á los que se agrupan en su pequeña estancia; ya no percibe las lágrimas, ni oye los sollozos de los circunstantes; ya no siente la presión de las manos del comerciante que aprisionan las suyas, como temiendo se le va á escapar; nada vé, ni nada oye; su vista se ha fijado desde algunos instantes, en un cuadro situado á los piés de su cama, que representa á Jesús en la agonía y que le ha servido de contemplación en otras ocasiones; ahora le contempla absorto, y sin duda vé á la divina Imagen que le llama abriéndole los brazos para llevarlo consigo á la mansión eterna de los justos. Después, elevando al cielo su mirada, permanece como arrobado durante unos segundos en extática contemplación; tal vez divisa un coro de ángeles que bajan á coronarle con la aureola de la beatitud y á entregarle la palma del martirio. Una expresión inefable inunda su rostro; una dulce é indescriptible sonrisa se dibuja en sus labios, y sus ojos se cierran para no abrirse jamás. ¡Casimiro ha muerto y su alma ha volado al celeste empíreo, donde le estaba aguardando el Señor satisfecho de sus obras en la tierra!

Eran las cuatro y media de la tarde (·). En aquel momento pasaban por la calle el cadáver de la señora viuda de Soler que pocos dias antes le había dicho aquellas palabras:

—«Nosotros pronto nos veremos en el cielo.»

(·) Una coincidencia digna de notarse es, que Casimiro, murió dentro de la octava de su santo y que precisamente este año se cumplía, el cuarto centenario del fallecimiento de San Casimiro, rey, que dejó de existir, el dia 4 de Marzo de 1484.

VI.

Exposición del cuerpo de Casimiro en la Capilla de San Jorge.—Funerales.—Exposición en el Camposanto.—Hechos milagrosos.—Inhumación del cadáver.

En vista de la inmensa muchedumbre que se agolpaba á la puerta de la casa mortuoria, por disposición de las autoridades eclesiástica y civil, y de acuerdo con el señor Valero y otras personas que se tomaron especial interés por el difunto, éste fué trasladado á las once y media de aquella misma noche, á la capilla de San Jorge, donde quedó depositado para que pudieran visitarle todos cuantos quisieran.

Pocos instantes después, tuvimos ocasión de contemplarle en dicha Capilla. Una soledad absoluta y un silencio profundo reinaban en el templo; reclinado en el ataúd, como sobre un lecho, yacía Casimiro con un Crucifijo en las manos; cuatro blandones, colocados en los cuatro ángulos del féretro, á la par que pugnaban por desterrar las sombras que cubrían la anchurosa nave, prestaban un tinte de solemnidad al cuadro, que era verdaderamente imponente; aún recordamos la impresión profundísima que en nuestro ánimo causara aquel rostro inanimado en que resplandecía seráfica beatitud. ¡Verdaderamente era un justo! hubimos de exclamar. Largo espacio de tiempo permanecimos en mudo arrobamiento ante aquel cuerpo inanimado. ¡Cuántas consideraciones, cuántos pensamientos acudieron á nuestra mente acerca de la fragilidad de las cosas terrenas y lo perdurable de la religiosidad, de la fe y de todas las virtudes que son fuente de la bienventuranza, y único manantial de la felicidad y del bien en este suelo, y escala que conduce después de la muerte hasta el trono del Altísimo!

Aquella misma noche, y apenas se supo el traslado del cadáver, comenzó la multitud á afluir á la capilla de San Jorge, creciendo la concurrencia hasta el extremo de que al dia siguiente y los sucesivos no cabía un alma más en la plaza de San Jorge y calles adyacentes. Hubo necesidad para contener á la ávida muchedumbre, de poner agentes de la autoridad que cuidase del orden, los cuales dejaban el paso franco por secciones, costándoles no poco trabajo cumplir la misión que tenian encargada. A cada sección de visitantes se le permitía contemplar el cadáver por breves minutos, durante los cuales un sacerdote y tres hombres iban pasando por el cuerpo

del Penitente rosarios, cruces, medallas, pañuelos é infinidad de otros objetos que los entusiastas devotos llevaban y que guardaban después con gran cuidado y veneración.

A la sazón empezó la afluencia de forasteros, que fué aumentando de una manera considerable el lunes por la tarde, y que acudían desde los pueblos más apartados, como si una voz providencial y misteriosa les hubiera convocado.

Para la mañana del siguiente dia á las nueve quedó señalado el acto del entierro, y aunque era muy corto el número de personas que lo sabían, pues no se pasaron esquelas, ni se dió aviso alguno, ni dijo nada la prensa periódica de la localidad, desde muy temprano empezó á verse la ya citada plaza de San Jorge y toda la carrera que había de seguir la fúnebre comitiva, invadida por la multitud que llenaba completamente la plaza y las calles en número de muchos miles de personas.

No eran sólo alcoyanos los que se veían; confundidos con éstos podían distinguirse por sus característicos trajes innumerables vecinos de todos los pueblos del contorno y de otros más lejanos; pues hasta de Játiva y Valencia había personas llegadas á marchas forzadas, con objeto de contemplar el cadáver de Casimiro.

A las nueve de la mañana en punto rompió la marcha el entierro: iban delante los asilados de las Hermanitas de los pobres y los de la casa de Desamparados; á continuación, la orquesta de la música Novísima, tocando fúnebres marchas: después los religiosos franciscanos de Cocentaina; muchos sacerdotes de dicha población y de Muro; los Curas párrocos de Játiva; los sacerdotes Agustinos de Alcoy y los Cleros parroquiales de San Mauro y San Francisco y Santa María: seguía después la fúnebre caja, que estaba forrada de cachimir negro, con tapa de cristal y adornos de latón dorado, llevada en hombros por los religiosos legos del mencionado convento de Cocentaina; y detrás, presidiendo el duelo, los que habían sido patronos de Casimiro en Alcoy, Játiva y Valencia, don José Valero, don Santiago Martinez y don Teodoro Minguet, en primer término, y en segundo los que habían tenido la dicha de albergarle en Albaida. Tras de ellos venía un acompañamiento tan numeroso, como no se ha conocido otro en la localidad. El tránsito se hacía tan imposible, que en ocasiones se vió la comitiva arrollada por la multitud y no sin gran trabajo pudo atravesar las calles de San Blás y Mayor, hasta llegar al templo de Santa María donde, después de las preces de rúbrica, continuó la marcha hácia el cementerio en el mismo orden citado, excepto la música, que fué sustituida por la orquesta de la Nueva. Como hasta allí, por no ser posible más, llenaban las gentes la anchurosa plaza de San Agustin y calles de San Nicolás y San Vicente. No sólo la vía pública, sino

los balcones, las azoteas y hasta los tejados veíanse ocupados por personas ávidas de contemplar el paso del fúnebre cortejo. Desde la antigua puerta de Alicante hasta el cementerio, los campos y alturas colindantes estaban también llenas por miles de personas en masa verdaderamente imponente, que al paso del cadáver prorumpían en aclamaciones que demostraban el entusiasmo y admiración que aquel pobre desconocido y miserable había despertado en todos los pechos con el incomparable ejemplo de sus virtudes. Los árboles y hasta las paredes del sagrado recinto, se hallaban también coronados de seres vivientes, contra cuyo deseo de ver el cadáver, habían sido impotentes los esfuerzos de los agentes de la autoridad que en vano se afanaban por mantener el orden.

Depositado el féretro en el cementerio, regresó la comitiva á la parroquial de Santa María, donde se cantó la solemnísima misa de *Requiem* de nuestro paisano el maestro Jordá, á grande orquesta por las de las músicas Primitiva y Nueva. El altar Mayor se hallaba severamente decorado, y en el centro del crucero se levantaba un magestuoso catafalco. (·)

A propósito del indescriptible espectáculo que el entierro ofreció, escribía una respetable persona lo que sigue:

«Hubiérase dicho, que el Dios de la Eucaristía de quien fué adorador heróico el ejemplar Casimiro, despojándose de sus propios honores, quería honrar con ellos á su fidelísimo siervo; porque aquello más bien que entierro era la procesión solemnísima del Corpus atravesando el inmenso gentío que la presencia en Valencia ó en Sevilla. El corazón ébrio de emoción en presencia de tal espectáculo, y presa á la vez de encontrados sentimientos, no sabía á cuál dar la preferencia, si al pesar por la muerte de Casimiro, ó al gozo por esta su glorificación en la tierra; y los labios, vacilantes, no sabían si ofrecerle un sufragio ó elevarle una plegaria.

¿Qué príncipe ó potentado de la tierra hubiera atraido á su entierro en Alcoy la prodigiosa muchedumbre que reunió el mendigo Casimiro? ¡Qué espectáculo en pleno siglo diez y nueve, idólatra del dinero, del goce y del egoismo, el de la ovación de Alcoy al mártir de la pobreza, de la penitencia y de la caridad!»

—

Desde las once de la mañana del martes dia 11 de Marzo hasta las once de la noche del viernes siguiente estuvo expuesto en el cementerio el cadáver de Casimiro. Uno de los dias anteriores se trató de darle sepultura; pero la autoridad superior civil de la provincia dispuso, que mientras el cadáver

(·) Creemos deber nuestro consignar, que los Reverendos Cleros renunciaron generosamente á los derechos parroquiales que les correspondían, y que también fueron gratis, por propia voluntad de los interesados, los servicios de las orquestas, capillas, túmulo, cera, etc.

no ofreciera señales evidentes de descomposición, se dejase al público satisfacer su curiosidad y dar rienda suelta á su entusiasmo.

Imposible es enumerar el sin fin de visitas que durante dichos dias recibió el inanimado cuerpo del Penitente, ni es fácil detallar los pueblos, que, algunos en masa, acudieron atraidos por la fama de las virtudes del difunto y de los portentos que se decía obraba. Dias hubo en que, no bastando las fondas, posadas y hospederías á contener los forasteros, éstos se desparramaban por las calles, guareciéndose por las noches en el umbral de las puertas de las casas. El aspecto de animación de la ciudad era superior al de las grandes fiestas; y en los caminos, los carruajes de todas clases que trasportaban nuevos visitantes desde próximas y lejanas poblaciones, formaban verdaderos convoyes. Y no eran sólo de los pueblos donde había estado Casimiro de donde venian, sino que también de los lugares á los que sólo había alcanzado la fama de su nombre y de sus hechos, concurrían gentes en tan gran número, que pueblo hubo, como el de Onil, del que salieron más de cuarenta carros cargados de personas que deseaban contemplar el cuerpo del difunto.

Fué tan en aumento el afán de la muchedumbre, que las autoridades, tanto eclesiástica como civil, llegaron á temer una alteración del orden público; y habiendo dispuesto que se limitase la entrada y aún que se impidiese en absoluto, esto dió lugar á que se formaran grupos pidiendo la revocación de la orden, pasando comisiones de distinguidas señoras y de caballeros de elevada posición á suplicar al Alcalde levantara la prohibición y continuara permitiendo la visita por ser muchos los que después de penosas marchas y venidos de lejanos sitios no podían resignarse á regresar á sus casas sin ver realizado el objeto de sus afanes.

Las autoridades, en vista de esto y después de consultar con el Gobernador de la provincia, dispusieron se depositara el féretro en el panteón de la familia de Ridaura, cuya puerta cierra una verja que permite la vista del interior, y allí estuviera á la pública espectación, hasta que una comisión de médicos nombrada al efecto, declarase la necesidad del sepelio, el cual se efectuó el viernes 14 á las once de la noche, en vista de haberse presentado algunos ligeros síntomas de descomposición cadavérica. Los médicos juzgaron que áun cuando podía sostenerse el cadáver sin enterrar, era conveniente ya su inhumación.

Entonces fué colocado el cuerpo de Casimiro en una caja de zinc, la cual, después de cuidadosamente soldada, fué puesta dentro del ataúd anteriormente descrito, y éste cerrado con llave de que se incautó el señor Valero. Hecho ésto, fué la fúnebre caja depositada en un nicho con antelación dispuesto, y adquirido al efecto en propiedad por dicho señor Valero.

Al acto estuvieron presentes las autoridades eclesiástica y civil, la comisión de facultativos mencionada y otras personas de representación, entre ellas los señores Valero y Minguet, habiendo levantado acta testimoniada, que firmaron todos los presentes, el Notario de esta ciudad don Francisco de Paula Momblanch.

Áun cuando no era ya posible ver el cuerpo de Casimiro, no por eso cesó la afluencia de gentes de todas partes, y las visitas á su tumba; visitas que continúan aún de una manera digna de llamar la atención, pues prueban que todavía se conserva vivo su recuerdo, y se mantienen con toda la fuerza de los primeros momentos, la admiración y el entusiasmo que despertara nuestro Penitente, entusiasmo que se sintió igualmente en las poblaciones de Italia donde se habian conocido y admirado sus virtudes, apenas se tuvo noticia de su muerte y de las circunstancias de que vino acompañada, muy especialmente en Cavagnolo, su pueblo natal, en donde se le dedicaron solemnes funerales, á los que asistió el vecindario en masa.

—

En todo el tiempo que duró la exposición del cadáver, la multitud que se agolpaba á contemplarle y en la que se veían confundidas personas de todas clases, ideas y condiciones, pobres y ricos, sabios é ignorantes, escépticos y creyentes, hubo tales demostraciones de fé y tal ardor por conservar algún recuerdo del pobre peregrino, que rara era la persona que no llevara algún objeto para ser pasado por el rostro, por las manos, por los piés ó por el hábito del difunto, á fin de conservarlo como inestimable recuerdo. Habiéndose dado el caso, según nos dice un joven que estuvo velando al difunto, que algunos llegaron á ofrecerle hasta media onza, que él rehusó, no sólo porque la autoridad tenía prohibido entonces que nada fuese pasado por el mencionado cadáver, sino también porque su recta conciencia no le permitía tomar nada en recompensa de aquel servicio.

Algunos de estos objetos han dado origen á hechos extraordinarios, y varios de estos últimos acaecieron también en el mismo cementerio, en los dias que duró la exposición.

Fieles narradores de cuanto relacionado con nuestro admirable joven, hemos podido averiguar, relataremos estos hechos, la mayor parte de los cuales tenemos motivos para considerar auténticos, y los cuales nuestra pobre inteligencia considera como milagros, áun cuando el depurarlos y definirlos pertenece á nuestra Santa Madre Iglesia, cuya infalibilidad acatamos como sus más sumisos y humildes hijos.

—

Un niño de corta edad, cuyos padres viven en Alcoy, en la calle de San Miguel, se hallaba postradito hacía ya tres años, á consecuencia de una enfermedad que tuvo origen en el sarampión, cuya dolencia había dicho el facultativo que le visitaba que era incurable, afirmando que si llegaba á los 14 años el muchacho quedaría cojo. Aconsejada por una amiga, una tia del enfermito, fué á visitar el cadáver del Penitente al cementerio, llevando consigo al pequeño, y una vez allí, invocando á la Providencia Divina por intercesión de Casimiro, hizo que colocasen durante breves momentos al niño sobre el cadáver y que le besára. A la mañana siguiente observó haber entrado en mejoría; dos dias después habían desaparecido unas llagas que tenía en la parte inferior de la espalda, y en la misma semana pudo asistir á la escuela, continuando su alivio hasta quedar completamente sano.

—

Una mujer, vecina de Muro, que de larga fecha padecía en un dedo una parálisis rebelde á todo tratamiento, tuvo la feliz ocurrencia cuando fué á ver á Casimiro en el Camposanto, y en vista de que le era imposible acercarse al cadáver, de mojar, llena de ardiente fé, otro de sus dedos en la cera líquida de una de las velas que alumbraban el féretro, y frotarse con ella el dedo enfermo. Al punto sintió un agudo dolor, tras del cual las articulaciones volvieron á su natural estado, desapareciendo la parálisis.

—

Un hombre, de Alcoy, que padecía de baberío, enfermedad que le molestaba en grado sumo, y en ocasiones le impedía todo trato social, marchó al cementerio, dió un pañuelo suyo para que lo pusieran en contacto con el cadáver, y, formando después una pelota con el trozo de lienzo, se la introdujo en la boca, operación que dió por resultado la desaparición de la enfermedad, que hasta el presente no ha vuelto á reproducirse.

—

Una mujer muy conocida en el mercado de Alcoy, donde tiene un puesto de venta de pastas finas, llevó al Camposanto una hija suya que estaba imposibilitada de andar sin ajeno auxilio; y puesta en contacto con el cadáver, suplicó la niña á éste le devolviera la salud, cosa que consiguió, regresando por su pié y sóla á casa, continuando su mejoría en los dias sucesivos hasta el total restablecimiento.

—

Una mujer, también vecina de Alcoy, domiciliada en la calle de San Miguel, encontrábase tullida hacía ocho ó nueve meses y desesperada al ver que ni los baños, ni cuantos medicamentos se le propinaban, traían alivio á su mal. En la imposibilidad de ir ella personalmente á visitar los restos de Casimiro, rogó á uno de sus parientes que, pasara por el rostro

del difunto dos pañuelos y una medallita. Colocóse ésta pendiente de un cordón al cuello y enrollóse aquellos á las piernas. A la mañana siguiente, con asombro de todos los de casa, se levantó de la cama, y pudo ir por sí misma á la capilla de la Virgen de los Desamparados, allí próxima, para oir misa y dar gracias á Dios por el grande milagro que en ella había obrado Casimiro. Hoy está dicha enferma completamente buena de la dolencia que la aquejaba.

—

Uno de los dias de exposición del cadáver y en ocasión de hallarse presente el ilustradísimo y reverendo señor cura de San Mauro y San Francisco, Dr. D. Francisco Navarro, notó éste, que un muchacho andaba de aquí para allá al rededor de la caja mortuoria. Al pronto no observó que el niño estaba sin vista, efecto sin duda de alguna enfermedad que había padecido, y trató de apartarle de aquel lugar; mas el muchacho insistió en acercarse á tientas al cadáver, y con general sorpresa de todos los presentes, que al cabo habian notado el defecto físico del muchacho, vieron que éste de repente, palmoteando de alegría, echó á correr con todas sus fuerzas y dando voces de *¡Ay que ya veig! ¡Ay que ya veig!* (¡Ay que ya veo! ¡Ay que ya veo!)

—

Una joven que se encuentra sirviendo en casa de un acaudalado comerciante de esta ciudad, tenía en el reverso de la mano derecha un lobanillo del tamaño de una nuez, que le producía grandes molestias. Por indicación de la señora del comerciante, persona muy devota y virtuosa, hizo la joven sirvienta un cocimiento de agua con paja de la que había servido de cama á Casimiro, lavóse la mano con el cocimiento dos ó tres veces, y á la mañana siguiente, con gran sorpresa suya y no menor admiración de todos los que se enteraron del hecho, vió que el lobanillo había desaparecido por completo.

—

Una mujer llamada Concepción Payá, habitante en la calle de la Purísima de esta ciudad, además de hallarse en cinta, ya bastante adelantada, padecía de una aneurisma que se le manifestó en el cuello y á la raiz de una de las orejas. Alarmada la mujer y no menos alarmado su esposo, Francisco Botella, por las proporciones que tomaba el mal, avisaron al médico, quien, después de examinarla, manifestó en reserva al marido que era casi probable que su mujer muriera al tiempo del alumbramiento y que estuviera prevenido para el efecto. Como es natural, ésto preocupó hondamente al buen hombre, que empezó á meditar acerca de la catástrofe que se le venía encima. En medio de sus meditaciones, ocurriósele enviar un pañuelo al cementerio para que lo pasasen por el rostro del difunto Casimiro, y después enrollóselo por el cuello á la pa-

ciente. Hay que advertir, que este matrimonio era bastante despreocupado é incrédulo en materia de religión y que la mujer acojió con risas el proyecto de su marido, hasta que por fin accedió á colocarse dicho pañuelo y una medallita que una parienta suya había pasado por el hábito del Penitente, dando esto por resultado la desaparición del mal, con no poca estupefacción del médico que no acertaba á comprender cómo había desaparecido de tan singular manera una enfermedad de tal naturaleza.

Poco tiempo después, la mujer dió á luz con entera felicidad un robusto niño; y los padres, en agradecimiento al difunto piamontés, por cuya intercesión les había concedido Dios tan grande beneficio, pusieron al recien nacido el nombre de Casimiro.

—

La mesa donde descansaban los restos del Penitente, y el paño y adornos que la cubrían durante el tiempo que estuvo expuesto en la Capilla de San Jorge, pertenecían á la Casa de Desamparados, á donde fueron devueltos después de conducido el cadáver al cementerio. Hubo necesidad de hacer servir de nuevo dichos objetos para otro difunto; mas al ir á sacarlos del sitio donde se hallaban, observó la hermana Gertrudis que estaban materialmente cubiertos de parásitos, lo que la puso en gran consternación, pues pedían dichas prendas con urgencia. Habiendo hecho algunas reconvenciones al carpintero, éste manifestó que la mesa también se hallaba en semejante estado, según había podido él observar. En tal conflicto, yendo de un lado para otro y lamentándose la hermana, á la vez que invocaba la memoria de Casimiro, no habiendo ya tiempo para hacer otros nuevos, volvieron á examinar, con objeto de limpiarlos de la manera mejor posible, la mesa y los adornos, y con la sorpresa que es de suponer, vieron que todo aquello que antes los llenaba, había desaparecido por completo y como por ensalmo. Del hecho se enteraron la Reverenda Madre, las demás hermanas y el personal de la Casa, teniendo todos ocasión de comprobar aquel extraño suceso.

—

Carmen Font, vecina de Muro, vino á Alcoy acompañada de una niña, al dia siguiente de la inhumación del cadáver, con el objeto de visitarle y ver si por su mediación alcanzaría la salud de que carecía largo tiempo ha, así como también la curación de un dedo que tenía la niña enfermo. Con gran sentimiento se enteraron de que el cuerpo de Casimiro había sido ya enterrado, mas por indicación de varias personas, fueron á casa del señor Valero, y consiguieron de éste les prestara por breves momentos uno de los rosarios que el Penitente había usado en vida. Enrollóselo la mujer en la pierna, que era la que tenía afectada de terribles ataques de reuma, y después de

tenerlo unos instantes, envolvió también con él el dedo enfermo de la niña, restituyendo después la inestimable reliquia al señor Valero con las mayores muestras de agradecimiento, y emprendieron enseguida la vuelta á Muro á pié. En el camino encontraron al Reverendo Padre Sirera, del Convento de Cocentaina, á quien manifestaron lo ocurrido. Este buen ministro del Señor las animó con afectuosas palabras, encareciéndoles sobre todo que tuvieran mucha fe en las virtudes del joven piamontés y Dios oiría sus súplicas y las pondría buenas. Así fué en efecto; llegadas á su pueblo, después de dos horas largas de camino, no notaron el más leve dolor en sus respectivas dolencias; y hasta el presente no han vuelto á reproducirse ni uno ni otro mal.

—

Queriendo parodiar un joven, en casa de su novia, al Penitente, en el acto de pasarle rosarios, cruces, etc., tendióse haciendo el muerto, y todos cuantos allí se hallaban de tertulia, comenzaron á pasarle objetos diversos por el rostro y por diversas partes del cuerpo. Cuando se cansaron de tan vituperable como impío divertimiento, indicaron al que hacía de difunto que podía levantarse; pero la sorpresa y el pánico que se apoderó de ellos fueron inmensos, cuando observaron que el que había hecho de muerto lo estaba, ó al menos parecía estarlo, de veras. Con objeto de que volviera en sí, agotaron todos los medios propios del caso, y al cabo de largo rato lograron que diera algunos señales de vida; pero permaneció como atontado, y hasta pasadas muchas horas no supo darse cuenta de lo ocurrido.

—

Un criado de un importante industrial, también de esta localidad, recibió de un caballo una coz que le quebrantó tres costillas, quedando en el estado de gravedad que es de suponer. La esposa del paciente, que había estado de sirvienta en casa del señor Valero, conservaba un pañuelo de la nariz que en vida había usado Casimiro, y encomendándose á éste para que intercediera con Dios á fin de que le fuese devuelta la salud á su marido, aplicó á éste el pañuelo en la parte dolorida, y ya no hubo necesidad de otros medicamentos para la curación. El paciente pudo volver á los dos dias á su trabajo, sin notar molestia alguna.

—

Con el mismo pañuelo que queda mencionado, curó un joven militar de una afección á los ojos adquirida á consecuencia de haberse lavado con agua que había servido para la limpieza de otro compañero que padecía de enfermedad contagiosa.

La dolencia era de tal gravedad, que le fué concedida licencia al joven por sus jefes para que pasara á curarse en su casa,

donde hacía más de dos meses se hallaba, sin encontrar alivio en los remedios que se le procuraban.

La simple aplicación del pañuelo á los ojos, por espacio de dos ó tres dias, dió por resultado la cura completa del mal, con gran contento suyo y de sus padres.

—

Una señora se hallaba enferma y desahuciada por la ciencia. Con deseos de agotar todos los recursos para salvarla, uno de sus parientes fué á casa del señor Valero rogándole le dejara algo que hubiese pertenecido á Casimiro, ó por lo menos que hubiera estado en contacto suyo. Enterado el comerciante del fin que tenía la petición, entregó á dicho señor un Crucifijo que llevaba Casimiro en vida, el que pusieron pendiente del cuello á la enferma, con tan excelente éxito, que á los pocos dias recobraba por completo la salud y aún hoy se complace en referir á todos la sencilla historia de su brevísima curación.

—

En la última quinta para el reemplazo de 1885, el hijo de un pobre jornalero de uno de los pueblos vecinos, que entraba en suerte para el servicio de las armas, ofreció la limosna de una peseta para el panteón de Casimiro, si sacaba un número alto. Habiéndose visto cumplidos sus deseos, pasó su padre á cumplir la promesa, añadiendo por su parte otra peseta, cuyas cantidades entregó al señor Valero ante varias personas que se enteraron del hecho y de la fé del honrado menestral.

—

Un joven domiciliado en la calle de la Corbella de esta ciudad, hacía tiempo que arrojaba sangre por la boca, mostrándose los médicos confusos acerca de la procedencia de aquella sangre, y considerando algunos incurable la afección. Se le facilitó una cruz de las que Casimiro llevaba, y se la colgó al cuello pendiente de un cordón; con gran asombro, observó al desnudarse, que la cruz se había desprendido yendo á parar á la boca del estómago, con la particularidad verdaderamente maravillosa de que ni en el cordón, ni en la anillita que sostenía la cruz, se veía rotura ni alteración alguna. Desde entonces empezó el joven á mejorar, y hoy se halla en perfecto estado de salud.

—

Miguel Figuerola, vecino de Cocentaina, padecía de una tos crónica tan fuerte, que llegaba á esputar sangre en abundancia. Agotados ya todos los medicamentos, tuvo la feliz idea de cocer una poca paja de la que había servido de lecho á Casimiro. A las pocas tazas que había tomado de aquel cocimiento, notó una gran mejoría, precursora de la completa curación que vino después.

—

Una señora, vecina de Alcoy y admiradora del virtuoso piamontés, nos ha referido, que durante su matrimonio, en ninguno de los alumbramientos había podido conseguir la dicha de amamantar á sus hijos por falta de leche. Después del fallecimiento de Casimiro, consiguió procurarse uno de los rosarios que usaba el peregrino, cuyo rosario tenía pendiente de uno de sus extremos una medalla de Nuestra Señora de la Leche. Llena de fe la buena señora ante aquella coincidencia, invocó á Casimiro para que intercediera con Dios, á fin de que le concediera la dicha de poder amamantar á su hijo; al propio tiempo, púsose el rosario al cuello, é instantáneamente sintió acudir á sus pechos con exuberancia el nutritivo líquido, y desde entonces ha venido criando á su hijo llena de maternal gozo, y de entusiasmo y fe hácia Casimiro, á quien atribuye el prodigio.

—

Un vecino de Játiva, que padecía fuertes palpitaciones de corazón, cansado de gastar dinero en viajes, consultas, baños y toda suerte de remedios en busca de la salud perdida, veía con celeridad aterradora y ante las proporciones crecientes de la enfermedad, llegar los últimos instantes de su vida. Fallecido Casimiro, y en uno de los viajes que varios amigos del enfermo, admiradores del difunto, hicieron á Alcoy, con objeto de contemplar los restos de aquel mártir de la fe, lleváronse un saquito con paja de la del lecho del santo joven, y sin saberlo el paciente, que no era hombre de los que creen en milagros, hiciéronle una especie de tisana con la paja hervida y se la dieron al enfermo, diciéndole para calmar sus recelos que era un remedio que había probado á otros que padecian de igual enfermedad y que tal vez le probase. Tomó el agua lleno de esperanza el paciente, con tan admirable resultado, que á poco obtuvo una curación radical.

—

Una joven de esta ciudad, de diez y nueve años, padecía hacía tiempo una inapetencia rebelde á todo tratamiento, convirtiéndosele lo poco que comia en lombrices, de tal manera que su familia estaba con el mayor cuidado y consternación al ver que la ciencia parecía impotente para combatir aquella enfermedad. Sobrevino la muerte de Casimiro, y animada de vaga é indefinible esperanza, suplicó la joven á sus padres la permitieran ir al cementerio á visitar el cadáver del Piamontés. Cediendo al fin á sus reiteradas instancias, diéronle el permiso que solicitaba. Fuese la joven al Camposanto, y ante el cadáver del heróico Casimiro, pide con fervor la salud perdida, viendo su petición de tal modo atendida, que desde aquel dia comenzó á encontrarse buena, y hoy es la alegría de su familia.

—

Un niño de diez años, cuyos padres viven en la calle de San José de esta población, padecía desde la edad de siete meses un humor herpético que no habían conseguido aliviar siquiera las aguas medicinales más recomendadas. Apesar de que el padre del niño era bastante despreocupado é incrédulo en cuestiones religiosas, dió una medalla para que fuese pasada por el cuerpo de Casimiro durante los dias que estuvo expuesto en el cementerio, colgó después dicha medalla al cuello de su hijo, y no tardó en ver que el humor mencionado fué curándose poco á poco hasta desaparecer por completo.

—

A instancias de las Religiosas del convento de Santa Clara de Játiva, durante su estancia en dicha ciudad, fué Casimiro á visitar aquella santa casa. Estando en conversación con las buenas madres, les dijo: que la primera que había de morir era la más ancianita, ó sea la reverenda Sor María del Pilar Llácer. A los pocos meses enfermó gravemente Sor María de la Concepción Carbonell tanto que á las tres semanas de enfermedad hubo que sacramentarla. Entonces Sor Pilar, viendo á los bordes del sepulcro á su hermana en Jesucristo dijo con cierto tono de satisfacción: «por esta vez se ha equivocado el Penitente, pues no muero yo primero; sino la hermana Concepción, que ya está espirando.» ¡Providencial suceso! Al dia siguiente de haber pronunciado aquellas palabras y estando aún en vida la hermana enferma, que no falleció hasta quince dias después, un ataque cerebral condujo repentinamente al sepulcro á la reverenda Sor Pilar Llácer, á los 84 años de edad, cumpliéndose lo que pocos meses antes había predicho el insigne piamontés.

—

Enrique Luis, de veinte y tres años, soltero, habitante á la sazón en la calle de San Mateo, número 35, piso 4.°, y hoy en la de la Corbella, número 9, piso 2.°, de esta ciudad de Alcoy, padecía de un dolor tan agudo en el brazo izquierdo que le obligaba muchos dias á perder el trabajo, y cuya enfermedad había resistido á toda clase de tratamientos. El segundo dia que estuvo expuesto Casimiro, fué á verle dicho joven encomendándose á él fervorosamente. Al dia siguiente le desapareció el dolor, que no ha vuelto á sentir más.

—

Rosa Picó Borrell, de nueve años, nieta de Dolores Botí, habitante en la calle de San Jaime de esta vecindad, padecía desde un año antes una afección á los ojos. Habíanla visitado en el Hospital los facultativos don Leopoldo Soler y don Juan Coderch, y fuera de él el titular don Magín Guardiola, sin haber conseguido su curación. Aplicándole á los ojos algunas pajas de las que habían servido de lecho á Casimiro en sus

últimos momentos, consiguió recobrar sensiblemente la salud y la vista perdida.

—

Juan Miralles y Jordá, de treinta y nueve años, tejedor domiciliado en la calle de la Cueva Santa, al lado del Trinquete en esta ciudad, casado con Teresa Alcarón y Jordá, tenían un hijo de seis meses con una abertura en la cabeza, y además una hernia muy pronunciada. El médico don Carlos Ferrandis Soler, que le visitaba, había pronosticado su muerte por lo difícil ó casi imposible de la curación; mas los padres llenos de fe vendan la cabeza al niño con un pañuelo tocado en el cadáver de Casimiro y colocan otra tela también pasada por el cuerpo del difunto sobre la hernia, y casi instantáneamente se inició la curación, hallándose el muchacho hoy perfectamente sano y robusto. En este hecho figuran como testigos María Francés, Francisca Jordá y Cardona, y Rafael Miralles.

—

La respetabilísima esposa de don Francisco Soler, de Jijona, madre del señor Barón de Ariza, venía padeciendo por espacio de cuarenta y seis días consecutivos unos dolores agudísimos en el vientre, que la tenían postrada en cama, y con deseos de morir por no sufrir más tan atroz tortura, que no bastaba á calmar ninguna clase de medicamento. Noticiosa dicha señora de los milagros que por intercesión de Casimiro Barello se habían realizado, pidió á Alcoy un objeto que hubiera pertenecido en vida al Penitente. Enviáronle un pedacito de hábito, que con todo el fervor de su alma piadosa y paciente, se aplicó á la parte dolorida. A las dos horas se hallaba ya algo mejor; y á la tarde se levantó por sí sola hallándose completamente buena, con gran admiración de la familia y de todas las personas que se enteraron de este caso, el cual no dudó el mismo facultativo señor Martinez, en calificar de verdadero milagro. A los pocos días, habiéndole pedido prestado otra enferma la reliquia para ver si le desaparecía un mal que le aquejaba, quitóse la citada señora el pedazo de hábito, y casi al punto volvió de nuevo la dolencia que calmó tan pronto tornó á aplicarse el trozo de paño sobre la parte dolorida. Llena de reconocimiento hácia nuestro buen Piamontés por la maravilla que por su intercesión se había en ella obrado, envió con destino al panteón una buena cantidad.

—

Acerca de algunas gracias obtenidas por mediación de Casimiro durante su vida, escribe la signora Margarita Rivano, viuda de Monetti, desde Génova, con fecha 21 de Mayo de 1884, lo que sigue: «Un día mientras nuestro Peregrino se dirigía á la iglesia de San Gerolano, en Castelleto, se le acercó un viejecito rogándole que se acordase de él en sus oraciones porque sufría desde hacía muchísimos años acerbísimos dolores

en todo el cuerpo á causa de tener los nervios contraídos de manera que estaba deforme, sufriendo especialmente dicha enfermedad en las manos; entonces el Peregrino las tomó entre las suyas, las besó, y con palabras de consuelo se despidió de él, dejándole libre desde aquel momento de los dolores que le atormentaban.

Se nos ha dicho también que restituyó el habla á un mudo, la vista á un ciego, la salud á una señora enferma desde hacía doce años y finalmente que obró una conversión.

En Génova ha dejado á los buenos edificados con su misticismo, obediencia y devoción á María Santísima. Habla de él con bastante frecuencia desde el púlpito, el Reverendo sacerdote don Gaspar Ulmi, en el mes de María que se celebra en la iglesia *dei Crocifesi.*»

—

En la villa de Muro, hallábase una señora enferma de sobreparto y en gravísimo peligro de muerte. Colocósele una medalla de las que habian pertenecido á Casimiro, é inmediatamente operóse una portentosa reacción que devolvió la salud á la enferma. El ilustrado facultativo señor Requena Inza, que asistía á la parturiente, es una de las personas que atestiguan este hecho y que califica dentro de los principios de la ciencia de verdadero é incontrovertible milagro.

Otros casos parecidos pudiéramos añadir al que se acaba de indicar; entre ellos, uno acaecido en una vecina de la calle de Santa Bárbara de Alcoy y otro en una labradora residente en la llamada «Casa del Pontazgo» de este término municipal; pero la relación sería interminable pues además de los portentos que se han efectuado por medio de las reliquias de Casimiro que hay extendidas, raro es el dia que no acuden nuevas pacientes á casa de don José Valero por alguna prenda de las que en vida usó el santo joven y que como inestimable recuerdo conserva dicho señor, cuyas prendas realizan admirables curaciones que como acabamos de decir sería interminable enumerar.

—

Para concluir el catálogo de las obras extraordinarias realizadas por mediación de Casimiro Barello, referiremos un caso de conversión bien comprobado y que viene á demostrar de cuan diferentes maneras se servía la Providencia manifestar su sublime poderío por intercesión de aquel humildísimo cuanto fiel siervo suyo.

Fernando Pascual, hermano del Reverendo Presbítero don Miguel Pascual, de Alcoy, faltaba hacía muchísimo tiempo de su pátria, ignorándose su paradero y no sabiéndose más que había estado en clase de militar en Africa, en Méjico y en otros puntos, corriendo singulares aventuras muy conformes por lo demás con su carácter atrabiliario y aventurero. Su

familia con tal falta de noticias se hallaba verdaderamente afligida y una hermana suya durante los dias que estuvo expuesto el cuerpo exánime de Casimiro en la capilla de San Jorge visitó y suplicó á éste con mucho fervor que intercediera con Dios para que le concediese el consuelo de tener noticias de su hermano ausente.

Aquella noche, poco después de las once, oyó la familia llamar á la puerta, y con grata sorpresa al abrir, vieron entrar sano y salvo al que quizás habian juzgado muerto y por quien tan fervorosamente había rogado aquella tarde su hermana.

Nada había cambiado en el ex-militar, ni su carácter, ni su índole descreida y escéptica, con que parecía complacerse en atormentar á su familia.

Habiéndole esta hablado del Penitente, dijo por las señas que de él daban, que tal vez fuera uno que encontró en la provincia de Castellón en medio del camino, pisando nieve y sufriendo con la cabeza descubierta las inclemencias del tiempo. Al manifestar esto, parecía mostrar cierta complacencia en denostar y escarnecer la memoria del difunto. ¡Mas oh inescrutables designios de la Providencia! habiendo demostrado deseos de ver el cadáver y reconocido que hubo al mismo que dias antes encontrara en su camino, una trasformación brusca se operó en su manera de ser: de vivo é inquieto tornóse grave y taciturno; una fuerza irresistible atraíale hácia el féretro y de su lado no se apartó los dias que el cadáver estuvo expuesto en San Jorge y en el cementerio.

Poco tiempo después se retiraba al convento de Frailes Franciscanos de Cocentaina, y actualmente viste el sagrado hábito del Seráfico Patriarca en clase de donado en el convento de Sancti Spiritus del Monte siendo por su conducta y fervor religioso la edificación de aquella ejemplar Comunidad.

APÉNDICE.

Algunas noticias recibidas con posterioridad á la fecha en que hemos dado comienzo á nuestro trabajo y que no hemos podido incluir en la narración que antecede, del admirable peregrino Casimiro Barello, nos obligan á formar este apéndice, en el que incluímos una interesante y curiosa relación que desde Arganda del Rey nos remiten los respetables señores don Pascual Castellano y Carlés y don José Guillem, así como también alguna otra noticia que el orden del relato nos ha impedido colocar en su debido sitio.

Casimiro en Arganda.

En una tarde de los últimos dias del mes de Noviembre de 1882, se presentó en esta villa de Arganda del Rey, un hombre de hermosa figura, el que, postrado de rodillas ante la ermita de Nuestra Señora de la Soledad, sita á la entrada del pueblo, oró largo rato, llamando la atención de cuantos le miraban.

Levantado de aquel sitio, aumentó la curiosidad de las gentes por su aspecto poco común en los demás hombres. Vestido con una túnica remendada, pero muy aseada, descalzo de piés y desnuda la cabeza, de la que pendia una larga y rubia cabellera que graciosamente se ensortijaba sobre los hombros, limpia y brillante como ebras de oro, su rostro lleno de expresión, blanco y hermoso, sonrosado, nariz aguileña, mirada atractiva, sus formas, sus maneras y su palabra, que sin revestir elegancia mundana, formaban un conjunto agradable y lleno de dignidad al par que humilde, á todos interesaba en su favor, sintiendo una irresistible simpatia y un respeto misterioso hácia aquel pobre, de quien los chicos decian si seria Dios, besándole su sayal.

No pedia limosna; tomaba si le daban algún pedazo de pan y nada más.

Al lado de dicha ermita existen varios campos sembrados de hortalizas, á cuyo borde se acercó el pobre, recogiendo del suelo las hojas de los repollos que por inútiles habían arrojado los hortelanos. Con ellas hizo un manojo que colocó debajo del brazo, y siguió su camino hasta entrar en el pueblo. En la fuente titulada del Ave María, lavó cuidadosamente las hojas

que volvió á colocar debajo del brazo, entrando después en la población por la calle principal, conocida con el nombre de San Juan.

La noticia de la estancia de este hombre, corrió por la población con extremada velocidad, tanto, que á su paso las gentes salían á los balcones unos, á las puertas otros; los que iban por la calle se paraban para verle pasar, y en los semblantes de todos se revelaba un mismo pasmo, una misma impresión, una misma pregunta: ¿quién es este hombre? se decían unos á otros.

De la casa del médico don José Guillem, le llamaron, ofreciéndole un par de botinas en buen uso, que rehusó con las mejores formas y expresiones humildes, que revelaban una esmerada educación.

Llegó á la mitad de la dicha calle de San Juan y encontrando una posada, pidió albergue, que el posadero le negó con cierto despego; sin duda porque este hombre no debía participar de esos sentimientos simpáticos, ó no sé si calificar de humanitarios que el resto del vecindario sentía latir en su pecho. El pobre se salió sin hablar una sola palabra, sin demostración alguna de sentimiento, y con aire resignado siguió su camino.

Seguíale una turba de muchachos en número regular. Al llegar al final de la calle, se metió en una tienda de comestibles, pidió una cazuela y tomó asiento en un banco; sacó las hojas de repollo, las desmenuzó con los dedos y cortó del mismo modo un poco de pan, echándolo todo en la cazuela con medio cuartillo de agua y una copa de vino, comiendo después con verdadera ánsia aquella especie de gazpacho.

Todos los que le seguian quedaron á la puerta contemplándole. Eran poco más ó menos las cinco de la tarde, hora que en el mes citado es ya casi de noche, y preguntándole uno de los presentes: —«Hermano, ¿dónde va usted á dormir?» —«En cualquier parte,» contestó con una sonrisa bondadosa. —«Pues se viene usted conmigo á mi casa.» le dijo Severiano del Toro, de oficio yesero; y efectivamente se lo llevó, y queriendo disponerle cama en una habitación, se negó á aceptarla y eligió el hueco de una escalera en estado ruinoso que había en el corral, sin que hubiera medio de disuadirle de su empeño. Allí pasó la noche sobre unos juncos que le sirvieron de colchón, y arropado en la túnica.

A las ocho de aquella noche, el citado médico señor Guillem y su familia, fueron á visitarle, y en cuanto llegaron junto á la escalera, se incorporó el pobre recibiéndolos con las mayores muestras de gratitud y afecto, sosteniendo con las señoras la más edificante conversación. Entonces dijo llamarse Casimiro Barello, italiano piamontés, y dió algunas noticias de su familia y un hermano menor que dijo tenía, y de la clase de vida que llevaba.

Refirió también, que habiendo perdido su documentación, una pareja de la Guardia civil le había detenido por indocumentado, cerca del pueblo de Tarancón, conduciéndole á Madrid de pueblo en pueblo bajo la custodia de la Guardia civil, hasta ponerlo á disposición del Gobernador de la provincia, ingresando en el Saladero (·). Acudió á su consul, el que le proveyó del pasaporte, (que sacó y enseñó al señor Guillem) y puesto después en libertad volvió á seguir su antigua vida llevando ánimo de ir á ver á su familia.

Le ofrecieron entonces algunos alimentos que los visitantes le llevaban, y ropas, y todo lo rehusó con la mejor urbanidad. Tampoco hubo fuerzas persuasivas bastantes para hacerle aceptar otra habitación y otra cama, por lo que, perdida esta esperanza, se despidieron de él para dejarle descansar en un lecho que podía llamarse con alguna propiedad «lecho de espinas.»

Severiano del Toro, hombre rústico, en extremo ignorante, de maneras burdas y formas campestres, posee en cambio los mejores sentimientos de caridad; es limosnero con arreglo á sus cortos haberes, y recoge á varios pobres dentro de su casa, sin que nunca le haya preocupado ni quitado el sueño la estancia de aquellos mientras han estado en su hogar. La noche que durmió Barello en su casa, no sucedió así, y, según confiesa, casi no durmió en toda ella, pensando en el pobre de debajo de la escalera. A las cinco de la mañana, antes de amanecer, se levantó y fué á verle, encontrándole ya levantado. Se saludaron y le ofreció una gícara de chocolate, á lo que contestó Barello: —«No, no puedo, tengo que ir á la iglesia. ¿A qué hora la abren?» —«A las seis poco más ó menos,» contestó el yesero. Después de breves momentos, Barello se marchó á la iglesia y estuvo esperando que abrieran.

El que estas líneas escribe, había oido hablar del pobre que andaba por el pueblo, pero no le había visto y tenía ganas de verlo, ante la manera de hacerse lenguas acerca de él que las gentes tenían y los bellos colores conque le pintaban.

Eran las siete de la mañana y la campana dió la señal de misa, á la que asistí, según mi costumbre diaria. Entré en la capilla del Rosario, y en ella ví un hombre desconocido para mí, pero que reconocí en el acto, porque las noticias que yo tenía correspondian fielmente con la figura. Aquel dia no me valió la misa, por que tenía para mí tal atractivo aquel hombre, que más le miraba á él que atendía al santo sacrificio,

(·) Durante su breve estancia en la cárcel admiró Casimiro con su ejemplo y edificación á sus compañeros de cautiverio con quienes repartia su comida. En aquel entonces y apesar del frio, llevaba por único traje una manta cosida por los lados en forma de saco y con tres agujeros por donde sacaba la cabeza y los brazos, ciñéndose aquel tosco hábito con una soga á la cintura. El señor conde de Xiquena, Gobernador á la sazón de la provincia de Madrid, dispuso su libertad en vista de que, identificada su persona por el Consul general de Italia, no había motivo alguno que motivara su prisión.

sin poderlo remediar, ni hacerme superior á esta especie de fascinación.

Cuando más subió de punto mi admiración, fué al concluir la misa verle levantarse y marchar pausadamente al comulgatorio donde recibió la sagrada comunión con una reverencia incomparable. Las sensaciones que sentí, la emoción y todos los movimientos de mi espíritu, con el tropel de ideas y reflexiones que acudieron á mi mente, no es posible explicarlas; baste decir, que quedé admirado hasta el extremo, y que salí del templo embargado por una emoción indefinible.

Hasta las diez que se cerró la iglesia, permaneció en ella constantemente de rodillas, y al medio dia salió de este pueblo por la carretera de Perales, acompañado hasta bastante distancia por el dicho Severiano, dejándonos en este pueblo un grato recuerdo de sus actos y de su persona.

A la salida del pueblo se detuvo en la ermita de San Roque, donde oró un breve rato.

Pascual Castellano y Carlés.

Arganda 2 de Noviembre 1884.

Petición justificada.

—

En una carta suscrita por dom Amione (Francesco) Arcipreste de Cavagnolo, con fecha 19 de Mayo de 1884, manifestaba la familia de Casimiro al señor Valero su reconocimiento por las bondades dispensadas en vida y en muerte al joven peregrino, y además preguntaba si, viniendo á Alcoy, podría ver el cadáver, demostrando al mismo tiempo deseos, en caso de no poder ver á Casimiro después de hecho el viaje, de obtener el favor de llevarse á Cavagnolo una parte del cuerpo de su pariente, ó al menos una reliquia, por ejemplo, un pedazo del pobre hábito que usaba en vida. La familia hacía además toda clase de respetuosos ofrecimientos al señor Valero, con quien en la actualidad conserva las más cordiales relaciones.

Información.

—

Con fecha 16 Marzo de 1884 comunicaron los señores Curas de esta ciudad á nuestro Exmo. Prelado, los hechos más culminantes sobre la estancia y muerte de Casimiro en esta ciudad; y en 1.° de Abril recibian orden para abrir ámplia información sobre la vida, virtudes y milagros del siervo de Dios Casimiro Barello; siendo nombrados al efecto Jueces comisionados dichos

reverendos señores don Matias Tort, cura ecónomo de Santa Maria, y doctor don Francisco Navarro, cura de San Mauro de esta ciudad de Alcoy; en cuya sumaria información declararon gran número de personas de condiciones y estados distintos, muchas de ellas de ilustración reconocida y acreditada por medio de honrosos títulos académicos, cuyo proceso fué elevado á la Superior Autoridad Diocesana en Julio de 1884.

Asimismo se ha dispuesto recientemente la ratificación del indicado sumario y la instrucción de nuevo proceso con carácter científico, en el que deberán informar las personas facultativas que tengan conocimiento de alguna de las maravillosas curaciones que quedan señaladas y otras, acerca del carácter extraordinario de las mismas.

Es de suponer que los indicados procesos servirán para que la Iglesia depure cuanto de sobrenatural pueda haber en el difunto Penitente; y si, como creemos, todo corrobora el entusiasmo y admiración que ha dejado su memoria, le veremos un dia figurar en los altares, á los que, los pueblos que presenciaron su edificante vida, no hubieran dudado un momento en exaltarle.

Hé aquí la comunicación pasada por los señores Curas de esta ciudad al Diocesano, cuya comunicación resume en términos tan elocuentes como sencillos, el cuadro de las últimas glorias de Casimiro en la tierra:

«Un deber imperioso nos obliga á poner en conocimiento de V. E. un acontecimiento que en un principio la prudencia nos vedaba darle importancia, y que los sucesos posteriores han venido á prestarle proporciones jigantescas y de grandísima resonancia en esta comarca y las limítrofes y hasta lejanas.

Es la muerte del joven penitente piamontés Casimiro Barello. Llegó á ésta el 23 de Febrero al oscurecer, y en los tres dias siguientes en los que se celebraba en la parroquia de Santa María el jubileo de las cuarenta horas, Casimiro se postraba ante Jesús Sacramentado y permanecia en la misma reverente actitud todo el tiempo que el Señor estaba expuesto, que era desde las cinco y media de la mañana hasta las oraciones de la noche. Alcoy tuvo ocasión de ver el fervor y la extraordinaria resistencia de aquella naturaleza debilitada por los continuos ayunos y rigurosa abstinencia. Agobiado por maceraciones anteriores tal vez, al cuarto dia fué atacado de violenta enfermedad que los facultativos calificaron de fiebre tifoidea, y después de recibir con unción y piedad extraordinaria los santos sacramentos, falleció á las cuatro y media de la tarde de domingo 9 de Marzo.

El martes á las ocho y media se celebraron los funerales en la iglesia de Santa María y como si hubieran sido llamados por cita misteriosa, Alcoy se vió invadida por millares de forasteros, que procedentes de Játiva, Albaida, Pego y sus dis-

tritos, anhelaban contemplar por última vez el cadáver de aquel humilde penitente. Por no presentar síntomas de descomposición y con la anuencia del Gobernador, el cadáver ha permanecido expuesto hasta ayer noche en que se le dió sepultura, siendo durante estos cinco dias objeto del respeto y veneración de toda esta ciudad y de inmensas muchedumbres que á porfia se disputaban la dicha de penetrar en el cementerio.

La fe y el entusiasmo religioso ha rayado en delirio. Alcoy se ha conmovido de una manera extraordinaria, sin que en esta continuada y siempre numerosa romería se haya proferido ni una palabra de desden ó desprecio ni haya habido la más insignificante profanación.

La fe de tanta multitud de gentes, que parece obedecian á una fuerza misteriosa, ha logrado enseñorearse hasta de aquellos mismos que han militado hasta de ahora en las filas de la incredulidad é indiferencia religiosa.

Se cuentan hechos prodigiosos acaecidos á la presencia del cadáver: curaciones sorprendentes que con entusiasmo religioso alimentan las conversaciones de todas las gentes aún las menos piadosas. El clero ha permanecido durante este tiempo prudente y silencioso, sin que en su actitud haya podido leer esta ciudad ni que ha favorecido, ni se ha opuesto á ese entusiasmo tan expontáneo como religioso.

Si V. E. I. en su elevado criterio y alta penetración cree prudente el esclarecimiento de estos hechos, por si resultan ciertos ó verídicos, ó que ampliemos más las sucintas noticias que arriba exponemos, fieles á nuestra misión y súbditos obedientísimos, acataremos las disposiciones de nuestro Excelentísimo Prelado.

Dios guarde á V. E. etc.»

EPÍLOGO.

El propósito que nos indujo á escribir la narración sencilla de la vida ejemplar de Casimiro Barello, está ya cumplido; el deseo de recopilar en unas cuantas páginas y hacer conocer de todos, por medio de la imprenta, la vida, los hechos y las virtudes del Penitente piamontés, está también satisfecho. Nuestro corazón descansa en estas páginas, que le han hecho palpitar de emoción, unas veces, y abismarse en admiración sin límites, otras, que no sin inefables sensaciones puede seguirse paso á paso una existencia tan singular y extraordinaria como la del pobre Peregrino, cuyo cuerpo yace exánime en la mansión de los muertos; pero cuyo recuerdo vive incólume en todos los pechos, y cuya alma brilla como estrella refulgente en la aureola de bienaventurados que circunda la frente augusta del Supremo Hacedor de todas las cosas.

Los corazones generosos, aquellos que conservan en toda su pureza el tesoro inapreciable del sentimiento; aquellos en quienes no se han agotado las fuentes diamantinas de la fe y conservan, por su fortuna, los gérmenes religiosos que sus padres les inculcaran; aquellos que aman lo bello; que palpitan por todo lo grande; que se extasían ante lo sublime; que se arroban ante lo incomensurable, ante lo misterioso ó lo incomprensible, no pueden menos que reconocer y admirar la sublimidad del joven Casimiro.

En su existencia resplandece el más grande de los sentimientos, aquél que dignifica al hombre y hasta convierte á las bestias en seres superiores: el amor. Su vida fué toda amor, *amor á Dios*. No era el temor al infierno, como acontecía á San Benito José de Labre, el que le impulsaba á la penitencia; era el amor inmenso que sentía hácia su Creador, era el deseo de serle agradable, atrayendo con ejemplo de humildad, de abnegación y de desprecio de los bienes de la tierra, las ovejas descarriadas al redil de la Verdad Divina, lo que abrasaba su espíritu seráfico; y quería vivir, vivir para cumplir su misión. Así, que no exclamaba como Santa Teresa: «muero porque no muero», sino «quiero vivir para apartar almas del pecado, para luchar por la fe, para servir á Dios, para hacerme más digno de llegar á su presencia, para conquistar un puesto preemi-

nente entre los elegidos y gozar por toda la eternidad de la dicha de sentarme en el escabel de su trono.» Y á su amor acompañaba la *firme voluntad*, que es el sello providencial que avalora la legitimidad de las virtudes, y el rasgo que distingue y marca con carácter indubitable á todos los seres extraordinarios. Y la *mansedumbre* y la *sencillez*, privilegio de las almas superiores, resplandecían en su frente, en grado eminentísimo.

En tí ¡oh Casimiro! se cumplió una vez más la oferta divina: «el que se humillare será ensalzado.» Tú te arrastraste de hinojos por los suelos; tú anduviste descalzo por los caminos, hollando piedras y pisando nieve; tú desafiaste con tu desnudez de cabeza y tu miserable abrigo el rigor de las intemperies; tú dominaste los apetitos de la carne con la abstinencia y el ayuno perpétuos; tú sufriste las injurias y el escarnio de los malos y oiste la temible voz de la lisonja con igual impávida serenidad; tú fuiste humilde entre los humildes, pobre entre los pobres y mísero entre los míseros... y el mundo te admiró, y las gentes que no te conocían, aprendieron tu nombre, y ensalzaron tu virtud, y acudieron en tropel á contemplarte, y, como si un ángel hubiera anunciado á los pueblos que el alma de un justo acababa de subir al cielo, de todas partes acudieron á ver los despojos de tu cuerpo y á rendir homenaje á tu memoria, y el mendigo tuvo funerales dignos de un rey, y el pobre extranjero, léjos de su pátria y desconocido, fué aclamado como un héroe... En una palabra: el que se humillaba, se vió ensalzado.

¡Bendigamos la Providencia de Dios!

Aquí terminaría nuestro libro, si un respetabilísimo cuanto ilustrado Ministro del Señor, que ha tenido la dignación de leer y repasar lo escrito, no nos hubiera hecho la merced de poner brillante coronamiento á nuestra humilde obra, y realzar con las galas de su estilo y la profundidad de sus conceptos el edificio escueto de nuestra narración. Profundamente reconocidos á su bondad, consignamos aquí el testimonio de nuestro agradecimiento y de nuestra sincera admiración por las bellezas que aporta á este libro y de que puede juzgar el lector, en lo que sigue:

«Hemos llegado al término de la obra: y como el viajero, al finalizar su jornada, se sienta breves momentos á descansar en la cumbre de elevada colina, donde recrea el ánimo tendiendo la vista sobre los bellos paisajes y luminosos horizontes que acaba de atravesar; séanos lícito también dar una sucinta mirada retrospectiva á la maravillosa historia que acabamos de referir, endulzando el alma con las suaves y santas consideraciones que de ella naturalmente se desprenden.

¡Qué cúmulo de reflexiones se agolpan á la mente al contemplar la serie de hechos portentosos de que está tejida la vida de ese hombre extraordinario que se llamaba Casimiro Barello!

Verdaderamente la Iglesia católica, no ha perdido todavía su divina fecundidad, y produce Santos en pleno siglo diez y nueve, como los ha producido en todos tiempos.

Verdaderamente que Dios no abandona á su Iglesia, y cuando más olvidado parece de ella, de repente, le envía los admirables auxilios de que dispone su adorable Providencia, para prestarle oportuno remedio en medio de sus mayores necesidades.

En todas las grandes crisis, en todos los conflictos sociales, provocados por las humanas iniquidades, que la Europa y el mundo cristiano han atravesado, el Espíritu de Dios ha suscitado grandes santos, que con el poder de la virtud y el influjo salvador de sus ejemplos ó instituciones, han conjurado los peligros y han salvado la sociedad, calmándose la tempestad á la voz de Aquél á quien los vientos y la mar obedecen.

Todos los siglos han visto aparecer sucesivamente á esas grandes figuras de la historia, á esos gloriosos atletas del Cristianismo, que arrimando sus hercúleos hombros al inmortal edificio de la Iglesia católica, lo han salvado de ruinas inminentes, imprimiendo á la marcha de la humanidad, nuevos y gloriosos derroteros.

Llámense San Benito ó San Bernando, Santo Domingo de Guzmán ó San Francisco de Asís, San Félix de Valois ó San Pedro de Nolasco, San Vicente de Paul ó San Ignacio de Loyola, ello es, que evocados por esa voz soberana que hizo surgir la luz de las tinieblas, y á cuyo eco se lanzaron al espacio las estrellas, trémulas de júbilo y de luz, esos hombres extraordinarios no han faltado nunca en su puesto en el curso de los siglos, cuando ha sonado su hora en el reloj de la Divina Providencia.

Análogo destino creemos en nuestro humilde concepto que ha señalado el dedo de Dios en nuestros dias al insigne Casimiro Barello, sirviendo de escojido instrumento á su Bondad inefable, para llamar fuertemente, con el público ejemplo de sus admirables virtudes, la atención de esta sociedad descreida y materializada, que corre desatentada á despeñarse en horrendos precipicios, mayores todavía que aquellos en que acabó la antigua civilización pagana.

Si en todos tiempos han compartido el imperio del mundo corrompido los tres elementos disolventes de la sensualidad, la codicia y el orgullo, según el testimonio del Sagrado Texto, es innegable que el presente siglo ha superado á todos los siglos cristianos, en el idolátrico culto á esas tres mentidas y seductoras deidades del antiguo Paganismo. Por eso la Bondad

ALCALDIA ALCOY

Suprema ha enviado en nuestros dias al humilde Casimiro Barello, personificación asombrosa de las tres grandes virtudes, opuestas á aquellos tres grandes vicios, la Humildad, la Mortificación y la Pobreza, en que estriba toda la perfección evangélica, para curar la gangrena social con el purísimo y vivificante aroma de tan preciosas y salvadoras virtudes.

Se necesitaba en verdad que fuera muy potente y clamorosa la virtud de un mortal, para despertar á la generación presente del funesto y profundo letargo de vanidades y delicias, en que se halla sumergida; y ha sido realmente tan eficaz y poderosa la voz muda, pero elocuente, de la virtud de ese hombre extraordinario, que en todas partes se ha abierto camino y ha excitado la atención general, ó por el amor y veneración de los buenos, ó por el ódio y la persecución de los malvados.

Egregio y jigante debió de ser, sin duda, el espíritu de ese hombre, cuando á pesar de su humillación y de su pobreza, logró imponerse de tal suerte á la consideración universal, así como es de primera magnitud el astro que extiende su influjo y poderosa atracción á todo el mundo sidéreo.

¡Ah! Sin duda alguna Dios ha dado en este suelo á Casimiro una gloria semejante á la de los Santos. ¿Qué le falta, en efecto, al insigne Penitente italiano para representar la virtud eminente y privilegiada de los héroes del cristianismo?

Semejante fué al recien canonizado San Benito José de Labre, en la vida penitente y austera de peregrino, visitando como aquél, los más célebres santuarios del mundo cristiano.

Parecido fué á su propio santo San Casimiro, en su ardiente devoción á Jesús Sacramentado, visitándole de dia y de noche, aún estando cerradas las puertas de los templos, donde se hallaba reservado.

Recordó á San Luis Gonzaga por la extremada parsimonia de su alimento, reducido á algunas onzas de pan diario, y por las apariciones que logró de la Santísima Virgen, para revelarle su vocación extraordinaria.

Imitó tan perfectamente á su seráfico Padre San Francisco de Asís, singularmente en la humildad, la austeridad y la pobreza, que es difícil concebir una imitación mayor, y algunas personas al verle, creyeron tener delante al célebre mendigo del valle de Espoleto, al seráfico Patriarca.

Representó la austeridad y la penitencia de Juan Bautista, el Santo Precursor, con los pies descalzos, la cabeza descubierta, el áspero cilicio y ceñidor por vestido, predicando penitencia en los pueblos durante el dia y morando durante la noche en los desiertos.

¿Pero qué mucho que representase su admirable vida la de los grandes héroes del Cristianismo, cuando en muchos pasages de su historia se pareció maravillosamente al mismo

Santo de los Santos, á Jesucristo, Nuestro Divino Salvador?

¡Ah! Es imposible leer el interesante relato que hemos trascrito de los periódicos italianos, relativo á la persecución que sufrió Casimiro en Génova, sin que se vengan expontáneamente á la memoria los amargos episodios de la Pasión de nuestro divino Redentor.

Los sucesos ocurridos á Barello, durante la última tristísima noche de su estancia en Génova, por las calles de aquella ciudad y en la Questura, son un vivo y patético trasunto de las escenas dolorosas de Jesús en el prendimiento y en el Pretorio. Y hasta las palabras que pronuncia el fiel amigo de Casimiro para defenderle ante los jueces ú oficiales del mencionado tribunal, son precisamente las mismas que el Presidente Romano dirigió á los judíos para librar al Justo de sus feroces deicidas: —¿Qué mal ha hecho? *Quid mali fecit?*

No es extraño, pues, con tan sublime imitación, que algunos, al ver á Casimiro, creyeran ver al mismo Jesucristo Nuestro Señor, y que un distinguido caballero de Alcoy, al acercársele por vez primera, sintiera una emoción tan profunda y extraña, que la comparase después á la que debían de sentir las gentes en la presencia del Hombre Dios.

Merced grande es, por consiguiente, la que ha hecho Dios al mundo, hoy generalmente tan pervertido; á la Europa en especial, hoy tan conmovida; y principalmente á las naciones latinas, teatro de la peregrinación de Casimiro, tan profundamente agitadas hoy por el huracán de la revolución, con la aparición de este hombre verdaderamente extraordinario.

Él ha atravesado, como Jonás, las grandes ciudades, cubierto con el saco y la ceniza, y gritando como aquél en medio de Nínive, con su muda predicación, y en vísperas quizás de tremendas catástrofes: *Haced penitencia, porque de lo contrario, en breve plazo sereis destruidas.*

Pero, ¿por qué secreto juicio de la adorable Providencia, después de haber recorrido Casimiro la Italia, la Francia y la España, ha venido por último á morir en Alcoy? ¿Por qué causa le ha cabido á esta ciudad afortunada la venturosa suerte de quedar depositaria y dueña de los preciosos restos mortales del angélico Peregrino?

Cuestiones son estas verdaderamente inexplicables para la flaca razón humana; porque sus últimas razones se ocultan en los recónditos arcanos de la divina Sabiduría; mas en cuanto es lícito al espíritu del hombre investigarlas y sondear piadosa y humildemente los profundos abismos de los juicios de Dios, podríamos aventurar para resolverlas, algunas probables conjeturas, sin incurrir por ello en la nota de temerarios. Hélas aquí.

Alcoy es de antiguo un pueblo eminentemente religioso: no hemos nacido en su seno, y podemos afirmar por lo mismo,

sin temor de que el amor pátrio nos deslumbre, que su inmensa y acrisolada piedad no tiene rival en todos los pueblos de nuestra católica España. Dos son los objetos primordiales y soberanos de ese férvido y hermoso sentimiento popular de Alcoy: el Santísimo Sacramento y la Virgen Inmaculada.

Bajo el primer concepto, Alcoy es verdaderamente una ciudad Eucarística; el soberano misterio de nuestros altares recibe en ella una adoración contínua, y un culto público de sobresaliente y excepcional pompa y explendor; y en medio de su recinto se levanta un templo magestuoso y monumental, que la piedad de sus mayores levantó á la gloria del Santísimo Sacramento, para perpetuar la memoria del Hallazgo milagroso de las Sagradas Formas, robadas del Sagrario por una mano extranjera, en el siglo diez y seis.

Bajo el segundo respecto, Alcoy es también sin disputa una ciudad Concepcionista; tradicional es en ella el culto entusiasta que se tributa á la Concepción Inmaculada de María; y el más rico florón de su corona cívico-religiosa es sin duda el pintoresco y venerado santuario, hoy en reconstrucción, de la Fuente Roja, templo monumental también erigido en el siglo diez y siete sobre el sitio mismo del suceso, para perpétua memoria de la célebre y milagrosa germinación de las tres Azucenas, con la imagen de la Purísima Concepción, primorosamente esculpida en sus raíces.

Ahora bien; dados estos precedentes religiosos y tradicionales de Alcoy, nuestro espíritu encuentra gratas y misteriosas armonias, secretas y providenciales conveniencias, en que Casimiro Barello, el heróico adorador de la Divina Eucaristía, viniera á terminar la última etapa de su admirable peregrinación sobre la tierra que tenía por dulcísimo objetivo al Santísimo Sacramento, en esta ciudad Eucarística de Alcoy y precisamente en los dias de la mayor y más universal exposición reparadora de su Divina Magestad, que celebra la Iglesia católica, como son los dias del Carnaval.

Y hallamos también muy conformes con las maravillosas analogias que la Divina Justicia suele guardar en sus premios y castigos, que la ciudad devotísima de María Inmaculada, la que le está consagrada por un prodigio estupendo de la divina diestra, acogiera, la última, en su recinto, guareciese bajo el hermoso pabellón de la Purísima en la tienda de don José Valero dedicada á este Misterio, recogiera el último suspiro y guardase el glorioso sepulcro del gran Casimiro Barello, honrado con repetidas apariciones de la Virgen Inmaculada, que, mostrándole claramente su vocación y trazándole al parecer la ruta de su peregrinación europea, le condujo como de la mano, á la Saleta, Lourdes, el Pilar y Monserrat, sus más famosos santuarios sobre la tierra.

Pero como Alcoy, no obstante la ardiente piedad y acen-

drado catolicismo de la mayoría de sus habitantes, paga desgraciadamente también tributo á la impiedad y á la abominación del siglo, como lo prueban harto acontecimientos tristemente célebres de su moderma historia, Casimiro lo visitó asimismo, como á los demás pueblos, consagrándole tiernamente los últimos dias de su preciosa existencia, para llamarle á la penitencia y á los senderos del bien, con su edificantísimo ejemplo.

Patentes quedan, pues, por lo dicho, en cuanto puede rastrearlos la inteligencia humana, alumbrada por la antorcha de la fe, los designios de la divina Providencia al haber conducido á morir entre nosotros al ya inmortal Peregrino.

Un designio de misericordia para llamar á Alcoy á la penitencia, retrayéndole de los senderos del vicio y del error: un designio de amorosa justicia para premiar la ejemplar religiosidad de Alcoy: y un designio de perfeccionamiento, para estimularle más todavía en su característica devoción á Jesús Sacramentado y á María Inmaculada, rasgos salientes de la fisonomía espiritual de Casimiro y como los polos y la *sístole* y *diástole* del corazón de los santos.

Todos estos motivos providenciales parece que se condensan en designio capital, á saber: el de que el glorioso Casimiro obtenga un celeste protectorado sobre la ciudad de Alcoy... Y ¿porqué hemos de callarlo? Para que la ciudad de Alcoy ejerza también un noble protectorado en favor de Casimiro.

Sí; osadamente lo decimos: para que esta ciudad condal, con las riquezas de fe y opulencias que atesora, con el entusiasmo y actividad febril que sabe aplicar á sus empresas industriales y mercantiles, promueva la causa de Beatificación del venerable siervo de Dios Casimiro Barello.

¿Qué falta, en efecto, para que pueda incoarse este proceso de Canonización?

El Eminentísimo Prelado de esta diócesis, ya dispuso que se abriera sumaria información de testigos, en averiguación de las altísimas virtudes y de los milagros que se atribuyen á nuestro insigne Peregrino; la comisión fué ya despachada satisfactoriamente por las dignas autoridades eclesiásticas de Alcoy, y obra actualmente en poder de la Autoridad superior diocesana. ¿Qué falta ya, pues, sino un poderoso impulso que active la marcha del proceso, y su elevación á la Santa Sede, cuando sea conveniente?

¿Quién, después de haber leido las páginas que preceden, puede dudar de que Casimiro Barello poseyó en grado heróico todas las virtudes, así las teologales, como las cardinales y las morales, con los demás dones y gracias que suelen acompañar á la santidad? ¿Qué hicieron los verdaderos santos, que no lo haya hecho Casimiro?

Sería necesario un libro para tratar suficientemente este

asunto; y creemos, sin que pretendamos prevenir con esto el juicio de Nuestra Santa Madre Iglesia, cuyas decisiones acerca de esta importante y delicada materia profundamente acatamos y veneramos, que de este minucioso examen había de resaltar radiante y luminoso como el sol del medio dia la heróica santidad de Casimiro.

Además, nuestro finado Peregrino, poseyó el don de milagro y el de profecía, según aparece en la extensa relación que precede: en orden al segundo, algunos de sus anuncios proféticos se han cumplido, según hemos visto, al pié de la letra; y de algunos otros, que se refieren á lo porvenir, los sucesos demostrarán, á su tiempo, si fué ó no verdadero espíritu de profecía el que los dictó.

Acerca de ésto, quisiéramos nosotros que se hiciera un minucioso examen y se recogieran excrupulosamente esa multitud de anécdotas prodigiosas, coincidencias admirables, y demás hechos portentosos que se refieren de Casimiro Barello; porque es indudable que el Penitente italiano, como dice el Evangelio del Divino Maestro, pasó haciendo bien: pasó como fugaz meteoro, dejando en la atmósfera una estela de luz y de fragancia: pasó ese luminoso astro por nuestro hemisferio, quedando señalado su camino por una via láctea de menudos y edificantes prodigios, que mirados atentamente con el telescopio infalible de la Iglesia, serán acaso mundos de luz y rutilantes estrellas.

Se dirá tal vez que muchas de esas anécdotas, coincidencias y prodigios que se cuentan de Casimiro, son menudencias que no merecen fijar sériamente la atención.

Sea así, y concedamos que todas esas cosas, sean menudas como el polvo; pero es preciso convenir en que es un polvo brillante; y si ese polvo que brilla, sometido al crisol, resultase ser oro, serviría también para la corona de un Santo.

Considerados aisladamente cada uno de los rasgos admirables y característicos que constituyen la fisonomía moral de Casimiro Barello, y de los hechos portentosos que con él se relacionan, podrán ser quizás un argumento equívoco ó una prueba dudosa de una santidad hipotética; pero contemplados en su imponente conjunto, no pueden menos de producir el convencimiento en todo hombre imparcial y reflexivo, obligándole á confesar que brilla aquí lo sobrenatural, y está en ello el dedo de Dios.

La simpática figura del humilde Casimiro, sus finos modales, la dulzura de su carácter, la discreción de sus palabras, su prodigiosa constancia en la oración, su abstinencia y mortificación admirables, la profunda impresión que su presencia producía en todas partes, la saludable reacción que su ejemplo obraba en las conciencias, la instantánea y maravillosa sensación que su muerte causó en el país, el asombroso concurso

que acudió á su entierro, la inflexibilidad é incorrupción de su cadáver en los seis dias que permaneció insepulto, los acreditados portentos que se le atribuyen...

Todos esos signos, acumulados en la persona de un mendigo, le dan tanta gloria, que no sabemos si se la daría mayor la resurrección de un muerto.

Por eso los contemplamos como otros tantos destellos de luz celeste, que convergen sobre la hermosa frente de Casimiro Barello, para formarle la gloriosa aureola de los Santos.»

ADVERTENCIA.

En las páginas 36 y 37, por error de referencia se llama al señor don Ginés Segarra, Cura Arcipreste de San Andrés. Dicho señor es sólo beneficiado de la citada iglesia, en Valencia.

Hacemos esta rectificación para que no contenga inexactitud alguna el presente libro.

ÍNDICE.

	Pág.
Introducción	5
I. El Fraret	7
II. ¿Quién era Casimiro?.	12
III. ¿Cómo pensaba Casimiro Barello?	26
IV. Casimiro en Valencia y hasta su llegada á Alcoy	35
V. Últimos momentos de Casimiro Barello	63
VI. Exposición del cuerpo de Casimiro en la Capilla de San Jorge.—Funerales.—Exposición en el Camposanto.—Inhumación del cadáver.—Hechos milagrosos.	78
Apéndice.—Casimiro en Arganda	93
Petición justificada.—Información	96
Epílogo	99
Advertencia	107